

ILUSTRE FAMILIA

LIBRO PRIMERO

Los Antepasados Olímpicos de Helena o
Tratados del Amor, la Política, y la Religión

Era como decía ser, en la dulce estación de primavera, cuando las Horas, adolescentes aún, lloran y ríen confundiendo sus risas y sus lágrimas en juego sentimental que encanta y vivifica. La Tierra se ablanda de ternura, recobrada su doncelléz, y el Sol le hace el amor como a virgen a quien hay que iniciar despacio en los dulces misterios.

*Canción
de
primavera.*

Quién viera entonces los anfractuosos montes de Tracia, que el invierno coronó de nieve, de donde ahora bajan riachuelos impetuosos, los floridos alcores de Beocia, los apacibles valles y ásperas colinas del Ática, los bosques y las praderas de Tesalia, abundante en caballos, las márgenes frondosas del Alfeo, caro a Júpiter, las tranquilas aguas transparentes del Eurotas, tendidas en sosiego de lago sobre llanura de menudilla arena, y a uno y a otro lado del angosto Corinto el mar en alto oleaje espumoso, con fragor como cantar de vocinglero coro —todo el país, en fin, amado de los dioses—, y más allá, las islas que adornan el océano: la luz las acaricia todo el día, mano de enamorado que juega con los enhiestos pechos de su niña. El Mar las lame con lasciva lengua.

*Elogio
de
Grecia.*

¡Ame mañana quien jamás ha amado, y más que nunca pruebe amor mañana quien el sabor de amor tiene probado!

*Júbilo
animal.*

Las cabras que parieron sufriendo juntos los dolores de dar vida y los rigores de la estación ingrata, van lentas, con pesadas ubres, solícitas, mirando —de oro y miel los ojos— retozar las crías. Brincan los nerviosos venados por sólo el placer de brincar, que es inefable, o sobre patas ágiles y frágiles se están quietos un instante, abiertos los grandes ojos límpidos y tiesas, para mejor escuchar, las orejas finísimas. Luego, a gran carrera, huyen, más veloces que el viento, acatando llamados que sólo ellos se saben. Los osos, desgarrados y cuidadosos a un tiempo, o bien como mimados niños que engordaron demasiado, con manoteos torpes sacuden árboles en cuyas ramas han creído divisar panal, o bamboleándose sobre el rítmico lomo enarcado agitan grotescamente las cortas piernas de largo pelo suave. Los lobos grandes, llenos de secretas urgencias, husmean huellas furtivas. Los lobeznos, en cambio, que aun no distinguen macho de hembra, juegan, precoces inocentes, encaramándose unos sobre otros, y, al sentirse punzados los que están debajo, se enfurecen con momentánea cólera, fruncen labios húmedos, enseñan filosos, blanquísimos colmillos. Zumban las abejas, libadoras de miel. Vuelan en bajo vuelo las libélulas para mejor lucir el iris de sus diáfanas alas. Sabios, los pájaros fabrican nidos.

¡Ame mañana quien jamás ha amado, y más que nunca pruebe amor mañana quien el sabor de amor tiene probado!

La mitad del universo siente, pero ignora todavía qué cosa es, amor. La otra mitad lo sabe y se inquieta

de júbilo por lo que ya conoce. Vasto, azul, luminoso, el Cielo visiblemente sonrío. El amor se agita en el ancho pecho del soberano padre de los dioses. ¡Oh Musa, tú, Calíope divina, guiadora de príncipes, di por quién.

Júpiter, el claro hijo de Cronos, ama a la doncella Juno, diosa de su misma sangre, la nacida de Rhea bajo un sauce ramoso en la sagrada Samos donde Rhæcos y Theodoros, escultores perínclitos, fueron los primeros en derretir la imperecedera reciedumbre del bronce para fundir estatuas, y Rhæcos erigió, en honor de la diosa reina de las diosas olímpicas, hermoso templo con una fuente al frente, y del alto monte de la isla trajo en acueducto de inclinados túneles corriente de agua para regar las vegas.

*Rhæcos
y
Theodoros.*

Se pasea la divina virgen en el jardín de las Hespérides ahora, lejos de la isla natal, solitaria en su recreo, seguida del fatuo pavo insigne aun no adornado con los ojos de Argos. La majestad la abrillanta. Un decoro supremo le realza la altivez de los pechos en flor de pubertad. Oh prestancia del inviolado vientre terso, oh dignidad de los largos brazos relumbrosos que lleva ella desnudos, oh rectitud incomparable de las torneadas piernas. En la frente, más blanca que si fuese de alabastro sin mácula, luce esplendor de dividinal realza. Su diadema es la curva magnífica del cielo despejado. Su suelta cabellera resplandece como las guarniciones de oro de las banderas que dan valor en las batallas y honor en las coronaciones de los reyes. Tan grandes son sus ojos y serenos que hallaran allí seguro holgado todas las azarasas naves de los hombres. Los cielos estrellados cuelgan de sus hombros en cuyos hoyuelos duerme el sol. Sobremanera seria y aun severa es la imponente virgen. Júpiter, que la viene siguiendo sin ser

*Juno
doncella.*

visto, no se atreve a requerirla. Para prenderle el deseo se ingenia el bello dios.

¡Di cómo, oh Musa que me inspiras, si no te vedan juramentos revelar las intimidades de los inmortales del Olimpo!

*Júpiter
cuclillo.*

*Poder
de la
égida.*

Júpiter, grande como es, conviértese en cuco, enteco pajarillo, que ésa y cuanta otra forma él quiere puede asumir sin ser notado, y con graciosos brinquitos y con llamado de ingenuas notas logra que la mirada arcana de Juno le siga interesada. De pronto, por preconcebido acuerdo del poderoso dios, que ha hecho sacudir la égida, sopla del norte intempestivo viento frío, azote de las flores y de los débiles rebaños. Granizo cae y llueve lluvia lacerante. El pavo con su andar desmañado se ha ido a refugiarse bajo un arbusto y se queja bronco y sordo. El pajarillo, en cambio, no sabe guarecerse. Tiembla y pía con lastimera voz.

—¡Oh, pobre! —exclama, enternecida, la florida Juno. No tienes nido, ¿no?, ni tienes compañera. Ven. De soltera es mi pecho y única entre las grandes diosas llevo en mí sin cenizas de violación la braza de la virginidad. ¡Cruel Júpiter que ha vuelto hacia otros climas el claro rostro suyo y así permite que el cierzo te haga víctima! Ni para conmigo tiene miramientos y me ha estropeado el día. Más yo te salvaré.

El espléndido brazo de Juno se alarga. La rosada mano toma al pájaro aterido.

*Canción
del primer
amor.*

Alguna vez, oh poeta —si poeta me escucha este cantar—, tomaste con mano ruda y ancha la manita de pequeña que en entrega de primicia de amor te la cedió, húmeda y fría, con finos nudillos delicados, y creíste

apretar un pajarillo, sacado de la lluvia, al apretarlo. No la soltaste. De la mano llevaste a la niña adonde se te ofreció con la pasión que sólo en la primera adolescencia convierte íntegramente en llama de amor a la mujer. Pero una emoción de lástima te subió del corazón a los ojos. Así Juno doncella, al tomar al pájaro menudo y desvalido, sintió infinita compasión de amor, ternura de piedad para los débiles.

El corazón del pájaro palpita con gran fuerza en la mano de la diosa. Ella con cariño lo esconde debajo de sus ropas riquísimas y sobre su pecho lo aposenta para darle calor. Al pie de frondoso plátano halla alero y se tiende la diosa. El malicioso pájaro, con un suave meneo de las alas abiertas, comienza entonces a rozarle los erectos pezones, gruesos como fresas. La diosa se estremece. Suspira en su inocencia.

¡Ame mañana quien jamás ha amado, y más que nunca pruebe amor mañana quien el sabor de amor tiene probado!

Volvió a salir el sol. La tierra brilla. El arco iris luce en la mitad del cielo. Brota la violeta amada de las Musas, brota el azafrán, brota el jacinto, de nobilísimos colores. La rosa abre sus pétalos. De las hojas cuelgan relucientes cristales. Las flores llevan perlas de todos los orientes en los cálices. Luego la tarde cae, y al anochecer Venus guía, ella misma, la que surgió de la ola bailarina, las danzas debajo de la luna que sube, y las honestas Gracias, juntas con las Ninfas, hieren el suelo con leve, acompasado pie, y van ceñidas las cabezas o con el verde arrayán o con las flores nuevas, y en las umbrosas selvas inmolan a Fauno ora una oveja, ora un cabrito. Pero Juno ha cerrado los ojos largo rato.

*Juno en
celo.*

La inmensa sombra de sus pestañas cae sobre ojeras que son playas nocturnas de todos los mares. El aliento rápido tan pronto le humedece como le seca los empaldecidos labios. Aprieta los muslos y los afloja y los vuelve a apretar, y alza y baja las rodillas, en goce que la atormenta. Sobre el pecho el delirio de sus manos pareciera que fuese a quebrantar al avecilla que un instante no deja su dulcísimo aleteo.

—¡Qué tristeza, qué tristeza —exclama Juno tartamudeante— que varón ninguno me conozca todavía! Y se quedó boquiabierta, perniabierta, con los ojos entornados.

Creyó desmayarse. Creyó morir. Dejó caer, lánguidos, los brazos.

Epifanía.

Se escapó de su seno el pajaruelo, y al salir del cálido albergue estremeciose Júpiter y se manifestó delante de la diosa.

Ella se ruboriza toda y se cubre el rostro con las manos.

—¡Tonta! —le dice Júpiter con cariño y confianza y burla entremezclados—. ¡Ven: gocémonos en la fresca propicia de la noche: amémonos hasta que Aurora anuncie el nuevo día!

*Ira
de
doncella.*

La diosa nada contestaba, sumida en el azoro, pero cuando Júpiter hizo por acostarse al lado de ella, montó en ira:

—¡Villano que eres! —dícele.

—¿Eh? —respóndele Júpiter sorprendido. ¿No suspirabas hace un instante? ¿Y qué buscabas por estas soledades?

—Y a ti ¿qué te va ni qué te viene que suspire yo y que ande donde quiera? —replica la diosa levantándose. ¿Te figuras que soy piruja de ésas? ¿Te has creído, odioso, que así o de cualquier otro modo podías ganarme la voluntad para violarme? ¡Ah, me la pagarás! Yo soy decente, quiero que sepas y entiendas. Soy honrada.

Dijo la preclara deidad, e hizo pucheros y prorrumpió en doloroso llanto. Sus lágrimas, semejantes a los meteoros que trazan en la noche el destino de las doncellas huérfanas de padre, o como luceros errantes que dicen de fugas de enamorados, surcaban la bóveda malaquita de aquel cielo.

Júpiter se sintió canalla y caballero. Caballero que ha cometido canallada, porque la caballerosidad no consiste en no incurrir jamás en nada indigno sino en sentirse de ello y reparar la falta. Contrito Júpiter se arrodilló delante de la ofendida diosa y le besó el borde púrpura del regio manto, de hermosos pliegues, que las Gracias tejieron, adornado con figuras fabricadas de hilos de oro. En el canto cimero de los montes verdiazules se anunciaba en oriente el primer brillo pálido de los amaneceres. Parpadeaban los luceros apagándose.

*Júpiter
vencido.*

Los gañanes no ponen reparo en el pudor de las vírgenes. Van a lo que van, y sacian su deseo irreflexivamente. Pero tú, poeta amigo, de finos sentimientos, soltaste al fin la manita de tu niña, y al verla llorar, lloraste. Probaste entonces que hay una santidad que ampara a la virginidad, y te turbaste.

Júpiter, turbado, sintió un hondo vacío en las entrañas.

—Juno —dijo Júpiter—, ¡Juno! Te lo suplico: no llores, no. O si has de llorar, llora quedito. No hallaba

manera de decirte que te amo, que te quiero, que te deseo. ¿Entiendes?

—¡Vil, mil veces vil! —le gritó la excelsa diosa de diadema fulgurante. Y luego, como lluvia pegajosa que cae casi invisible y tenazmente resbala por las ramas de los árboles, se deslizó por sus mejillas el llanto, y la diosa gimió: “¡Ay, de mí, ay, ay de mí!”.

—¡Ámame, Juno!

—Pero tus intenciones son innobles. No tienes honradez.

Indignación de Júpiter.

—¡Que no tengo! ¿Quién dice eso? ¡Que lo diga en mi cara, a ver, que me lo diga, y no me llamo Júpiter si no le hago tragarse esas palabras! —Y así diciendo se puso en pie el poderoso dios.

—Lo digo yo —repuso Juno—, pues dices que me amas y me tratas como si fuera una cualquiera. Si me quisieras de verdad, te casarías conmigo, después de lo que hiciste, no que ahora se lo vas a contar a todo el mundo. ¡Qué desdichada soy!

Júpiter prepotente la estrechó en sus brazos y suavemente la apretó contra su fuerte pecho. ¡Qué suavidad y qué tibieza la de Juno, qué dulzura de su boca entreabierta y sollozante!

¡Ame mañana quien jamás ha amado, y más que nunca pruebe amor mañana quien el sabor de amor tiene probado!

No es cierto que a Juno la raptara Júpiter, llevándola seducida a una cueva del Cytherón para estuprarla, y que allí la violara. Débiles de inspiración son los que dan pábulo a esa leyenda. Ni es cierto que dé lo mismo

Libre albedrío.



esto que aquello, una cosa que otra. En todo instante le es dado al hombre escoger entre lo que rebaja y lo que enaltece. Quienes lo ignoran no reclinaron jamás la ardida frente en el fresco regazo de las Musas, compañeras de Apolo. El soberano padre de los dioses, que blande el rayo y tiene trono de oro en la mayor altura de la región del éter, donde no hay sombra alguna, enamorado en la primavera de sus años se casó con Juno, perfeccionadora de bodas, y virgen la hubo en honorable tálamo.

Sólo Quelone, que reinaba en la isla Eubea, dijo, imprudente mujer, que a ella los casorios ajenos nada le importaban. Las demás criaturas de la tierra y del mar, y de los aires que envuelven mar y tierra, le llevaron presentes a la graciosa novia, encendieron las teas de rubia llama y humo perfumado, cantaron el himeneal gozoso, ¡oh Hymen, Hymen!

Historia de Quelone.

A Quelone, en castigo, la convirtieron los dioses en tortuga.

METIS se encargó de ayudar a Juno en sus primeros meses de casada.

Nadie tan prudente como Metis, nadie tan discreta, nadie tan sagaz. Cuando el tirano Cronos se hubo tragado a Juno niña, su propia hija, ávido el insaciable dios de engullirse a su descendencia toda, Metis, la primera habida del Océano en Thetys la de los pies de plata, tramó feliz stratagema —le dio a beber agua de mar entibiada de sol— para hacer que la voraz deidad despótica devolviese a Juno en vómito radiante. La pequeña diosa así salvada juraba desde entonces por Metis sus juramentos inquebrantables, como Júpiter por el Estigio lleno de terrores.

Metis.

*Canción
de estío.*

La casa de Júpiter casado brillaba como espejo. La mesa de Júpiter siempre estaba puesta a tiempo, servida de manjares sabrosos, y con tal abundancia que nunca era problema la aparición del marido con huéspedes invitados a comer, ni la llegada, sin invitación, de parentela con prole. Júpiter, en el verano aquel, se sentía el más feliz de los maridos, el más afortunado. El matrimonio —pensaba—, el matrimonio no es la desdicha para el varón que los malhumorados dicen. Todo está en saber escoger esposa. Y se elogiaba a sí mismo elogiándole a Juno la hacendosidad. Juno aceptaba los encomios con dignidad despreocupada. Pronto estuvo encinta, luego dio a luz y guardó cama sin que el orden y el buen servicio de su casa se alterasen un punto.

*Hogar
desatendido.*

Perspicaz que se puso entonces el padre de los dioses, vino a caer en cuenta, cuando el invierno comenzaba, de que todo se debía a los callados desvelos de Metis Oceánida, la amiguita íntima de su mujer. Quiso, sin embargo, tener pruebas concluyentes, y, habiendo hallado modo de alejar a Metis del palacio imperecedero del Olimpo, todo empezó a ir mal allí. Ahumábase la leche, o se cortaba, o le caían moscos porque Juno la dejaba destapada. Las habas se agriaban, se engusanaba el queso, la carne la servían dura y coyundosa, el pan no se horneaba bien y tenía en la masa migajas de harina cruda. Nadie barría, nadie ordenaba disponer la basura. Las ropas sucias se amontonaban y los sudores y otras excrecencias de que estaban impregnadas fermentábanse, despidiendo mal olor. Aquello era un desastre.

*Invención
de la
hospitalidad.*

Júpiter añoraba su vida de soltero, las comidas ruidosas de alegría en las fondas públicas, el aseo de los cuartos de mesón, y empezó a alegar razones de estado, compromisos de negocio, para ausentarse de su

casa días enteros y semanas largas. Se dio a viajar y a ser recibido en casas extrañas, e instituyó el sacramento de la hospitalidad.

Adondequiera que llegaba lo recibían con amable cortesía, tendían manteles limpios, sacaban vajilla reluciente, asaban el cabrito más tierno, el lechón más sabroso. Destapaban la cuba del mejor vino. La mejor cama, de mullido colchón, era para él, y muchas veces la virgen de la casa, princesa en espera de príncipe marido, fresca del baño, húmedo el musgo de su cuerpo, le hacía grato el dormir y más grato el despertar después de haber dormido un rato. Pero de recién casado había creído preferir su propia casa. Ahora se aburría en ella. Y se aburría su mujer:

—¡Ay, que volviera Metis! —suspiraba Juno.

—¡Ay, que Metis volviera! —suspiraba Júpiter.

Metis volvió. La dicha atendía sus pasos, el orden era su sombra. Si el tierno Marte lloraba, el primogénito del matrimonio olímpico, nene belicoso de súbitos berrinches interminables, ella sabía contentarlo, y si algo le dolía ella adivinaba qué era, si indigestión, si empacho, si irritación de las encías por los dientes que le empezaban a apuntar. El hijo de Juno era caprichoso y turbulento. Daba noches de enloquecer. Sólo Metis lo sabía calmar.

*Infancia
de Marte.*

No pudo entonces Júpiter dejar de percibir el notable contraste entre la orgullosa e indolente Juno y la callada y servicial Oceánida. Primero, pues, le admiró a Metis el talento, más no tardó en admirarle el talante también. ¡Qué cintura flexible la de ella, qué gracia en toda su figura! Plateados álamos en verano así se ven,

*Leyenda
del álamo.*

trémulos aunque no sople ningún viento, porque este árbol vio cuando surgía Venus de la ola, y el lado de sus hojas que tocó el esplendor primero de la diosa, quedó blanco y brillante, y el temblor con que se mueven de continuo es temblor de amor. Brillantes así movíanse las manos de la divina Metis en las labores mínimas de la casa de Júpiter, sacudiendo, arreglando, aliñando. Y en los oficios mayores, de tender las camas, de barrer, de colgar las cortinas, la onda del mar no se mueve en ancha playa con soltura tan desenvuelta como Metis se movía. Atareadas como ella, sólo las hermosas nubes de principios de otoño ocupadas en la limpieza del combo azul sobre la vasta tierra. Y después de la cena, en el hogar caro al padre de los dioses, cuando Juno solía bostezar de aburrimiento si no se jugaba algún juego tonto de los que justamente sirven para no fastidiarse marido y mujer que no tienen nada hondo en común, en Júpiter se enfriaba el afecto conyugal y la imagen de Metis en su mente lo embargaba.

Fin de verano. Monótono del grillo. Nublábase el espacio. He-
laba por las noches. Secábanse, poniéndose rojas unas y amarillas otras, todas color de incendio, las hojas de los árboles. Soplabla el ábrego. Era el fin del verano, cuando todo se sobrecoge de temor porque el Lenaión se acerca. Emigraban a la Arabia feliz, y al sabio Egipto que el sacro Nilo baña, los pájaros prudentes. Si había noches claras y días relumbrosos de tan límpidos, era porque Metis se interesaba en todo lo de Júpiter, atendía a que sus divinas ropas no diesen qué desear, y no sólo le prestaba valiosos consejos en cuestiones de gobierno sino que le celebraba los chistes con que volvía, dicharachero, de recorrer el mundo, por sin gracia que fueran, porque nada es más raro, en el Olimpo lo

mismo que en la tierra, que un buen chiste, pues se nace llorando pero a reír hay que aprender, y cuesta.

Metis se apoderó de la fantasía de Júpiter primero, luego de su corazón y de su deseo, pero con discreción tan exquisita que Juno, engañada, además, por ceguera de su propia arrogancia, ni siquiera se dio mínima cuenta del adulterio fino.

Fácil es para las doncellas atrapar marido, aun aquellas que son de mediana belleza, si sólo tienen salud y juventud y alguna gracia con virtud templada, que en eso consiste lo más de la hermosura. Sus ojos, entonces, despiden un brillo prodigioso que ciega los corazones de los hombres, sus labios exhalan una dulzura que adormece a la razón, toda su carne, en fin, emana un calor suave que, sin embargo, quema más que los calores desgarradores de la llama, ello en valor de no haber sido besadas todavía. El enamorado sufre el frío de la noche y los rigores del tiempo a la puerta de la doncella codiciada, y soporta sus veleidades y caprichos, sin reparar que en ella no hay sino necesidad e instintiva argucia. Pero una vez que ha satisfecho su deseo, en ese mismo instante se recobra del encantamiento del noviazgo, y suertera será la que sea lleva en casamiento si se entregó soltera, y más suertera todavía quien, ya casada, sepa mantener vivo y día con día renovado el sortilegio de amor, de por sí evanescente, que la haga perennemente virgen para el deleite del esposo. Pero la mayoría de las mujeres se engañan creyendo que el matrimonio, en vez de ser, como es, principio y oportunidad de amor, es fin y triunfo definitivo y perdurable. No se enteran de lo que más les importa: de que así como el marido ha de ganarse cotidianamente el pan para él y ella, así también ella ha de ganarle amor constantemente.

*Filosofía
del matri-
monio.*



Y siempre es de casual manera inesperada que llegan a enterarse las esposas de que los maridos han dejado de amarlas.

Una noche ya los párpados del hijo de Cronos se habían cerrado bajo gravedad de sueño cuando los sollozos de la imperiosa Juno, coléricos gemidos que hacían estremecerse el Olimpo coronado de nubes, lo despertaron.

—¿Qué te pasa mujer? —exclamó irritado el soberano padre de los dioses. ¡Ya ni dormir se puede en esta casa!

—Si no me querías —repuso la querellosa esposa—, ¿por qué te casaste conmigo?

—No seas necia, Juno. ¿Por qué lo dices?

—¡Ya te habías quedado dormido sin besarme!

Y la deidad berreó.

—Es que —balbuceó Júpiter, protector de los hogares— no sé en qué estaba pensando. A ver te beso y déjame dormir.

Si alguna vez me he desvelado, oh Musa, Erato grave, hija de Júpiter, olvidado de mí por acordarme de ti sólo, a la inquieta luz de pobre lámpara deletreando el elogio que de ti y tus hermanas hizo Hesiodo, di ahora ¿en qué estaba pensando el portentoso dios cuando se quedó dormido sin haber besado siquiera a la iracunda Juno?

Júpiter estaba pensando en la provocadora cinturita de Metis Oceánida, en sus pequeños pechos, en sus lindas rodillas, la sal del mar hecha mujer menuda.

COMO cuando al caer la sombra decimos, *He aquí que ya es de noche*, y alzamos los ojos y vemos una estrella que aparece, y otra, y otras, y contándolas nos deleitamos suavemente, nos reposamos con goce que nos lleva a los comienzos del mundo como al regazo de una madre, hasta que con sorpresa siempre nueva advertimos que han aparecido estrellas en número infinito que con su blanca luz vuelven lácteo el vasto cielo, y que se nos ha cansado la nuca de tenerla echada atrás para mirar arriba, y entonces, criaturas de la tierra que somos, hacia el suelo volvemos, no sin sentido profundo de religiosidad, los fatigados ojos, así es cuando queremos contar la prole innumerable de Júpiter, los brillantes hijos e hijas que le alegran.

*La prole
jupiteriana.*

Cada vástago nuevo era, para el padre de los dioses, nacer de estrella, brillar por primera vez un divino lucero. Desde que sabía que tenía a diosa o a mujer mortal, o a Ninfa o Dríada o Hamadriada, encinta, le empezaba el desbordante alborozo de la paternidad, y por estos arrebatos le adivinaba Juno las infidelidades. Sólo una vez le atormentó al Cronida saber que iba a ser padre.

Aquel otoño era como una segunda primavera. O como cuando uno recuerda olvidada canción. O como un grato sueño que se sueña dos veces. En cuanto pudo deshacerse de la vigilancia de Juno, rijosa deidad capaz de envolver ella sola cielos y tierra en tempestad horripalante, Júpiter en celo corrió a la azulosa cueva junto al mar, donde, al calor del veranillo siciliano, venía gozando los amores de Metis.

*Adulterio
olímpico.*

—No es el invierno —pensaba Júpiter— una invención digna de celebrarse que digamos. Vale sólo

porque después viene la primavera. Pero si hubiera modo de que la primavera fuese eterna, ¿quién sino sólo los fuertes hiperbóreos podría mostrarse descontento o contrariado?

Camino de la amorosa cita Júpiter se puso a improvisar. No pasó del primer verso. ¡Ya le pediría a Apolo la lira de mil cuerdas!

Lo que dan las edades.

—Después de abril llegaste tú, eterna primavera de mi vida —iba diciendo y repitiendo Júpiter. Porque llega una edad y llega un amor que a todos nos hace poetas, y no el amor primero, aunque éste es dulce, ni en la ternura de los años mozos cuando es sólo apariencia de poesía lo que acompaña el despertar de la viril pujanza que enciende la sangre y la hace bullir en el pecho con ruido de música. Jugo de canción verdadera da el corazón sólo en la dulzura acendrada de su madurez.

Metis inventaba —nadie para invenciones como ella— excusas tan eficaces para separarse de Juno, que los amantes inmortales, exentos de temor, eran uno del otro hasta que, hartos pero sin desgano de caricias, volvían al Olimpo por separadas sendas.

Amores en la cueva.

Esta vez Metis había llegado la primera a la guarida. Se entretenía llenando de coral desmenuzado un caracol, sin fijarse en lo que hacía, en larga distensión de ensueños su cabeza. Júpiter, relamiéndose todavía los labios del sabor de la canción que había improvisado, andando de puntillas, cuidadoso de no hacer crepitar la arena cuchicheante, se acercó a ella y de sorpresa le hizo estallar en el oído el beso del saludo. Metis, sobresaltada, se estuvo largo rato sin poder cobrar aliento, con los ojos abiertos desmesuradamente, y pálida.

Júpiter le tomó las manos y las palmoteó para que volviera en sí, y le frotó los brazos, acongojado.

—¡No lo vuelvas a hacer! —dijo por fin la Oceánida— ¡Prométemelo, Júpiter!

Gravidez de Metis.

—Por el Estigio, ¡juro! —respondió el más potente de los dioses— Pero ¿qué te pasa, chiquilla? ¿Qué tiene mi encanto? ¿Qué son esos nervios? No sabía, Metis, que fueses tan asustadiza.

Dijo, y se echó. Suspiró y se recostó poniendo mansamente en el muelle regazo de la amada la ilustre testa de cabellera más hermosa que melena de león y más terrible.

—Júpiter, ¡me has hecho tan feliz!

—Pareciera más bien que te he asustado brutalmente.

—Es que —balbuceó la Oceánida— no es lo que estás pensando. ¡Oye! —y le colocó la oreja sobre su vientre— ¿No sientes que palpita nueva vida en mí? ¡Voy a ser madre, Júpiter! Va a ser varón. Lo sé por la fuerza de las bascas que me han dado. ¡Va a ser el más grande de los dioses, Júpiter: hijo tuyo y mío!

—¿Eh? —repuso sobresaltado Júpiter— ¿Más grande que yo?

—¡Más grande!

Frunció Júpiter el ceño y se rascó el pescuezo, señal cierta y siniestra de su descontento. Los cielos se añublaron. Vociferante viento arremolinó las hojas caídas de los bosques. Balaron las ovejas, mugieron los ganados. Los lobos lanzaron alaridos. Los labriegos se

Canción de otoño.

dieron prisa en cubrir las trojes. Había una desolación de oro en los campos acabados de segar. Cabeceaban, brasas de seda en largos tallos curvos, vellosos, las finas amapolas. Sonaban las hachas de los leñadores y crujían los árboles cortados, cayendo con estruendo.

¡El más grande de los dioses! ¡Más grande aún que Júpiter! De seguro, siendo hijo suyo y de ella. De él que había sido fuerte para derrocar a su padre, el prepotente Cronos, señor de los engaños, y para ocupar el trono temeroso contra el que no habían podido, unidos, los Titanes, y de ella, la más astuta, la más ladina, la más sabia, la más prudente y discreta de las diosas.

Júpiter, echado al lado de la Oceánida, en silencio recordó su estirpe y recordó su infancia y primera juventud.

*Los
primeros
dioses.*

De Albina, la diosa informe, no se habla. Su blancura es la blancura glacial de lo vacío. Pero después Gea, la Tierra, surgió en medio del oscuro Caos primordial, y, al moverse la gran diosa, fue Amor su movimiento. De ella sola, en desdoblamiento grande, nació Urano, adulto desde el primer instante. Y Gea, anchurosa de vientre, recibió en su regazo a Urano, su criatura, y tembló divinamente en soberano espasmo, y cuanta vez recibió la diosa al dios le nació hermoso vástago: el Océano e Hyperión, Rhea y Themis, Mnemosyna madre de las Musas, y Thetys, y Cronos, a quien llaman Saturno.

Cronos.

Cronos era el más joven y más bello de esa hermandad divina, y engendró a las Estaciones y a las Horas, y puso a andar el universo dando movilidad a las estrellas en sus cursos y dividiendo el día de la noche, alternos como, en la cadencia del elegíaco verso, el

hexámetro y el pentámetro sucesivo. Unos dicen que Urano, despótico, quiso destruir este ordenamiento y que por esa mala intención Cronos airado lo destronó. Pero Hesiodo cuenta que fue de otra manera, y yo le reconozco autoridad porque las Musas, hijas de Júpiter, le enseñaron verdad mientras que a otros, aun inspirándolos, suelen contar mentiras.

Gea se había quedado dormida en un vergel, echada boca abajo, con el rostro sobre los brazos en arco, y al bajar a ella esa vez, urgido de deseo, Urano no pudo resistir la belleza del dorso de la diosa y la embistió como los animales embisten, no como se ayuntan, cara a cara, dioses y humanos. Un alarido largo dio la diosa al sentir bestial desgarradura, y en vano forcejeó para liberarse del innatural abrazo. Pero el dios era incomparablemente más fuerte que ella y no le dio alivio hasta que hubo vaciado su lujuria.

El pecado de Urano.

Los jóvenes dioses oyeron, y miraron, y se taparon los ojos con vergüenza.

Se envició Urano de ese gusto, y Gea le cobró repulsión a su marido. Fruto de esa cópula fueron, primero, los Titanes, grandes como montañas, y luego los Cíclopes, enormes y con un solo ojo en medio de la frente bajo una sola ceja hirsuta, y por último los Hecatónquiros que tienen cada uno cien brazos y cincuenta cabezas monstruosas. Detestábalos Gea y Urano mismo que los había engendrado les temía. En vez de dejarlos gozar del espectáculo magnífico del día y de la noche, en danza eterna de estrofa y antiestrofa, el agrio dios vicioso los ocultó, y ellos crecieron escondidos en antros de la espaciosa tierra.

Los primeros monstruos.



Pero Gea llamó en torno suyo a sus hijos bellos, los habidos en abrazo decente, y les habló:

—Hijos que padre pecaminoso engendró —dijo—, ¡si me sois obedientes no quedará sin castigo su maldad! Él es quien primero pensó tan malos pensamientos y obró vergonzosamente.

*Dulzura
de la
vida.*

Calló, y los hermanos dioses, permanecieron mudos, del miedo que tenían, porque nada impone mayor temor en los corazones puros y los descoyunta y enloquece que contemplar la maldad en padre o madre. El dulzor de la vida es la confianza, no recelar, saberse seguro, sin preocupación por el mañana, pero también sin bochorno por el ayer, y la mayor confianza es la que ponemos en padre y madre. Por eso es duro topar con las asechanzas del mundo, el engaño de las cosas, la deslealtad en los amigos, y, sobre todo, con la perversidad en padre o madre que inspira grandes crímenes.

De entre el triste grupo abatido en tierra por el dolor, Cronos, el astuto, se levantó diciendo:

—Madre, yo emprenderé esta hazaña, porque no merece reverencia un padre de tan infame nombre, pues él fue quien primero pensó tan malos pensamientos y obró vergonzosamente.

*Invención
de la hoz.
Oro,
plata y
cobre.*

Gea se alegró al oírlo, y colocó a Cronos emboscado, armado de una hoz. Era ésta una maravilla labrada en oro y plata, con el asa de cobre, y filosa en extremo, obra de los Telquines, los primeros orfebres que moraban en Rodas y se llamaban Crisón, Argirón y Calcón y dieron sus nombres a los metales que trabajaban. Y Gea aleccionó a su hijo en el manejo de esta arma y cómo debía cumplir la terrible stratagema.

Llegada la noche, bajó Urano anchuroso sobre Gea, a cubrirla, porque durante el día se mantiene alto y alejado y nada de la tierra lo toca ni puede alcanzarlo, pero al anochecer baja en la sombra. Y ahora forcejeaba para voltearla boca abajo. Entonces el hijo de los dos, Cronos astuto, se agachó y alargó la siniestra mano y la apoyó en el trasero de su padre, y con la diestra levantó la dentada hoz, y de tremendo golpe certeramente asesado cortó los miembros de Urano de raíz y los arrojó detrás de sí, porque le ardían en la mano.

Castigo de Urano.

Donde la tierra recogió la sangre de la cruel herida, allí nacieron las Furias venerables y los Gigantes revestidos de lucientes armaduras y armados de largas lanzas, y las graciosas Ninfas que tienen naturaleza de árbol y de fuente y se mantienen eternamente en edad de doncellas casaderas. Pero los miembros de Urano cayeron en el mar, pusieron grávida a la onda empurpurada, tiñeron de rosa las azules aguas, que hirvieron en blanquísima espuma, y de ellas nació Venus, alegría y decoro de la vida.

Nacimiento de Venus.

Cronos victorioso tomó entonces por esposa a Rhea, su hermana, de ancho vientre y relumbrosos pechos. Ninguna otra deidad era digna de él, y amándola mucho la empuñó mil veces engendrando a Júpiter y a Juno, a Neptuno y a Deméter, y a la infinidad de los otros dioses y diosas cuyos nombres suenan como los crótalos que las doncellas frigias hacen sonar entre sus hábiles dedos y en sus lindos tobillos cuando bailan. Y Cronos reinó en el vasto universo hasta que, a su vez, se volvió insoportablemente despótico, atentó contra la propia luz, contra el espíritu de comprensión, contra el ánimo de tolerancia, contra las tiernas santidades sempiternas, dándose a devorar a sus propios hijos

El pecado de Cronos.

*Sabiduría
de gober-
nante.*

pequeñuelos, visto que el tiempo roe y corroe y destruye lo que él mismo engendró. Cierta medida de arbitrariedad, a veces es adorno, en quien gobierna, porque ello pone de manifiesto su poder, capaz de todo, y realza la continencia con que lo ejerce, de manera que los gobernados quedan advertidos. Lo comprenden y nadie osa provocar arbitrariedades mayores. Mas donde no hay un prudente temor del gobernante los gobernados se insolentan, por lo que la sabiduría de bien gobernar consiste en tener en pulso de prudencia, sin exceso, esta virtud de poder ser arbitrario. Pero Cronos se excedió y las voluntades del universo se concitaron contra él.

*Naci-
miento de
Júpiter.*

Cuando nació Júpiter, en la cumbre del Ida, lo vio Rhea hermoso, porque, a diferencia de los hombres, que nacen rugosos y feos aunque después hayan de cobrar hermosura, los dioses son bellos desde el primer instante. Y Rhea burló al marido cruel: en vez de servirle al niño, como él se lo había ordenado, le sirvió de yantar una piedra envuelta en pañales que Cronos de un solo bocado inmasticado se tragó. Sintió el hijo de Urano la pesantez de la piedra en el estómago y se echó a dormir torpe siesta, a la hora calurosa del mediodía, como hombre burdo que se ha atragantado demasiado. En eso lloró Júpiter. ¡Oh, qué aflicción la de la madre con el temor de que el llanto del crío despertara a Cronos y éste, dándose cuenta del engaño, tomara venganza horrible de pensar! Para ahogar el grito del recién nacido los Curetes, caballeros armados que guardaban a la grandiosa diosa, danzaron con gran algarabía, haciendo chocar los sonoros escudos. Cronos entreabrió los ojos:

*Salva-
ción de
Júpiter.*

—¡No me hagan tanto ruido! —dijo, con voz ronca, y se volvió a privar.

Así se salvó Júpiter.

Hermosa cabra cretense lo amamantó —Amaltea de nombre—, de ubres grandes y rosadas como los pechos de delgada mujer rubia que tiene grandes los pechos, y de sedosa pelambre blanca que después fue la égida con que Júpiter se revestía los hombros, y era por virtud de la leche de esa nodriza que, ya adulto, se le ponían lúbricos los ojos al padre de los dioses como los ojos lascivamente dormilones de los padres chivos.

Amaltea.

La égida.

Creció Júpiter lleno de gentileza, profundo de conciencia, sabedor de que la experiencia —¡única maestra!— enseña gran lección, y que la experiencia es por su propia naturaleza cosa del pasado que no se debe dejar que el tiempo destruya ni borre, ni altere. Y como Cronos se empeñaba en arrasar con todo, Júpiter, para salvar al universo, derrocó a su padre del trono de los dioses.

La experiencia.

Descomunal fue la batalla, más desastrosa que cuando hace erupción un gran volcán arrojando altas columnas de humo y grandes llamaradas, vomitando lava en que sepulta los campos labrados y las ciudades, con hombres y ganados, haciendo temblar la tierra hasta el borde mismo del horizonte, y más que cuando rayería tumultuosa azota el cielo y cae con estruendosa resonancia incendiando bosques, llenando el mundo entero de pavor. Los mares levantaban furibundo oleaje en tumbos, y se salían de sus límites las olas semejantes a manada de toros en estampida. Los vientos, hijos de Eolo, soplaban con gran furia, el Áfrico con las alas brumosas, el Cierzo de cabellera de hielo y cuerpo de serpiente, el Austro y el Noto su gemelo de cuerpos negros y chorreosos de sus alas, el Bóreas de gran voz, el

Júpiter combate a Cronos.



Los vientos. Cæcias que derrama el granizo de una rodela que lleva en las manos, el Euro de cabellera tendida, cada hebra de su pelo un relámpago, el Euroto, en fin, y el Cauro, y el Solano, de índole generalmente apacibles, rabiosos ahora en esta guerra. Hasta el plácido Céfito, sacado de quicio, montaba en desusada cólera.

Venganza de Cronos. Venció Júpiter, que era el más joven de los dos dioses en lucha, de resuello más largo y de pulso más recio que Cronos, y se sentó en el trono de los dioses y comenzó a reinar. Y después se casó con Juno la florida, su hermana, pues ninguna otra deidad era digna de él, y fue mucho más tarde cuando Cronos, vengativo, no pudiendo destruir enteramente toda cosa, inventó manera de cambiarlo todo, y a Juno la convirtió en indolente y presumida, de manera que Júpiter le fue infiel.

La conciencia inquieta de Júpiter. —¡Cómo cambian las cosas, cómo cambian! —decíase y volvía a decirse Júpiter ahora, Júpiter el Vencedor, angustiado por lo que Metis con vanidad de mujer preñada le decía. Ponía en tensión sus brazos el dios, para probar la dureza de sus músculos, cerraba los puños formidables apretándolos hasta que los nudillos fulguraban de blancura. Ensanchaba el anchuroso pecho y respiraba profundamente, asentaba con inenarrable fuerza los pies en suelo firme y lo hacía temblar. Pero no recobraba el sosiego con sentirse inconmensurablemente potente, porque le remordía la conciencia.

Recordaba la rebelión de los Titanes, que quisieron disputarle el trono ganado a Cronos. Los había vencido. Los había castigado. Tal vez se había excedido en el castigo, porque Prometeo, el luminoso, le había echado maldición, vaticinándole que él, Júpiter, también, a su vez, sería destronado. ¡Tan pronto se iba a

cumplir el vaticinio! ¡Si con Prometeo ya había hecho las paces!

—Limitado período me permite el Destino que gobierne —le había dicho a Prometeo— y llegado a su fin ese término, dejaré de buen grado el trono y que otro reine en vez de reinar yo, y reine sobre mí.

Por eso temió Júpiter, el que jamás había temido, al hijo que iba a nacer de Metis. Así por sus propias leyes, se ven conminados, muchas veces los que gobiernan pueblos. Para debelar ambiciones de otros, se ponen grilletes a sí mismos y dejan que los demás le fijen plazo a su gobierno. ¡Ay de ellos si no saben librarse de esas trabajas, porque seguramente cuando abandonen el poder serán desestimados por quienes por la fuerza no pudieran nunca destronarlos!

*Filosofía
del poder.*

Inquieta anda siempre la cabeza que lleva la corona. Mala es la altura. Blanco de muchas flechas es el ala. Se glorió una vez el águila, al sentirse herida, de que con pluma suya se hubiera barbado la saeta que le llevó la muerte. Del arco salió la fecha, disparada con fuerza, y la barba aquilina evitó que temblara o se ladeara: rectamente fue a clavarse al pecho del ave grande que con las alas extendidas dominaba la altura. Barbada con pluma suya sintió Júpiter venir flecha tremenda. Pero no se glorió. Sufriendo tormento de rey, el ancho corazón se le encogió.

*Canción
del
águila.*

¡Oh, Dios, si por éste o por cualquier otro nombre te place que te llamen, sea mi invariable suerte una modesta porción de dicha! Ocupen otros los elevados puestos, ensangrentándose las manos, ensombreciéndose la conciencia, por alcanzarlos, alzando la cabeza en arrogancia hasta donde el rayo estalla entre las

*Plegaria
del
poeta.*

nubes, mientras yo miro, bajo humilde techo guarecido, desatarse la tempestad fatídica. ¡No envidio a los altivos de la tierra, no, ni al mismo Júpiter de poderío incomparable, pero quien una vez ha logrado agarrar el poder y sujetarlo será insensato si de grado lo suelta!

Con tan honda preocupación volvió el padre de los dioses al lado de Juno que, engañada por su insólito aspecto y continente decaído, la que en arranques de celos fustiga el aire con tempestuoso azote se estuvo en calma y se dijo mansamente:

—Ahora sí que mi marido viene de trabajar.

Y en alta voz:

—Parece que se anuncia fuerte el invierno.

—Sí —le respondió Júpiter—, ya tenemos al invierno encima.

Metis, que había sido la primera en regresar al Olimpo, bordaba una manta de lana para el que esperaba que naciera. ¡Pobre de ella, porque de nada le serviría esa labor!

JÚPITER amaba a Metis. Hay quienes afirman que la amaba ya, antes de haber amado a Juno, y que después amó a Themis, de quien hubo e Eunomía, que es el Orden, y a Diké, que es la Justicia, y a la florida Eirene, que es la Paz, y a las Parcas, que son tres —Clotho, Láquesis y Átropos— y que dan en desigual distribución el bien y el mal que gozan y padecen los mortales, y que después amó a Eurynome, hija del Océano, bellísima de formas, en quien engendró a las

*Los
amores
de
Júpiter
con
diosas.*

Gracias —Aglæ, Eufrosina y Thaleia— de cuyos ojos fluye el amor que derrite los corazones y pone lánguidos los brazos y las piernas de los dioses y de los hombres por igual, y que después amó a Deméter, su propia hermana, y hubo en ella a Proserpina a quien el Hades arrebató de los brazos de su madre y por quien se celebran grandes misterios en Eleusis, y que después amó a Mnemosyna de hermosa cabellera, que es la Memoria, y en ella hubo a las Musas, que son nueve, nacidas para el deleite en los banquetes y las fiestas y para alegría de los cantares y para hacer útiles los esfuerzos de los hombres: Clío coronada de laurel, Euterpe ceñida de flores, Thalía adornada de yedra, Melpómene calzada con el coturno majestuoso, Terpsícore de pies desnudos, Erato que lleva entretejidas las pudorosas trenzas con el mirto, Polymnia lirófora, Urania en cuya frente lucen las estrellas, y Calíope de diadema de oro, las que, en ese orden, presiden la escritura de la Historia, la invención de la Música, la intención de la Comedia, el terror de la Tragedia, el gozo de la Danza, el canto de la Poesía Lírica, la majestad de la Oratoria, el conocimiento de las Ciencias, y la sabiduría de la Poesía Heroica como cuanto más conviene que sepan los que tienen el gobierno de los pueblos, y que después amó a Letona y engendró en ella a Apolo y a Diana, dioses que aman los arcos y las flechas y que son castos, los más bellos de los hijos del Cielo, y que por último se enamoró de Juno y que a Juno le fue infiel mil veces.

*Las
Musas.*

*Apolo y
Diana.*

Pero los poetas andan confundidos en esto, porque no tuvo amores antes de amar a Juno, la de sandalias de oro, y a Metis no la amó sino después de casado, y ella fue, no su primer amor sino su primera infidelidad, más dulce todavía.

A Júpiter se le hizo intolerable la idea de un hijo de la Oceánida que lo pudiera destronar, de manera que, ideando y cavilando para hallar manera de librarse del inminente sino infausto, dejó que largos días se mantuviera nublado el ancho cielo. El imperecedero palacio del Olimpo parecía estar de luto. Metis, para que no fuese a notarle Juno la gravidez, había alegado amores con su propio padre que la retenía reclusa en el fondo del mar.

—¡Pobre Metis! —decía Juno, protectora de los amores lícitos— Debe de ser asqueroso, debe de chorrrear baba, el amor de un anciano. ¡Cómo detesto a los viejos libidinosos! Tú, Júpiter —amonestaba a su marido—, no vayas a ser así.

—No, no lo será —se decía Juno mirando a Júpiter abatido por secreta congoja—. Tan disoluto que ha sido, antes de que llegue a lo que se llama de veras viejo habrá consumido toda su fogosidad.

Y poniéndose a imaginar la suerte de Metis, Juno la contrastaba con la suya propia, recordando su noviazgo, las mañanitas en el Jardín de las Hespérides, los atardeceres en la cumbre del Ida, con Júpiter encendido que no se despegaba de su lado. Luego las fastuosas bodas, el brillo de incontables antorchas, los hermosos cantos, las hermosas danzas, y el desposado impetuoso, y el oloroso tálamo, ¡oh Hymen, Hymen! Aquel era el buen tiempo. ¡Ah, la primavera! Ahora ciertamente era invierno.

Pena de esposa.

Cuando oía que alababan la potencia engendradora de Júpiter, no soltaba palabra pero decíase a sí misma que hay que ser la esposa para saber si el esposo es potente o no. ¡Las largas noches que se pasaba, esperando

a que Júpiter se volviese hacia ella, en el ancho lecho, a que el beso llevara de la mano al abrazo y el abrazo al gozoso ayuntamiento! Y nada. “Ya a Júpiter —pensaba— se le agota el ímpetu de amor”. Había que esperar que la primavera volviese. “Pero si Júpiter fuese siquiera la mitad de lo potente que dicen —se decía la diosa—, el mismo invierno lo enardecería para amarme”.

Juno, esposa casta, aguardaba.

Mientras tanto, atizaba ella misma, con sus radiantes manos, el fuego del hogar. Se esmeraba porque Júpiter hallase tibieza y buen olor en su regazo. ¡Necia esposa, tardía para ejercer su oficio! Le habían regalado cuando sus esponsales, pies de manzano que daba fruta de oro. Había sembrado las delicadas plantas en la huerta de los dioses, junto al Monte Atlas. Como las hijas de Atlas solían hurtarle el reluciente fruto, Juno puso enorme serpiente —Argos de mil ojos— a guardar sus árboles. Otra cosa debió haber guardado a tiempo y no guardó. Júpiter no hacía el menor caso del cuidado que ella ponía ahora en el hogar. Juno no osaba distraerlo de su ensimismamiento.

El monstruo Argos.

Terribles pensamientos acosaban al dios. Tomaría a Metis en brazos, como tantas veces había hecho, moriría que a Metis tanto le gustaba. La alzaría en vilo y ella, desprevenida, cerraría los ojos, como siempre hacía, y se dejaría llevar. De pronto la arrojaría desde alto acantilado a precipicio hondísimo, como una vez había arrojado a Prometeo, sin darle tiempo a la Oceánida de que le agarrase las ropas y se prendiese de él para no caer. Metis caería irremisiblemente.

Malas intenciones de Júpiter.

Despedazada, abortaría. Echaría de sí feto inmadurable, alguna empusa amorfa, algún lemur

*Con-
ciencia
atormen-
tada.*

sanguinolento, nada que pudiese atentar contra su poderío. Pero figurábase Júpiter que al palacio de oro del Olimpo la inmortal hija del Océano volvía, arrastrándose dolorosamente, quebrantados sus delicados huesos y empapada en sangre toda ella, deshecha su lindura. Alzaba hacia él el rostro desquebrajado, y el único ojo que le quedaba lo miraba lleno de dolor y de reproche sin palabras. ¡Entonces sí que merecería ser destronado!

Representábase Júpiter la escena con tan viva fantasía que, horrorizado, se llevaba las manos a la cara, se golpeaba con gruesos puños el anchuroso pecho, gí-moteaba. Largos sonaban en los espacios siderales el tumbo y el retumbo del trueno.

¡Qué virtuosos seríamos los hombres, oh Melpómene, si nos fuese dado ver la consecuencia de nuestras impiedades! La tentación nos ciega, y los instintos que no hemos sabido refrenar. Como a las bestias a las que el aparejo de las sienas evita que miren el peligro, así nos tapa la tentación los ojos, y nos agujijonea con eficaz espuela, de modo que nos lanzamos desbocados en carrera veloz a perdición que ni siquiera sospechamos. Tardío es todo arrepentimiento, y hasta el cielo se conmueve oyéndonos gemir contrita pero inútilmente: *¡Ah, si lo hubiera sabido!*

*Compa-
sión de
Juno.*

A Júpiter nada lo cegaba. Con los ojos abiertos se absorbía, y hasta Juno, de entraña adamantina, le tenía compasión.

—Sufre achaque de impotencia —se decía la diosa, y quería ayudarle.

¿Pero cómo puede una esposa pudorosa, oh Thalia, hablarle de esto al marido?

¿O cómo puede, Euterpe, comadrear, según hacen las mujeres vulgares, y aprenderse recetas de eficaces filtros, de las que se dan unas a otras, conversando en las puertas, las vecinas? ¿O cómo, oh Urania, rebajarse ella, la altiva, la arrogante, a rogarle ayuda a Venus?

¡Si tan siquiera tuviese ella idea exacta de lo que acongojaba a Júpiter! Pero en vano se empeñaba la radiante Juno por penetrar en la mente de su divino esposo.

EN LA MENTE de Júpiter, alto escenario de hermosa claridad que sólo al Sueño era dado apagar y llenar de reponedora sombra, refrescante, dialogaban y disputaban entre sí el Sentido de la Necesidad, el Amor Propio, y la Razón, esencias del Ser, y sus altas voces resonaban ensordeciendo al padre de los dioses de manera que Juno tenía que gritarle fuerte para llamarle la atención, y él, al volver en sí, mostrábase azorado.

*La mente
de
Júpiter.*

Otras mentes hay, formadas de recovecos y encrucijadas, de vericuetos y zanjas, llenas de tinieblas que sólo estallidos de relámpago rasgan intermitentemente, y allí van los pensamientos, tropezando, de caída en caída. Y hay mentes enteramente vacuas, ruidosas de ecos, tan estériles que si alguna vez va a dar allí una idea, se muere de sed y de hambre. Y hay mentes abismales en cuyas honduras tenebrosas brillan fosforescentes monstruos, las intenciones perversas, los propósitos malvados. Y hay mentes que son como paisajes bucólicos, semejantes a praderas verdequeantes por donde se deslizan como riachuelos cantarinos los claros y frescos númenes del intelecto santificado, entre riberas florecidas y bajo un cielo límpido. Y hay mentes que son

verdaderos gineceos en cuyos corredores y salas las ideas y las nociones cardan, hilan, hacen girar las ruecas, tejen, bordan, tiñen el hijo, y ninguna se está quieta jamás, ni bajo el imperio del Sueño a quien todas las mentes rinden acatamiento y sumisión a sus horas.

Pero la mente de Júpiter es como foro civil entre templos y palacios de soberana dignidad, donde abiertamente se conversa y se discute y se busca la armonía de los diversos pareceres. ¿Por qué ahora, pues, oh Clío, el vocerío como en riña en ese ámbito? ¿Qué dicen, qué quieren decir, y por qué gritan?

DIÁLOGO

Dialéctica del poder.

EL SENTIDO DE LA NECESIDAD: *Si el Destino lo exige, fuerza es ceder a otro el poder, y será prudente no oponerse.*

EL AMOR PROPIO: *¡Prudente no, qué carajo, sino insigne pendejada! (Al oír el exabrupto del Amor Propio el Sentido de la Necesidad se lleva las manos a taparse los oídos. La Razón interviene.)*

LA RAZÓN: *No me parece bien ese lenguaje, ni en los discursos que se pronuncian en público, ni aquí, en la intimidad de la conciencia. Hasta ahí concuerdo contigo, hermano. Pero al Amor Propio le asiste la razón.*

EL SENTIDO DE LA NECESIDAD: *¿A ése le das alas tú?*

LA RAZÓN: *No creo que las necesite, porque admitirás, oh Sentido de la Necesidad, de insistente voz, que eso que tú llamas Destino no es en sí, no tiene*

existencia, sino que su esencia estriba en que llegará a ser, y antes de que sea ¿cómo puede nadie medirlo, ni saber de qué color tiene los ojos o a qué estatura se alza, y qué genio lo mueve, manso o bravo? La única certeza que tenemos es que, al llegar a ser, el Destino sencillamente será, y no de este modo ni de aquel que tú o cualquiera otro diga, sino simplemente como sea, y antes de que sea, no será a él a quien se acate sino a quienes nos lo figuran.

EL SENTIDO DE LA NECESIDAD: *Sutil estás, hermana. Cómo se ve el cariño que le tienes al Amor Propio. ¡Si hasta te confundo con él!*

LA RAZÓN: *Me parece muy vulgar acusarme ahora de ese incesto, y si no tienes mejores argumentos debieras callar.*

EL SENTIDO DE LA NECESIDAD: *¿Razón, Razón, en qué trampa de ti misma has caído? Eres tú quien confiesa amores con el Amor Propio.*

EL AMOR PROPIO: *¡Canalla!*

EL SENTIDO DE LA NECESIDAD: *Qué bien se ve, Razón, que el Amor Propio te tiene seducida. Debieras cambiar de nombre, mala consejera, que si no fuera por esa pasión pecaminosa que le tienes concordarías conmigo.*

LARAZÓN: *Concordaría contigo, ¿en qué? Dilo, si tienes algo que decir en vez de vaciarte en insultos calumniosos.*

EL SENTIDO DE LA NECESIDAD: *Óyeme, pues, pero aparta de ése los ojos un momento. Nada es por propia voluntad, oh Razón hermana, sino por*

voluntad del Destino, y por más que hagas y deshagas, lo que el Destino quiere se cumplirá. No blasfemes diciendo que esto es mentira.

LA RAZÓN: *¿Con que ése es tu argumento?*

*Condi-
ción del
destino.*

Pues no blasfemo, ni jamás blasfemaré. Pero si lo que ha de ser ha de serlo a fuerza, entonces no importa qué se haga para buscarlo. Y si adonde se ha de llegar se llega, entonces también no importa qué caminos tomemos para evitar esa meta, pues no la evitaremos. Y si no podemos en un ápice escapar de esto, que es lo que entiendo, ¿entonces, por fin, a qué determinar de antemano que Júpiter se resigne a dejar el poder? ¿No será mejor que no ceda a ello sino después de que ese Destino —si ése es el Destino— sea realidad y oigamos con qué voz habla?

EL AMOR PROPIO: *Vamos, Sentido de la Necesidad, ¿qué tienes que decir contra eso? ¿Te das por derrotado?*

EL SENTIDO DE LA NECESIDAD: *No arguyo sino que verdaderamente el Destino es inescapable. Y si Júpiter ha de dejar el trono de los dioses, por más que ello le sea amargo y por más que se oponga, será vencido. Pero al Destino hay que reconocerlo antes de que se cumpla, hay que oírle la voz antes de que falle, pues así se evitan muchas penas y dolores.*

EL AMOR PROPIO: (temeroso de que la Razón quede convencida) *¡Contéstale, hermana!*

LA RAZÓN: *Eres muy persuasivo, Sentido de la Necesidad, porque siempre intimidas para salirte con las tuyas, y ya tienes al Amor Propio asustado. Quieres que Júpiter se resigne a dejar el gobierno del universo por temor de que, de otro modo, le puedan*

sobrevenir penalidades. Pero mira que no me ocupo del Amor Propio, como crees, sino que tengo preocupación por el universo mismo. Sólo el temor presentas como argumento valedero, y pretendes que por supuestas penas y dolores supuestos ceda Júpiter a tu insinuación. Pero yo pienso, ¿no temerá, más que a lo que a él mismo pueda acontecerle, lo que puede acontecer al orden que ha establecido? ¿Volveremos a como estaban las cosas cuando Cronos reinaba? ¿O a como andaba el universo en tiempos del viejo Uranio que los insulsos añoran sin saber cómo fue de horrendo? ¿A quién, di, entregará el poder Júpiter con confianza en que no volveremos al Caos? Y no lo digo por él mismo, como el Amor Propio quiere y tú te imaginas, sino por lo que el buen gobierno significa, que no debe dejarse por timideces de preceptos sin sustancia. ¡Eso sólo si Júpiter no tuviera conciencia! Porque cambiar por un gobierno bueno un mal gobierno, debe hacerse cuanto antes y de cualquier modo y a cualquier costo, y conviene también, aunque entrañe sacrificio, cambiar un buen gobierno por otro mejor, pero el cambio por el cambio mismo es un absurdo, y cuando no es para que mejoren de condición los gobernados, entonces es criminal acción de la que Júpiter no debe dar ejemplo.

Los cambios de gobierno.

—¡JÚPITER, atiéndeme! —gritó Juno— ¿Qué te pasa que no oyes?

—¿Qué no oigo qué? —preguntó Júpiter como saliendo de un sueño.

—Ahí te han traído eso —dijo Juno, señalándole un bulto— que tú dijiste que lo querías con urgencia.

—Sí, sí —repuso Júpiter—. Es lo que estaba esperando.

Y tomó el busto y sin dar explicación ninguna a su mujer bajó a los sótanos de su palacio, en el alto Olimpo, donde había construido un laboratorio secreto. A Juno, la celosa, con tal de saber que Júpiter se quedaba en casa, los misterios de que se ocupara la tenían sin cuidado.

—A lo mejor —pensó la divina esposa— Júpiter está haciendo experimentos con pócimas para no perder la potencia viril. ¡Qué bueno!

*El gélido
veneno.*

En el laboratorio que se había construido en secreto lugar de los sótanos del palacio imperecedero del Olimpo, Júpiter destiló la quintaesencia de cien toneladas de sirope de cicuta, extrayéndole la virtud y purificándola para quitarle el amargor, y luego volvió a destilar el claro líquido obtenido y extrajo la quintaesencia de esta quintaesencia, hasta sutilizar en cristales de sal la formidable potencia del gélido veneno y reducirla a cantidad que pudiese caber en la hendidura que con la uña del meñique hiciera un niño en una almendra.

*Canción
de
invierno.*

En la tierra los ganados y los hombres sufrían grandes fríos, porque llovían sobre ellos los invisibles vapores de la cicuta desechada, más pesados que el aire. Los campos se endurecían con dureza de roca. Los árboles se helaban debajo de la corteza y se les tronchaban las ramas delicadas. Se cubrían de hielo hasta las aguas del mar y se detenían las ondas, congeladas, de los ríos corrientes. Bendecía al cielo aquel afortunado en cuyo bien abrigado hogar la hermosa leña ardía, y a los pies de Júpiter amontonábanse esas bendiciones que en otro tiempo pudieron haberle sido gratas. Absorto ahora con

su química, despreocupábase de las imploraciones de quienes, víctimas del rudo invierno, elevaban hacia él brazos temblorosos. Huían los animales grandes, buscando nuevos climas. Parecían montañas que anduvieran los rebaños de los paquidermos que rozándose unos con otros en su fuga dábanse calor. Pero los que quedaban en la periferia o fuera del círculo apretado de las manadas, caían congelados y los petrificaba el frío. Los animales pequeños corrían en desorden y sus millares sobre millares de patas dejaban huellas de sangre sobre la áspera tierra endurecida. Júpiter no reparaba en nada del vasto mundo a su cuidado. El embarazo de Metis le embargaba enteramente el ánimo.

Hermoso es mirar dentro del corazón de los reyes cuando son consagrados y empuñan el poder. Arden allí con luminosa llama los propósitos de dedicación y sacrificio. Por el bien de los pueblos no hay peligro que no estén dispuestos a arrostrar, ni pena que rehuyan por grande que ésta sea. Ni se apartan jamás de esto lo grandes reyes, a quienes Júpiter mismo llena de valentía dándoles aliento, mayor que el de los demás mortales, para soportar el grave peso de gobernar, que es carga cotidiana. Pero una sola cosa destruye todo este orden y hace flaquear a los más fuertes: el temor de perder el poder empuñado. Entonces los que rigen pueblos de hombres se desentienden de las tareas de gobierno, de que las leyes tengan efectividad y su aplicación vaya encauzada por vías de justicia, de que el esfuerzo común se enderece para satisfacer las comunes necesidades, y, en fin, de que con previsión acertada se atienda a lo que puede sobrevenir, así la carestía y la escasez como las excesivas cosechas con que Deméter engaña a los mortales a quienes el hambre acosará otro

*Crítica
del
poder.*

año si no hacen acopio de la abundancia del presente. Y Júpiter mismo, protector de los tronos soberanos, padre de los que blanden cetros, rey de reyes, con el tormento de perder su realeza propia desatendió sus deberes de gobernante universal, y se desequilibraba el mundo.

Voluntad femenina. No pudo soportar largo tiempo la prepotente Juno que continuara tal estado de cosas y asumió con decisión las riendas del poder. En las casas de los hombres los maridos lanzaban imprecaciones funestas, maldecían la vida, y las esposas, aun aquellas que en mejores tiempos jamás pensaron sino en llenar sus ocios con vaciedades necias, medíanse la lengua y se doblaban al trabajo con ánimo inquebrantable, y con sus voces alentaban a los varones a no dejarse sumir en la desesperanza.

—Júpiter —le dijo Juno a gritos para que bien le oyera—, sube ya, hombre, y déjate de tanto abatimiento.

—¿Eh, qué? —respondió el soberano esposo, y subió.

—Hijos ya tenemos bastante —dijo Juno, la que comparte el trono del Olimpo—. Y si no hemos de tener más, ¿qué importa? Otras cosas hay que no sólo el andar teniendo hijos. Olvidemos todo esto, pues, y atendamos a las cosas de gobierno. Anda al mundo, Júpiter, para que veas si no es bueno lo que he hecho.

El padre de los dioses la escuchaba entre asombrado y aturdido. ¿De qué estaría hablando Juno? Pero entendió que ella misma lo enviaba fuera de palacio.

—¿Y Metis? —preguntó.

—Ni quién sepa de ella —respondió la excelsa esposa—. Con tanto que he tenido que hacer yo misma, ni he pensado en mi amiga. Porque no te creas, Júpiter, que alguien me ha ayudado. Yo sola lo he hecho todo.

Júpiter, de radiante rostro que llena el vasto cielo con su gloria, salió de su palacio y sobre la tierra la hermosa luz que él derramaba anunció el fin de las calamidades y el comienzo de nueva era. Metis casi no podía contener su contento.

—¿Por qué no venías, Júpiter, mi rey? Ya me estaba afligiendo. Me aterra estar un minuto separada de ti. Júrame, Júpiter, no separarte más de mí.

—¡Por el Estigio, juro! —exclamó el dios omnipotente, y Metis batió sus lindas manos, de contento, ignorante de por qué Júpiter se estremecía al pronunciar el juramento irrevocable.

En su preñez las diosas, no menos que las mujeres mortales, suelen tener raros caprichos del paladar, y les da por aficionarse a algún especial sabor, ora de frutas ácidas, ora de cal, de tierra, y aun de mugre. A Metis Oceánida le dio por almendras saladas, y ello fue para que Júpiter ideara cómo servirle el veneno y ella lo tomara incautamente.

*Preñez
de
Metis.*

—¡Qué almendra tan amarga! —dijo Metis.

—La naturaleza de la almendra es su amargor —respondió Júpiter, diciendo una mentira pretensiosa de verdad—. Pero tú, oh Metis, que eres toda dulzura, sabrás vencerla.

—Oh mi amor —exclamó la Oceánida enamorada—, háblame siempre así. Pero ahora abrázame estrechamente, que me ha entrado un gran frío.



Como nube que parece no moverse en el seno del cielo en día de gran frío húmedo, taladrador de huesos, así, con la helidez de la cicuta ingerida, Metis quedó insensible en brazos de su amante. Bien sabía el dios, empero, que Metis no podía sucumbir a la terrible droga. En cuanto el corazón de la Oceánida reaccionara, el calor que daría de sí vencería al hielo de la cicuta y Metis despertaría.

*Historia
de Metis.*

Así pensaba el esplendoroso padre de los dioses, envuelto en gris capa de invierno. De manera que, sin pérdida de tiempo, vertiendo en tanto copiosas lágrimas, porque mucho amaba a Metis, se puso a devorarla.

Ojos mortales vieron sólo que surgía del mar grávido niebla y el cielo la absorbía al tiempo que de lo alto caía gruesa lluvia. Y las gentes se decía: “Bueno, ya es el invierno que se acaba. Son sus últimas rabietas y boqueadas”.

Más no bien hubo acabado su doloroso yantar, pensó Júpiter que si tan fácilmente había vencido a Metis en astucia, ya que ella nada había sospechado, hijo ninguno de su vientre podría haberlo vencido a él y aun se tachó de haber obrado con precipitación, urgido por el Amor Propio que domina a todos los amores. Y ahora, con mucha flema, llanto de borracho, lloró desconsolado en su corazón.

Pero en su mente despejada la Razón le decía al Sentido de la Necesidad, con un dejo de ironía:

—Ya ves, hermano: fue el Destino.

*Canción
del
maróneo.*

En las cálidas entrañas de Júpiter la divina sangre de Metis, el ícor sagrado que corre en las venas de los dioses, se hizo vapor como el vapor del maróneo, el

más divino de los vinos, cuando se le ha tomado rico de toda su riqueza y no adulterado. Crecen los viñedos en Ismaro, en la tierra de Tracia, cerca de la boca de Hebro sacrosanto que baja en suave pendiente del elevado Ródope y va fecundando con sus aguas las hermosas vegas consagradas a Baco. Grandes son los racimos, y gruesos y oscuros, con un ligerísimo velo gris que los cubre, los botones de la fruta llenos del jugo soberano que tiñe de púrpura los labios. Doncellas son las primeras que pisan esa uva y en las anchas cubas, doncellas de lindos tobillos, que aun no están casaderas. Luego, en jerarquía de fiesta, vienen a danzar, para exprimirla, doncellas que ya han sido pedidas en matrimonio, por quienes los padres, ansiosos de verlas colocadas, ha ofrecido ricas dotes, quién yunta de bueyes, quién mantos para los lechos, quién trípodes dignos de consagrarse en los templos, y las siguen las que ya probaron el amor en casto tálamo de casadas —¡oh Hymen, Hymen!— pero no son madres todavía. Nadie más puede colorarse los pies con el precioso mosto cuyo vino posee incomparables virtudes. De ese licor se valió Ulises itacense, el más sagaz de los mortales, semejante a Júpiter en argucia y en recursos, para dormir al Cíclope con tan pesado sueño que sólo el agudo dolor de ser cegado con formidable tizón, mástil de pino, pudo despertar a Polifemo, de tal modo se sube el humo del maróneo. Así el humo de la divina sangre de Metis se le subió poderosamente a Júpiter, llenándole la esclarecida cabeza con la preñez de la Oceánida, de manera que la testa divina se ensanchaba día a día, asombro inexplicable para los dioses que moran en los relucientes palacios del Olimpo.

*Preñez
de la
testa de
Júpiter.*

—Júpiter guardaba su secreto, y sonreía.

—No es nada —decía, en el tono de voz con que se dice “No es nada” para insinuar que se trata de grande maravilla—. No es nada. Ya verán.

—Así como fue el invierno de frío —decíanse los hombres—, así va a ser de caluroso el verano—. Y los más viejos hablaban de esa regla invariable, recordando los veranos ardorosos de sus largos días.

La granada.

Volvió la primavera y volvieron los meses de calor cuyos soles de oro ponen miel en la pulpa, ácida de por sí, de todo fruto agraz. Era la temporada cuando del cielo, tenso de brillantez, surge atronadora la centella sin verse nube alguna, que es la estación cuando revientan, de maduras que están en la rama, las granadas. Parecen bocas de mujeres que ríen, y por ellas los poetas recuerdan a Adonis, de cuya sangre brotó esta fruta para que Venus llorosa riera de nuevo y alegrase al mundo. Entonces, igual que granada que revienta, la cabeza del padre de los dioses se abrió sola, cabe al río Triton, pues era pasado el término en que Metis debía haber dado a luz. Y de la hendidura que se hizo en la cabeza espléndida de Júpiter, por entre los rizos áureos del dios como entre doradas nubes de amanecer espléndido, salió Minerva, divinidad de ojos verdes, adulta ya y armada, el tremolante casco sobre las sacrosantas sienes sapientísimas, el redondo escudo al fornido brazo, la larga lanza en la potente diestra, revestida de peplo de mil pliegues y colores debajo de la coraza reluciente, blanca su larga túnica y de oro sus sandalias, maravilla para todos lo mismo en el Olimpo que en la tierra, y bienaventuranza para quienes saben venerarla.

Nacimiento de Minerva.

La sabiduría.

¡Oh diosa!, ¿qué nombre te daré, más grato a tus oídos que cuantos hasta hoy te han dado, acorde con la

sangre en que tu padre te engendró y te gestó? Sentido de Responsabilidad te llamaré todos los días de mi vida porque esa es la Sabiduría.

JUNO, implacable, se sintió ofendida con el nacimiento de Minerva. Los demás inmortales celebraron el advenimiento de la nueva deidad, excepto sólo Marte, dios pelirrojo, de estrecho ceño y de rencillosa índole, que tomó el partido de su augusta madre.

Entre tanto, en la fragosa tierra del Ática los descendientes de Pelasgo, hijo de Júpiter habido en la princesa Niobe, hija de Foroneo, príncipe entre los demás hombres por su brillante inteligencia, quisieron, en rivalidad con los de Rodas, que antes adoraban a Juno, consagrar nueva ciudad a Minerva y erigirle templos, entonarle hermosos himnos y celebrarle fiestas, porque al llegar a Grecia habían seguido un mandato secreto de los dioses y desde el Asia habían vislumbrado un resplandor hacia Occidente de atracción irresistible, y Minerva era, se dijeron, esa deidad que para ellos más que para los demás mortales hacía brillar en la tierra esplendores de luz en alborada. Agradábanle a Júpiter los honores que los mortales rendían a su hija predilecta, heredera del buen seso de su madre, y para darle una mayor prestancia la dejaba llevar sobre sus hombros de muchachona bien plantada la portentosa égida gorgónea que siembra espanto y provoca tempestades si se la agita. Pero la cojijosa Juno no cesaba de reñir a su marido por causa de esa hijastra, ni de querellarse públicamente.

Los primeros pobladores del Ática.

—Diosas —exclamaba—, y vosotras también, oh mujeres mortales que ilusionadas celebráis desposorios

*Querella
de Juno.*

con los varones que os aman —¡oh Hymen, Hymen!—. ¡Qué!, ¿habremos de tolerar este trastorno de las leyes naturales? ¿Nos dejaremos abandonar de los maridos que ya no necesitarán más de nosotras para engendrar? Antes conviene que discurramos juntas cómo evitar tan grave agravio a nuestro sexo y cómo retener el mando y el ordenamiento del vasto y plural universo.

Así clamaba la que desata tempestades si le place y comparte el áureo trono de Júpiter que una vez ocupó ella sola, y a su marido no lo dejaba de insultar.

—Ojos de perro —le decía—, borracho, ¡cabeza de vientre de mujer!

*Historia
de
Ixión.*

Soltábase en palabras iracundas la protectora del himeneo santificado en pudorosas ceremonias, y, a la vez, se aplicaba diligentemente a inventar manera de concebir sin ayuntamiento con varón. Fue entonces cuando Ixión, atrevido más que mortal alguno, rey que había sido de los lapitas en Tesalia antes de que los Centauros codiciaran esa verdosa tierra, tramó violarla a ella, la esposa de Júpiter. Ixión, sobremanera ambicioso, había casado con Día, hija de Deioneo rey a quien debía respeto como a su propio padre que era Flegyas, el fundador de su raza. Insensato, sin embargo, mató a traición al suegro y nadie en el ancho mundo quiso lavarle las manos de esa sangre y espantarle las justicieras Furias que se cernían sobre él para roerle el seso. Sólo Júpiter, protector de reyes, se apiadó del mísero mortal atormentado y le infundió arrepentimiento de su crimen y le purificó la mente. Aun entonces los hombres repudiaron a Ixión, porque los mortales son de corazón más duro que el de los dioses para perdonar, y Júpiter llevó al Olimpo a Ixión arrepentido y le dio aposento en el



palacio imperecedero de los inmortales, y lo sentó a su mesa. Así supo Ixión —indigno huésped que sonsacaba los secretos de los dueños de la casa sobornando con familiaridad indecorosa a la servidumbre— el afán de la testaruda Juno, por quien concibió entonces pecaminosa pasión y la necia esperanza de poseerla, y para ello asumió la forma de una nube a fin de que Juno se abrazara a él por ver si de nube concebía sin necesitar más de su esposo para ser madre. Más fracasó en su intento el impío, y fue ejemplarmente castigado. Pero otros dicen que quien se hizo nube no fue Ixión sino que la diosa dio su continente y su figura a una nube en la que Ixión satisfizo su deseo afrentoso, y que de la nube nacieron los Centauros que, Ixionidas, reclamaron más tarde el reino tesalense de su padre. De cualquier modo —porque las intimidades de las casas de los grandes, andando de boca en boca en las tabernas y en secretes y chismes de cocina, se enredan, pero a la postre dan lo mismo—, Ixión salió burlado, y Júpiter se enteró de su villanía imperdonable y lo ató, él mismo, a una enorme rueda de tortura en el Averno doloroso.

*Los Centauros
Ixionidas.*

—Si te soy fiel —decíale Juno a su marido—, no es por falta de con quién pecar, que eso me sobra, sino porque me respeto a mí misma. Y sabe de una vez por todas, que de otra manera, sin deshonra para mí, me pagarás tus infidelidades, oh Júpiter, pues no creas que me voy a quedar así, ni que me podrás jamás amenazar con no necesitarme.

Júpiter se encogía de hombros.

Entonces fue cuando en su insania de rencor Juno violó el pacto de los dioses del Olimpo y tuvo amistad con Leucothea, no la linda hija de Athamas que se hundió en

*La Diosa
Blanca.*

el mar en huída de su padre enloquecido, que pretendía violarla, sino la diosa que fue antes que los otros dioses, gemela del Caos, cuyo nombre no se pronuncia jamás en el Olimpo. Así como su hermano es de negro ella es de blanca, y la llaman los hiperbóreos, entre quienes habita envuelta en láctea niebla y en el brillo cegador de los hielos, Alfite, Alfosa, Albina y cien nombres más, todos terribles. Deidad sin forma propia que toda forma asume y que a los mismos dioses espanta, sabia con la sabiduría primordial que las serpientes maman de su seno cuando a ella le place echarse en lo apartado del mundo y que las animalias que reptan se nutran de su leche de azulosos tintes, ella a veces se esconde en el vino, y entre una y otra ardorosa gota mete calosfríos, y entre nota y nota de canción también se oculta para que quien oye embelesado tiemble de súbito y se le ericen los cabellos de sagrado terror, y cuando a ella le place no deja que en calma contemple nadie la belleza sino que pone, en quien adora lo bello y lo contempla, un cosquilleo repentino y fugaz que le recorrer el espinazo, de manera que quienes no pueden dominar las sensaciones que la Diosa Blanca infunde, enloquecen de belleza, de música o de vino. Por Leucothea vio Juno coronado su empeño, porque la que jamás se nombra en el Olimpo le descubrió —¡saber de sierpe!— que con sólo mascar el tallo de cierta blanda planta que llamaban culebrilla y tragar su lechoso jugo espeso, podía concebir. Y otros llaman esta hierba *psalacantha*.

*La
culebrilla.*

*Origen
de las
especies.*

Porque primero fueron las algas en las aguas y unas se hicieron peces y otras, arrastradas a tierra húmeda, se hundieron en el suelo y se volvieron plantas, pero las que habían quedado en los pantanos se convirtieron en serpientes de la tierra, más pequeñas que las

sierpes del mar, pero sabias con el saber conjunto del suelo y del agua, y más sabia que todas fue la culebrilla que rastreaba como sierpe y se alzaba como hierba y sin ojos sin embargo veía y sin oídos oía y tenía en su sangre, que era savia a la vez, la virtud de formar en el vientre que la recibía un ser según el molde de ese vientre.

Se daba la milagrosa culebrilla en aquella isla inmensa, rumorosa del zumbar de las abejas, que los antiguos llamaron Atlántida y que poblaron mujeres y hombres de elevada estatura y amplia frente, semejantes a los dioses. Atlas había nacido allí, del vientre de Æthra, hija y amante del Océano, y de esa isla tomó el nombre cuando quiso ser rey, pero las mujeres Atlántidas lo expulsaron y retuvieron ellas el mando y gobierno de la isla. Y Iapeto el Titán y Clymene su esposa se apiadaron de Atlas, que era joven, y lo adoptaron como hijo. Tan fuerte era el mozalbete que en juvenil alarde se echó el mundo encima y lo sostuvo en sus hombros, enorme esfera cuyo peso hace gemir a quienes intentan levantarla, pero en la Atlántida no se hablaba más que de su expulsión y de esa hazaña suya, de modo que nadie reparó en Juno de brillantes brazos cuando recorrió la isla y buscó y cortó de raíz la hierba de primeval pantano que Leucothea le había indicado, y la mascó y tragó su jugo de sabor mate de semen, y volvió sigilosamente al esplendoroso palacio del Olimpo.

La Atlántida.

Historia de Atlas.

Allí guardaba su secreto y se jactaba de su triunfo, se enorgullecía de su singular preñez, y no hubo manera de que en todo el universo se dejase de comentarla y discutirla con asombro. Así un suceso se olvida por causa de un suceso mayor que le sucede, y con éste, olvidada Minerva de nacimiento prodigioso, se formaron

Guerra civil olímpica.

dos partidos, dispuestas las hembras de todas las especies a seguir el ejemplo de la intrépida Juno, acatándola como única deidad, y sintiéndose obligados los varones a apoyar al prepotente Júpiter en esa guerra que su mujer le hacía.

Juno encinta se solazaba de la redondez de su vientre grávido y de que sus hermosas ropas se desnivelaran en el ruedo, alzándosele por delante, y así se paseaba por el mundo ostentando su embarazo logrado sin ayuntamiento con varón, pero no revelaba su secreto porque en guardarlo residía su ventaja, y discutiéndolo no había criatura que atendiera otra cosa. Las pasiones se enardecían como ocurre cuando se disputa sobre lo que nadie sabe cómo sea, pues cuando se sabe cómo es algo no hay por qué irritarse disputando. Llegó a tal punto la disensión universal que el soberano de los dioses que habitan en los relucientes palacios del Olimpo convocó secretamente a las divinidades másculas de su stirpe y luego que se hubieron congregado, en apartado sitio del Asia misteriosa, vasta llanura roja donde el viento levanta fino polvo bermejo y lo esparce en extensión de anchurosos límites, Júpiter miró a los dioses con ojos de pesar y los arengó de esta manera:

*Concilio
de los
dioses.*

—Dioses que me escucháis, hermanos e hijos míos, en primer lugar es necesario que nos liguemos los que estamos aquí, jurando por lo más sagrado de cada uno, como yo por el Estigio lleno de terrores, no divulgar jamás lo que hoy deliberemos y acordemos, porque no se trata de mí sólo sino que a todos nos afecta por igual, y aun importa a los hombres que están al cuidado de nosotros los dioses y son objeto de nuestra perenne solicitud, y hasta a los sencillos animales concierne, tan grave cosa es.

Los dioses juraron fuertemente. Los hombres que habitaban al pie de los Montes Himalaya, y más allá, sintieron temblar la tierra desde sus hondas bases. Entonces Júpiter manifestó a sus pares cómo había devorado a Metis, y: *Confesión de Júpiter.*

—Deshonra ninguna fue para ella —dijo, temeroso de enojar al Océano, el mayor de los Titanes, padre de la diosa engullida—. Antes al contrario, gran honra tiene, pues es indivisible su ser de mi ser augustísimo. Pero considerad vosotros la difícil situación en que estamos.

Así habló, y bien comprendieron todos que las hembras les llevaban delantera en la lucha que Juno rencorosa había provocado, y que Leucothea los aboliría a todos y reinaría ella sola, la hermana del Caos. La superioridad femenina sería en adelante incontrastable.

—¿Será posible —preguntó el risueño Baco, risueño ahora no sino lleno de enojo—, será posible, oh dioses, que en las procesiones de mi culto ya no se lleven enarbolados con orgullo los gigantescos falos que proclaman mi viril pujanza? *Preocupación de Baco.*

Así habló Baco, expresando, el primero, el temor que a todos les embargaba el ánimo, y Júpiter le respondió con voz llena de compasión:

—Eso no sólo es posible, hijo mío queridísimo, nacido de mi propio costado, sino que en breve término los dioses machos perderemos todo honor y toda virtud y sólo las diosas serán veneradas. Nos veremos obligados a merodear para vivir. Enfurecidas son su preñez nos devorarán las hembras, como las arañas hacen y como las alacranas.

Las palabras del padre de los dioses iban con pesadas alas arrastrándose.

Prudencia de Júpiter.

Apolo, por vía de consulta, propuso que quizá el abstenerse los dioses del acto sexual podría ser provechoso. Marte, desde luego, negó toda importancia al asunto, declarando que ya quería ver que cierta personita de su conocimiento le anduviera con remilgos y pretendiendo medir armas con él. Y así todos dijeron su parecer en las espaciosas y oscuras horas de esa noche. Entonces se vio la gran sabiduría de gobernante de Júpiter excelso, pues habíaselas no con un Consejo sabio, de divinidades aptas para llegar a acuerdos, sino con soberanos dioses, que unos se entregaban fácilmente al pesimismo, otros a una cobarde prudencia inactiva, y, en fin, los demás, a la jactancia de engreimiento que les impedía ver su mejor interés. Júpiter supo magistralmente acordar con cada uno por separado y persuadirlos a todos de manera que cada quien creyó por el momento —sea lo que fuere lo que más tarde en sus meditaciones, si acaso alguno de ellos meditara, llegara a pensar en definitiva— que era su parecer el que acataba el dios que blande el rayo y a quien todos obedecen.

Apólogo de las frutas.

¡Fácil sería gobernar si el gobernante no tuviese más que oír pareceres llenos de buen sentido de parte de su Concilio de Estado o de sus gobernados! Su habilidad consistiría entonces en juzgar entre todas las opiniones emitidas cuál es la más sabia, y, siendo sabias todas, hasta el gobernante más ruin, el menos capaz de escoger el más sabio consejo, escogería, sin embargo, un consejo bueno. Así —cuando en bien tejida cesta de cañas de colores se ofrece al huésped variada fruta, cada fruto limpio y maduro y refrescado toda la noche en fuente fría—, no es una fruta enteramente

igual a otra sino que hay diferencias entre ellas, de dulzura y de suavidad y de cuanto más se aprecia con la vista, con el tacto y con el paladar. El sabio en estas cosas sabe escoger la mejor, sea manzana, sea granada o fresa, por conocimiento que ha adquirido o porque alguna divinidad le guía el gusto, y el necio, sí, el más torpe de los hombres, puesto a escoger, también tomará buena fruta, así sea la peor de las que forman hermoso montón en la ofrecida cesta. Pero los consejos que se brindan a los gobernantes son como las frutas que, llegado el otoño, se recoge en los huertos, caídas de los árboles unas porque el viento las sacudió, y otras porque ya se pasaban de maduras y cayeron solas, y otras porque los mozos y las mozas las abatieron a golpes de larga vara o a pedradas, y apenas una que otra es cortada con la mano en la perfección de su sazón, pero todas se amontonan para echarlas en los carros y llevarlas a casa, y allí la esclava que sabe qué fruta es la mejor la escoge y la poner aparte para servirla en la mesa, y otras frutas las junta en otro lado, para cocerlas con miel y envasarlas en jarras, y la fruta que ya está dañada la desecha y ordena que la arrojen los porquerizos a la pira. Semejante al conocimiento que tiene de las frutas la que manda en la cocina, así debe ser, respecto de los consejos que le dan, al sabio gobernante. Y más difícil todavía es su tarea, porque la fruta es muda y no sabe insistir en su propia bondad, la tenga o no la tenga, o la tenga sólo a medias, mientras que los consejeros entre los que el gobernante tiene que tomar consejo son todos de grandes voces y cada uno se proclama superior a los demás, de manera que el gobernante, no sólo debe tomar el mejor consejo que se le brinde, sino que tiene que acallar a todos sus consejos y dejarlos uno a uno

Sabiduría de gobernante.



convencidos de no haber sido rechazados, y esto es sin duda e incomparablemente lo más difícil del mundo, pues consejo dado a rey que el rey desecha es como fruta que se pudre y suelta mal olor y crea desagrado.

Pan. Por el de patas de cabro —a quien Rhea hubo del propio padre de ella, Urano, antes de que Cronos lo hubiese castrado instigado por Gea—, por Pan, recorredor del mundo y sabedor como nadie de lo que hay aquí y allá y en todas partes, supo Júpiter que la planta enemiga de los másculos que Juno la de brazos relucientes había descubierto con ayuda de Leucothea, la innombrable, se daba en una hondonada de la Atlántida, y sólo allí y en ninguna otra parte del ancho mundo. Y Júpiter excelso persuadió a los dioses, reunidos en su gran concilio, que por fuerza de todos fuese la Atlántida sumergida en lo profundo del salobre mar, bajo los cimientos de las ondas, en la región donde ya el agua no tiene movimiento y de donde nada puede resurgir.

Hundimiento de la Atlántida.

Prevaleció el parecer de Júpiter, pues donde hay un buen gobierno debe prevalecer siempre la decisión del gobernante por más que cada consejero se figure en su vanidad que es su propio consejo el que ha prevalecido. Y como dar aviso para que pudiesen salvarse los Atlántidas hubiera sido en aquel trance una contraproducente consideración, súbito fue el sino que hundió al más hermoso de los continentes y ahogó, a los más bellos de los hombres y a las mujeres más voluntariosas, debajo de las secretas aguas del sonoro mar.

HABIENDO burlado los siniestros designios de su celosa esposa, Júpiter, protector de la paz hogareña,

la trató con decente deferencia durante la preñez y aun celebró como fausto suceso su feliz alumbramiento.

Vulcano fue este hijo de sola Juno, a quien la linda Flora ayudó a bien nacer. Grande era la curiosidad de todos por conocerlo, vaticinando muchos que tendría cuerpo de culebra, cosa que no fue así, pero avergonzada de él por haberle deshecho Júpiter potente su plan de poderío, Juno lo envolvió en toscos pañales y lo escondió en el seno del Etna, rugidor volcán cuyas entrañas guardan a Encélado, Hecatonquiros de los que se rebelaron contra el padre de los dioses disputándole el trono de Cronos. Caelión el enano se encargó de criarlo. Allí creció Vulcano, hirsuto de barbas, desgrefñado, velludo el pecho musculoso, velludas las fuertes piernas y los retorcidos brazos potentísimos, y medio sordo de trabajar atronadoramente en los hornos y fuelles y yunques de aquel fogoso monte. Juno, en tanto, no cesaba de conspirar contra su natural señor, ni se daba un instante de reposo para dejar de maldecirlo, ni le toleraba descanso en el hogar. El potente dios esplendoroso huía del lecho de su mujer y hacía correrías incontables.

Nacimiento y naturaleza de Vulcano.

Entonces fue cuando se aficionó de mujeres mortales, porque antes sólo con diosas había tenido ayuntamiento. En la brevedad de la belleza de las hijas de los hombres halló un arrobador encanto, y en su amor, por lo que tiene de pesaroso y pasajero, encontró una ternura indecible que nunca había probado en el cariño de las inmortales. “Te amo con todo mi ser”, le decían las doncellas súbditas de la muerte, y eran cada una un ser pequeño como una flor. “Te amo con toda mi vida”, y eran todas de una vida corta como un suspiro. Los que gustan de los vinos fuertes, de los sabores agrios, de los olores rancios, no entenderán esto, ¡oh Erato divina!,

Los amores de Júpiter con mujeres morales.

pero sí los que toman suave el vino, y ligero el sabor de las viandas, y aspiran el fugitivo y apenas perceptible olor de las flores menudas. Y no los que se complacen con los colores chillantes de algunas auroras en Oriente y de algunos ocasos en Occidente, sino los que prefieren los tintes más finos en el cielo sin nubes por el Norte y el Sur.

*Historia
de Níobe.*

Y con Níobe, la hija de Foroneo —que no la desdichada hermana de Pélope que también se llamó así—, se ayuntó primero Júpiter, enamorándola como enamoran los hombres que ganan el corazón de las doncellas y luego piden prueba de que son correspondidos y así torturan a las inexpertas amorosas hasta salirse con las

Pelasgo.

Argo.

Electra y

Dárdano.

Ida y

Cres.

Sémele.

Maya.

suyas, las más veces sin goce para ellas, ni en el acto de ser violadas, que les duele, ni después, si llega a haber después. Níobe se entregó al dios, creyéndolo mortal, y su aflicción fue indecible cuando supo que de Júpiter había concebido, y primero parió a Pelasgo, que fundó el Ática, y después, reincidente, parió a Argo, fundador de Argos, jefes de pueblos los dos, y después la olvidó Júpiter por otros amores, pues en Electra, la hija menor de Atlas el Titán, doncella mortal, tuvo a Dárdano, fundador de Troya, y en Ida tuvo a Cres que fue el primer rey de Creta, y así, a cuanto hijo le daban las mujeres, lo hacía dueño de hermoso trono y rey de hombres nacidos de la tierra. Pero de Sémele tuvo a un dios, grande entre los más grandes dioses, y en Maya —hermana de Electra, que se enamoró de él cuando lo vio jadear sobre esta frágil niña que parecía deshacerse en el potente abrazo— engendró, poseyéndola con fuerza como ella, rapaza de robustos muslos, anhelaba, un dios de gran renombre que nació en el Monte Cylene —testigo de aquel hermoso lujuriar— en la Arcadia cara a los

*Naci-
miento de
Mercurio.*



pastores: Mercurio, el que recién nacido burló al propio Apolo y le robó las vacas.

Mientras tanto, en el imperecedero palacio del Olimpo, de techos de oro, la vida era un infierno.

—¿Hasta cuándo habré de aguantar a esta insolente? —gritaba Júpiter con voz estrepitosa, en desesperación de marido que no soporta mujer de larga lengua.

—¿Por qué no haces escarnio de ella? —le aconsejó Minerva, que odiaba a su madrastra.

Juno, de grandes ojos claros como los ojos de los bueyes y de quien era inseparable el pavo real, el más vanidoso de los pájaros y el más fatuo, no perdía ocasión, a su vez, para hacer mofa de Minerva, cuyo compañero en las imágenes es el grave búho de plumaje severo. Además, las dos gallardas diosas entre quienes ardía esa enconada enemistad casera, eran, con Venus, que vivía aparte, rivales en belleza y el turbulento Mercurio, de alado casco y sandalias aladas, que todo lo revuelve y lo enreda, chismoso y cizañero, azuzaba entre ellas la discordia, gozoso de verlas reñir.

*Rivalidad
de
diosas.*

—¿Por qué no os desnudáis, como lo hago yo, vosotras diosas? —le dijo Venus, cuyo desparpajo para andar en cueros ya daba qué decir entre los mismos dioses— ¿Acaso —continuaba con burla— tenéis defectos que ocultar?

—¿Quién, yo? —le replicó Juno, la altanera deidad— ¡Ja, ja, ja! Eso me gusta. ¿Te imaginas que Júpiter me iba a tener de esposa si mácula alguna me afease? Lo que dices, oh Venus, diosa desvergonzada, escandalosa impúdica, díceselo a Minerva marimacho, que no a mí.

—Oigan —dijo Minerva respondiendo a estas razones injuriosas—. ¡Oigan! Como si papá no se acostase con cualquiera con tal de no dormir junto a esta presumida. Mal haces, oh Juno, en jactarte de ser la esposa de Júpiter. Fueras siquiera medianamente bella, y no andaría mi pobre padre sembrando la divina semilla sin discernimiento, como los saltamontes, en donde la gana le acontece. Ni alegues ser casta esposa ejemplar, porque entre los Titanes tu nombre se pronuncia mezclándolo con risas y las miradas de soslayo se dirigen hacia Eurymedón que se hace el que ni ve ni oye pero que bien comprende como comprendes tú.

Eurymedón.

Así decía Minerva, rebajada por la ira a repetir calumnias ruines. Los ojos glaucos de la diosa de tremolante casco fulguraban como incendios, tan terrible es el odio y a tal grado desfigura a aquellos en quienes arde. Semejante a la boca de una Furia se retorcían sus labios con retorcimiento de serpiente. La luminosa égida orlada de terror se sacudía sola sobre sus fuertes hombros. Y vehemente y jactanciosa, ahogada en cólera, que le descomponía las facciones, la soberana Juno replicábale, señalando la égida:

Juno calumniada.

La égida.

—Nada me asustas agitando ese pellejo de cabrona, piel de Amalthea que en mala hora amamantó a tu padre. ¡Miren a la doncella! Bien haces en guardar tu doncellez, que una vez que la pierdas perdida se quedará para siempre. En cambio, yo recobro la virginidad tantas veces me place, única entre inmortales y mortales a quien el Destino permite esto. Me basta para ello bañarme en la vertiente que los corintios llaman Cánathos, en Nauplia, y sólo para mí tienen esa virtud las relumbrantes aguas. Si yo quisiera, virgen me entregaría a quien me diese la gana de entregarme, pero lo que

Cánathos.



dices es una gran calumnia que me has de pagar caro. Y no es sólo para conservarte doncella que nunca te quitas desde tu nacimiento esa armadura que llevas, embaucadora, mala entraña, sino para cubrir deformidades, que bien sé que eres deforme, y no es amor a hija el que te tiene Júpiter sino lástima de padre. Si no, ¡desnúdate! ¡A ver, desnúdate!

Reto de Juno.

Minerva de ninguna manera quería desnudarse y los improperios que le lanzaba Juno, atribuladora del cielo, la sacaban de quicio por más que fuese la más juiciosa de las diosas. Después de tales encuentros solía Juno exasperar con quejas al soberano padre de los dioses en cuanto él volvía a casa. Minerva, en cambio, con los ojos bajos, fingía dolor de esto.

—Sabe —le dijo Juno una vez a su marido— que te deshonra Minerva, esa hipócrita mátalas-callando, pues dice que ando metida con Eurymedón, el padre de Prometeo, y que Prometeo es mi hijo adulterino, y que por eso saciaste en él secreta venganza encadenándolo en el riscoso monte. ¿Cuándo vas a ponerle mordaza a semejante perra?

Prometeo.

—¡A ti, a ti es a quien voy a enfrenar! —le respondió Júpiter en la extremidad de su divina cólera.

¡Oh padre! —díjole Minerva, tramadora de castigos— Que Vulcano te haga ocultamente una larga y recia cadena de oro. De un cabo ata con fuerza a esa mujer intolerable que comparte tu esplendoroso trono, y el otro cabo de la cadena fíjalo en el profundo de los más altos cielos. Así tenla colgada hasta que la melancolía que en esta atrabiliosa se desborda se haya asentado y podamos tener quietud en casa, porque es

Consejo de Minerva.



la bilis negra la que enloquece a Juno por causa de los menjurjes que toma para recobrar su virginidad cada vez que la pierde.

*Juno
castigada.*

Dijo la diosa de ojos verdes, y Júpiter, defensor de la paz hogareña, halló bueno el consejo de su hija predilecta y sujetó por la cintura a la imperiosa deidad mientras dormía, y levantola en alto y la dejó pendiente del éter cenital. Cuando Juno despertó se vio colgada. Solía dormir desnuda, y desnuda estaba. Mientras más esfuerzos hacía por desprenderse, más giraba haciendo remolino en el divino aire. El sol le doraba los bellos redondeces de las expuestas nalgas y quien alzaba los ojos para verla quedaba deslumbrado, pero no hallaba imperfección en ella.

*Vulcano
escala
el cielo.*

Hasta los antros del Etna llegó el barullo del escarmiento con que Júpiter castigaba a su insufrible esposa, ejemplo a seguir para todos los maridos del mundo, y movido a compasión de su madre el rudo mozalbeta Vulcano, armado de potentes tenazas cortantes, escalo el cielo —lo que no habían podido los Titanes, así de poderoso era el hijo de sola Juno— para romper la pesada cadena de oro que él mismo había forjado para Júpiter sin saber el destino que se le iba a dar.

Minerva de ojos de relámpago espiaba para que nadie le llevase auxilio a su enemiga. Minerva fue, antes que diosa o mujer mortal alguna, la hembra a quien primero vio en su vida el tosco Vulcano. Inocente que era, ya entrado en pubertad nos obstante, porque los dioses son más precoces que los hombres, al verla le sonrió. Mirole Minerva asustada y echó carrera, a poner a Júpiter sobre aviso de lo que hacía el torvo y extraño ser peludo. Vulcano rio de la prisa azorada

de Minerva y abrió grandemente los ojos al mirarle las blancas pantorrillas que la diosa mostraba al correr, y hasta hizo movimiento como de que la perseguía.

Cuando Júpiter llegó, ya Juno había sido liberada. La diosa iracunda huyó a esconder su vergüenza. Vulcano estaba solo. Fuera de sí de ira Júpiter le asestó un puntapié como jamás antes se había visto ni después se ha podido volver a ver. Y el desgarrado Vulcano rodó cielos abajo, atontado mozo, causa inocente que había sido del hundimiento de la Atlántida.

NUEVE DÍAS y nueve noches pasó cayendo el infeliz Vulcano, tan alto están los inmortales dioses encima de los hombres. En el noveno día divisó tierra: a un lado el Asia y, entre el Asia y la península griega, el mar Egeo tachonado de islas semejante a un campo de zafiro adornado de verdes esmeraldas. Allí, junto al Ática, Eubea, pero cerca de las playas asiáticas de Anatolia las ilustres Imbros, Lemnos y Lesbos, Quíos y Samos amada de Juno, y Rodas amada de Minerva.

*Caída de
Vulcano.*

Dando grandes vuelcos caía Vulcano y ora veía la tierra y el ancho mar, ora el cielo luminoso o estrellado, y al principio le pareció que en Magnesia, o entre los montes hirsutos de Tesalia, se despedazaría, luego que el ponto revoltoso recibiría su cuerpo. Pero cayó en Lemnos donde el Mosyclo, volcán ardiente que en lucha con el Padre Océano había de sucumbir hundido bajo las aguas del mar, alzaba todavía hacia el limpio Urano, casto a fuerza, rocosas fauces lanzadoras de acalorados retos. Al pie de ese volcán blasfemo creyó Vulcano que su madre iría, movida a piedad por él, a recoger los restos de su inmortal esencia.



Iris. Pero Iris, de lindos vestidos, hija de Juno y mensajera de los dioses, servicial para todos con hermosa ecuanimidad y cuyo vuelo de luz es más rápido que movimiento alguno de cuerpo que rueda en el espacio, poderosa para ir en un instante del uno al otro confín del mundo y aun para hundirse en los abismos secretos del océano y en los íntimos recintos del Hades tenebroso, voló a Lemnos y advirtió a su gente la caída aciaga de su hermano.

Cojera de Vulcano. Eran los sintios, habitantes de esa isla afortunada, los más prudentes y piadosos de los antiguos hombres, y habiendo visto venir hacia ellos a la diosa cuya luminosa presencia augura paz, salieron de sus moradas, rebosantes de júbilo. Oyeron su mensaje, y juntaron sus fuertes brazos entrelazándolos en red de salvación para recibir al dios, que no se despedazara. Esto salvó a Vulcano, más no bastó la resistencia humana para contener completamente la fuerza de la gravedad con que caía. Con un pie chocó contra la dura piedra y para siempre quedó cojo el admirable hijo de Juno esplendorosa.

En Lemnos, como hombre entre los hombres, con los Cabiros rudos, sus aprendices, vivió Vulcano. Todo su afán era trabajar los metales nobles, el oro que le traían del Asia, el hierro que le llevaban del Taigeto laconio, el cobre de Eubea, la plata que en el Ática explotaban los pelasgos. Negro humo de sus fraguas le cubría y ocultaba el esplendor de su divinidad. Los dioses lo tenían por descastado. Hasta los mismos hombres, a quienes colmaba de favores, lo consideraban, sin embargo, como venido a menos y no mejor que ellos. Entregado de lleno a su trabajo, Vulcano se distraía solo. Más fuerte se le ponían los músculos que los metales que refinaba o que templaba.

Pero un día, el primero de los tres en que los atenienses celebran la *Anthesteria* y ofrecen las barricas que contienen el vino de la última vendimia, porque el dios hijo de Sémele ha resucitado del mundo de los muertos, a temprana hora, en medio de la alegría de la *Pithoigia*, fue a visitar a Vulcano el generoso Baco, y tan buen éxito tuvo para ganarle la voluntad que, después de largos discursos esplendentes de hermosas razones, lo convenció de la necesidad de aplacar a Júpiter haciéndole presente de rico cetro.

Visita de Baco a Vulcano.

—Mi padre —dijo Baco primero—, tuvo razón y de sobra, oh Vulcano divino, al seguir el consejo de Pan, que tanto sabe, y destruir la Atlántida, cara a Juno y a los dioses inmortales de nuestra estirpe. Y bien hizo, cuando Juno rechazó la paz que él le ofrecía, en someter bajo su dominio incontestable a su iracunda esposa, sin andarse con miramientos frígios, a fin de dejar sentado de una buena vez por todas y para eterna memoria el principio de la superioridad del marido en el hogar digno de estima y el del rey en el palacio de gobierno.

Triunfo del patriarcado.

Vulcano no desarrugaba el ceño sino que más bien parecía irritarse con las razones de Baco, pero éste fingió no hacer caso de esa ira creciente y continuó diciendo:

—Eres másculo, viejo, y sabrás comprender lo nada que hubiéramos valido ni podido si triunfa la artificiosa Juno en su pérfido empeño. ¿Acaso jamás te has enamorado? Imagínate el dolor que sentirías viéndote despreciado por bocado de la hierba culebrilla que en la Atlántida, ella sola o guiada por la hermana del Caos primordial, descubrió tu madre, por cuya virtud te concibió sin abrazo de varón.

Vulcano comenzó entonces a cobrar interés en lo que decía Baco, como niño a quien le intriga saber cómo lo hubieron sus padres. Pero Baco, coronado de pámpanos, cambió de tema y dijo:

*Oficio de
Vulcano.*

—Bien está el goce que tú sientes cuando tomas el rudo mineral, impuro de muchas impurezas, y bajo influencia de gran fuego lo haces arder hasta ponerlo al rojo. No satisfecho con eso, aumentas el calor de que te vales y reblandeces el hierro y lo blanqueas. Teniéndolo asido con tenazas fuertes alzas en la pujante diestra el pesado martillo, y sobre el redondo yunque y a descomunales golpes le arrancas revuelo de chispas y le das la forma que mejor te parece. Empapado en sudor, miras tu obra y te complaces, lo que en verdad es digno de envidia, porque nadie te iguala, menos te supera, en

*Poder
del amor.*

crear en la materia infundiéndole forma de vida o haciéndola capaz de infinitos servicios. Junto al ocio de los dioses tu laboriosidad te exalta. Pero ya verás, ya verás, Vulcano amigo, cómo hay goce mayor aún en trabajar ese diferente metal que es el capricho femenino, más obstinado que cualquiera de los que oculta en sus venas la tierra. Soplar fuelles no es nada, te lo ase-

*Baco re-
necedor.*

guro yo, comparado con el esfuerzo que hay que hacer para ablandar mujeres, y digo que lo que se llama fuego, sólo es el que se necesita para inflamar sus pechos:

Toda otra llama es apenas comienzo de tibieza. Y luego, el domarlas y darles a sus sentimientos la forma deseada, ¡qué fuerzas cuesta, oh Vulcano poderoso! Más con ello y todo, no hay placer igual al de ese ejercicio. Se vibra en divino temblor, y nos sobreviene, al haber vencido, un desmayo deleitoso, una maravillosa languidez. El ser entero se expande, sintiéndose afín del universo. Los hombres se hacen dioses, y los dioses

trascendemos la divinidad. ¡Y todo eso nos lo quería vedar Juno, llevada por ceguera de su ira a hacer la voluntad perversa de la que no se nombra, tu madrina! Yo me estremecía de angustia y les envidiaba a los mortales el poder morir. Así llegué a conquistar la muerte, y a vencerla año con año para júbilo del mundo. Pero ¿para qué seguir amontonando las palabras? Prueba el amor, Vulcano. Domeña tu hembra. Hazla maleable. Siéntela derretirse bajo tu peso viril. Y antes de tenerle mala voluntad le estarás agradecido a Júpiter de que no se dejara de su esposa.

Dijo el radiante y persuasivo Baco cuya sangre se riega en todo rito de divinización de la materia, y Vulcano, ingenuo dios, se sonrojó al recordar la blancura de la entrepierna de Minerva, pues sólo en aquella ocasión había sentido el divino cojo la pasión de que Baco le hablaba con tanto desenfado. La vergüenza hizo que Vulcano endureciera la mirada, porque el pudor asume con frecuencia apariencia de enojo. Pero Baco le leía el pensamiento.

—Si para alguien —dijo, poniendo grave la voz— se justifica el epíteto de materialista, es para ti, Vulcano, que en la materia has hallado tu vocación, la razón de tu vida, y el más alto bien. Por ello eres incomparable y los hombres, criaturas de la materia, tienen en ti el guía seguro de su pasajera dicha, como no lo podrían tener en los dioses a quienes informa la divinidad pura, sin mezcla material. A éstos difícilmente se acercan los humanos. Pero si porfiadamente mantienes ánimo de rencor para con Júpiter, ¿qué se podrá esperar de los hombres? Porque tú puedes, si lo quieres, ahora mismo o en cualquier momento, emprender el viaje al Olimpo, y del aire que allí respiran los inmortales dioses no se

*Crítica
de mate-
rialismo.*

*Interpre-
tación
vulgar de
los mitos.*

*Las mate-
máticas.*

*La
ciencia.*

*La reve-
lación.*

extrañarán tus pulmones. Los hombres, en cambio, en cuanto emprenden una ascensión, sufren mareos y flaqueza de sus miembros y torpeza de sus sentidos. Su mente desvaría. Comprenden lo finito, porque es de su misma naturaleza, mas lo que sobrepasa la limitación de su vista o de su oído, de su tacto o de su paladar, o de su olfato, lo que no pueden medir ni pesar, los confunde y anonada y sólo por soberbia, que es pecado, se atreven a aseverar entonces que no existe lo infinito. Por eso no captan más que los aspectos groseros de los dioses, y en ti no miran sino al protagonista de una conseja vulgar: una mujer díscola recibe el castigo de un marido desamorado, y tú, hijo de ella, interfieres en la riña hogareña y recibes del padrastro irreflexivo un puntapié que te hace rodar abismos abajo y quedas lisiado irremediablemente. Tal es, mundo y lirondo, tu caso. He ahí, compacta e irreductible, la realidad materialista. Con auxilio de los números los hombres pueden calcular, del dato de la altura de tu caída y del tiempo que tardaste en caer, el peso que tenías, entreteniéndose con estas fruslerías infantiles que son las matemáticas, invención de los Atlántidas que enseñaron a los egipcios y fenicios. Y a eso le llaman ciencia, y se idiotizan queriendo reducir a ciencia todo su saber, y por la ciencia se empujan al andar y se creen así mayores en altura que nosotros los dioses, de manera que es mucho esperar de ellos una más clara o más profunda comprensión de ti, a menos que se active en su ser el soplo divino que da a los ojos y a los demás sentidos poderes más que sensuales, el entendimiento trascendental que los hace poetas o místicos y aptos para recibir el misterio de las revelaciones. Aún así, muchos no comprenden, a pesar de que tienen en su mismas matemáticas la lección, que así como por los números alcanzan a computar

distancias que o pudieran medir con los pies andando siglos, así también mediante la revelación pueden alcanzar a comprender lo que sus mentes limitadas no podrían en infinitad de vidas abarcar. Y cuando tienen comprensión revelada, entonces ya no es para ellos Júpiter el esposo exasperado, sino como tú debes entenderlo —¡tú lo entiendes, Vulcano!—, la fuerza que no admite barrera ni obstáculo, superior a toda fuerza que puede ser contenida o desviada. La fuerza que es origen y causa de toda vida. La Ley en sí, a cuyo impulso se ajustan todos los movimientos de los animados y los inanimados.

*Idea de
Dios
como
fuerza.*

Y ahora parecía que Baco, de rizos de oro, cantaba, tan noble era su voz, y dijo:

—Corre apacible río sobre parejo lecho. Apenas sí se percibe, por alguna hoja que flota en su superficie, que tiene movimiento. Pero en el punto mismo en donde alguna roca, o un tronco de árbol, hundido en el limo del cauce le presenta impedimento, el agua se encrespa, se enfurece, y hace espuma y remolino. El más simple de los hombres no se atrevería a decir mal de esa cólera del río, y a juzgar víctimas inocentes, dignas de lástima, al tronco o a la roca. No. La razón finita de los hombres encuentra natural —que es decir justo— el fenómeno, y aun puede medir, con el auxilio de la ciencia que te he dicho, el ímpetu del río y calcular al cabo de qué término la roca quedará íntegramente desgastada, o el tronco desenterrado flotará río abajo, vencido, incapaz de ofrecer más resistencia. Pero no alcanza el razonamiento de los hombres, sino sólo su capacidad de religión, a comprender la fuerza pura que es Júpiter, y cuando carecen de religión obran neciamente, pretenden erigirse en jueces de lo divino y se atreven a resistir a Dios.

Tú, empecinado en el rencor, te has vuelto enteramente como ellos.

El amor propio todo lo apunta al propio interés, por donde se siente más lastimado, y embargado por ese sentimiento. Vulcano replicó, ronco de voz:

*Humani-
zación de
Vulcano.*

—Ya sé a qué te referes, Baco —dijo—. Mi naturaleza, ciertamente, no es de inmaterialidad absoluta. En la tierra crecía la hierba de cuyo jugo de sabor mate de semen quedó empañada mi madre, Juno radiante, hermana y esposa del soberano Júpiter. ¿De dónde sino de la humedad y demás esencias del suelo podría recibir esa hierba el sustento? Sea que en la atmósfera divina del Olimpo que los dioses respiran y que los nutre, pueda yo, como dices, respirar sin asfixia. En verdad que no recuerdo mal de altura cuando escalé ese monte y por encima de él subí en el éter insustancial, yendo en auxilio de mi madre, de lo que no me arrepiento porque fue una acción justa o natural, como dices, pero sé también que en la tierra, donde he escogido vivir, las sustancias materiales me mantienen la vida, y jamás he probado la ambrosía ni el néctar de los dioses. Eso me hermana con los hombres, de manera que siento y pienso como hombre, y como hombre me duelo, y como hombre soy escaso de entendedora. Déjame, pues, en paz. Sigue tu camino.

Así dijo Vulcano, y sus palabras estaban empapadas en lágrimas. Un rato largo hubo silencio. Y tal vez sólo sería el eco de la orgía lejana, los gritos, que la distancia apagaba, de quienes celebraban a Baco libertador, vuelto a nacer, haciendo copiosas libaciones, pero parecía oírse la respiración de Vulcano, los resoplidos que le desgarraban la garganta, a punto de volverse

sollozos. Baco respetaba el dolor del dios humanizado y por pudor apartó de él los ojos hasta que lo sintió sosegarse. Entonces habló de nuevo y dijo:

—Vulcano, al sentirte lastimado por mis razones, te olvidas de que tampoco yo soy esencia pura. Heredé cualidades de mortal de mi madre, que era humana y a quien el fuego divino de la presencia real de Júpiter convirtió en cenizas. Pues sabe que en forma de mortal sedujo Júpiter a la crédula Sémele, hija de maestro de escuela, Cadmo divinal, enseñador de las primeras letras. Y era simple la doncella pero hermosa, porque su madre había sido Harmonía, la que convoca a las Musas y a las Gracias cuando se reúnen en alegres fiestas. Y cuando Sémele contó, ella misma, que estaba encinta de Júpiter —porque no cabía de contenta; tan grato le había sido darse al dios—, en su casa se rieron de ella y la llamaron loca. ¿Cómo sabes, Sémele, le decían, que tu amante es un dios y no un bellaco pastor que te ha embaucado? Sémele ingenua contestaba que sabía que era Júpiter porque lo sentía como Júpiter. Y en burla le replicaron, amonestándola al mismo tiempo, diciéndole que a cualquiera llaman dios las doncellas cuando sienten, más cálidas que sus propias carnes, regarlas el semen viril y empaparles las entrañas. Así le hicieron befa a Sémele, en su casa. Así la atormentaron. Y ella pidió a Júpiter que se le mostrase, una vez siquiera, en todo el esplendor de su divinidad. No te imaginas, oh Vulcano, lo que puede rogando una mujer enamorada. Sémele trastornó el juicio de Júpiter con sus razones: “Has hecho de mí, Júpiter, lo que has querido, y me tienes encinta. Me deberías dar tu nombre. Es lo menos que puedes hacer, lo menos que te puedo pedir. No que si no, ¿cómo va a saber nadie que mi hijo es

*Historia
de
Sémele.*

*Nacimiento
de Baco.*

de ti?”. Por insulso que sea, lo que las mujeres dicen se ajusta a una lógica irrefutable, y por eso siempre acaban venciéndonos a los varones, que somos de naturaleza diferente, y en verdad, no sabemos razonar. Y como Júpiter estaba en guisa de hombre en el lecho de Sémele, cedió, y en el brillo de su realidad gloriosa se incendió la casa humilde de mi madre y ella misma quedó envuelta en llamarada súbita, y se le desgajaron y se le abrieron las carnes. Entonces Júpiter, conmovido, me tomó fetal en sus piadosas manos y me sacó de aquel incendio, y se abrió un costado y me metió allí, porque todavía faltaba mucho para que yo naciese. Así me nutrió hasta el término cuando debía nacer. De ese modo tuve doble nacimiento, el del rocío por el costado de mi padre pero, antes, el de la llama que me hermana contigo en lo que tienes de humano. Como la hierba de tu origen, así era terrenal Sémele, mi madre. No me lo negarás, y, comprendiéndolo, no podrás creer que he venido a menospreciar lo que hay en ti de material que te hace afín de los hombres y pensar y sentir y dolerte como ellos y como yo.

Estaban los hermosos dioses sentados frente a frente, al pie de iracundo Mosyclo que ese día guardó la paz, y Vulcano apreció lo que había de dolor de mortal en las razones de Baco y extendió su encallecida mano velluda, en un movimiento de ternura, para tocarle la rodilla, e inclinó el cuerpo entero, en ademán de pedirle perdón. Pero Baco estaba inspirado y prosiguió su discurso.

*Arte y
religión.*

—Tú y yo —dijo—, por razón de compartir con los dioses y con los hombres la naturaleza de unos y otros, somos, tú encarnación de arte, yo de religión, y que nos comprendan es lo más conveniente para los

mortales, cuyo dolor y cuya inquietud constante nacen del afán que los mueve a querer elevar a inmortalidad la brevedad de su existencia. El ansia de lo divino es lo que ennoblece al hombre, que no aspira a perdurar como perduran piedra o bronce, en persistencia de materia, sino a vencer la muerte en el espíritu. Y para esto el ayuntamiento de amor, que se prolonga en gestión de vida, es lo mejor, porque en el abrazo amoroso los dioses imparten su naturaleza a las criaturas de la tierra, como Júpiter incansablemente hace, a espaldas de Juno pero a vista del vasto universo, y asimismo, en tal abrazo, las criaturas mortales quieren engendrar en la Divinidad o que la Divinidad engendre en ellas, y cuando aman y se mueven en deseo hay quienes obedecen instintos bestiales solamente, pero los más finos ven en la amada un destello de divinidad. Y los más finos todavía no se engañan con esta apariencia sino que anhelan ver y palpar la Divinidad misma y deshacerse en ella en amoroso abrazo. ¿Qué sino esto es la esencia religiosa? Disolverse la criatura finita en el regazo del Creador infinito y convertirse en esencia. Pero Juno, mal aconsejada por la hermana del Caos, pretendía abolir el ayuntamiento de amor que es el principio de todo deseo de Dios.

*Esencia
de
religión.*

Así dijo Baco, coronado de pámpanos, blandiendo el noble tirso. Ya Vulcano se había levantado y soplabla los fuelles para avivar el fuego de mil lenguas en el que ardían los vasos de blanquecino barro donde se derretía y refinaba el oro. Y ablandado el metal lo modeló el dios en magnífico labrado.

Acabó Vulcano en una sola noche el cetro para el padre de los dioses, padrastro suyo, y cuando Baco vio la rica joya, al amanecer del segundo día, el de la fiesta

Chóes del ritual báquico, el alegre dios se deshizo en elogios de la belleza de la obra.

—¡Copas, Vulcano, copas! —exclamó Baco entusiasmado— ¡Corra el jugo de la uva, pues hay fausto suceso que conviene festejar!

Las libaciones fueron copiosas. ¡Oh Musa, Terpsícore de lindos pies y bailarina, di qué vinos tomaron!

*Canción
de los
vinos.*

Tomaron primero el jugo de la uva blanca que se da en Lesbos en parras que anchas ramas de olmo sombrean, y que los mercaderes lesbianos compran de los viñateros apegados al suelo para llevarlo en barcas sobre el mar a trocarlo en Egipto por papiros para la escritura de los bellos poemas, por ánforas de barro negro bien cocido, adornadas con figuras geométricas, pero las más veces por trigo y por lino, mejores que el oro. Y jamás dejan de cambiar ese véneo bien, en los mercados cabe el Nilo, por una que otra bella esclava de oscura piel y caderas angostas y puntiagudos pechos. Por esto los riñen las hermanas pudorosas cuando vuelven a casa los de Lesbos, como una vez riñó Safo a su hermano. Y luego tomaron el vino de tinte áureo más subido, de los viñedos de Lemnos, que es dulzón y que se bebe enfriado en cueros. Y luego el vino que parece sacado de pétalos de rosa, pero que es de uva, sin embargo, que producen en escasa cosecha las tierras cálidas de Jonia. Y luego el vino rojo claro de Creta, y el vino rojo espeso de Tracia, y el que sabe a lava de volcán, de las laderas de los montes sicilianos, que seca la garganta al tomársele y aumenta la sed y no la calma. Y luego tomaron el jugo fermentado de la caña, que es blanco y brillante y quema como el fuego, y el vino de la savia de la palmera, y el de la savia de la agave, y los vinos



que se hacen de las frutas. Y Vulcano dijo que los vinos de uva le gustaban más, y así volvieron a comenzar su ronda, y aun una tercera vez rindieron testimonio de la virtud de cada licor ardoroso. Divinamente ebrios ambos dioses, hipaban. Y Baco insistió en que Vulcano en persona llevara al soberano Júpiter el presente incomparable.

*Viaje
al
Olimpo.*

—No hay esto ni aquello, ni canilla de muerto, viejo —alegó Baco—. A los que gobiernan dioses u hombres se les gobierna, a su vez, colmándolos de regalos. Los más duros tiranos así se ablandan. Te das una enjuagadita de la cara y vienes conmigo.

—Si Júpiter me llama —dijo Vulcano.

—Si Júpiter me llama —repitió Baco, imitándolo le burlonamente el tono de resentido—. ¿Para qué esperar? Trátalo como a presunto suegro. Déjate ya de orgullos, vanidades, y pelillos de honor. ¿No quieres volver a ver a Minerva? ¡Ajá! Mira, que yo creo que le hiciste impresión. Palabra. Porque no ha habido manera de que le haga caso a nadie. Te estará aguardando, la pobre. Porque ni Venus le gana en cuidarse de su persona para realzar su belleza. Gasta un lujo en vestirse que hay que ver. ¡Otra copita, y vamos!

Baco sirvió dos copas pero se las tomó él mismo, porque Vulcano se había puesto a lavarse la cara y los brazos y las piernas, y a cambiarse de ropa, y cuando se creyó bien ataviado siguió al generoso vástago de Júpiter habido en la desdichada Sémele. Iba Baco tambaleándose sobre el lomo de un asno de finas patas firmes. Sátiros le servían a Vulcano de muletas.

La noche entera viajaron alegremente, entre risas y cantos de beodos, y desde elevada cima saludaron al

tercer día de las jocundas fiestas, el *Chitroi*, festival de las ollas, con que culminan los báquicos ritos atenienses.

EN EL RESPLANDECIENTE palacio del Olimpo, de techos de oro, donde los dioses tienen sus moradas, Júpiter presidía el banquete de los inmortales de su estirpe y estaba de buen humor. Ayer no más había hecho de toro en campos de Fenicia. Divisando que jugaba con sus doncellas la divinal Europa, hija de Agenor, rey de ese fecundo país, la codició potentemente y por ella se transformó en bello toro blanco, con cuernos y pezuñas como si fuesen de nácar, y ancho de lomo. Con cada movimiento los rosados testes péndulos se le movían armoniosamente. A medio vientre se le advertía la potente verga envainada, de la que apenas asomaba fina punta roja. Y todo fue para que las princesas admiraran al hermoso animal y Europa dijera, porque era ingenua, que así quería marido, y con sus compañeras se acercara al rumiante de cuyo belfo chorreaba luminosa baba que caía sobre las delicadas hojas de la hierba. Por chupar la dulce espuma zumbaban las abejas doradas. Rodeado de las lindas princesas se echó de lado el hermoso cornúpeto y primero las doncellas le colgaron guirnalda de flores al cuello, adornándolo como se adorna a los novios, y luego cantaron en su honor el himeneo sagrado —¡oh Hymen, Hymen!, y Europa fue la más osada porque con sus lindos dedos le acarició la punta de la verga y la larga curva lírica de los gemelos testes. La baba le caía a chorros al benigno toro y los párpados, de largas pestañas, le entreabrían los hermosos ojos lánguidos. Y ahora, porque

la envalentonaban sus compañeras, Europa montó al bicho y entonces se alzó el bello animal y las doncellas se dispersaron espantadas, pero la linda Europa no se atrevió a moverse. Rápida fue la carrera del fingido raptor a quien las voces y los gritos de las doncellas compañeras de Europa no arredraban, y allá fue el toro con su dulce carga, del hierboso valle a la arenosa playa, y de la playa al mar que apenas ondeaba, y sobre el mar en calma a las lejanas costas de la Creta feliz. Allí la tendió Júpiter, recobrando su forma, en tierra florecida, pero Europa se había desmayado. Y si en guisa de toro babeaba Júpiter, ahora el deseo grande que tenía le secaba la boca, y el erecto miembro del dios chorreaba, en cambio, una espesa agua luminosa y cristalina.

Curiosidad sexual.

Júpiter desnudó de su ligera túnica bordada a la linda doncella que no volvía en sí, y delicadamente le separó las finas piernas, y ahora fue él el curioso y con los dedos acarició la flor de esa virginidad, de bellos pétalos de palidez como de coral pálido, y la doncella primero apretó los muslos pero inmediatamente los abrió más aún que se los había abierto Júpiter, y seguía divinamente desmayada. Júpiter con largos dedos temblorosos escudriñó aquella flor en botón, y descubrió dentro de los labios exteriores otros labios de color como el del coral rosado, y ya no pudo seguir investigando porque sintió que se le paralizaba todo el bajo vientre y que una dulce muerte le sobrevenía, y entonces se echó sobre su fina presa y le holló la hermosa flor, y abrazándola con sus potentes brazos tomó en el hueco de cada mano una preciosa nalga de la doncella y así la apretó, levantándola con dulce fuerza de modo que todo su miembro entrara en ella, y Europa del desmayo del susto despertó al desmayo de sentirse poseída.



Después, con la franqueza de quienes han sido uno del otro, Júpiter excelso y la divinal Europa conversaron, y detenidamente ella le examinó sus partes genitales, porque era curiosa en extremo, y dictó fallo de que aquello era perfecto y que si bien el toro parece más pujante, Júpiter era incomparable, y otra vez, pero ahora despacio, volvieron al acto que diviniza a los mortales y hace más dioses a los dioses. Gozoso había vuelto al Olimpo Júpiter pujante, porque había dejado a la raptada encinta con Minos y Radamanto, gemelos de imperecedera fama, incorruptibles jueces que examinan las almas y las juzgan en el reino del Hades adonde Mercurio a veces y a veces la dulce Venus —¡tan potente es la diosa!— llevan a juicio las almas de los muertos.

Concepción de Minos y Radamanto.

En la euforia que sentía Júpiter el cetro de Vulcano le causó admiración y le colmó el júbilo, de modo que se le llenó el espíritu del claro sentido de la equanimidad, porque nada hace más justos y buenos a los dioses y a los hombres que el haber tenido completa satisfacción sexual, pero aquellos que no han sabido o no han podido haber ese gozo en plenitud, salvo que sean castos por consagración a un dios, son rencorosos y pesimistas y malos jueces y malos gobernantes y pérfidos amigos, llenos de envidia y de amargura. En los eunucos no hay compasión, y peores que eunucos son los que poseyendo sus órganos cabales, carecen, sin embargo, de la fuerza o de la habilidad para su empleo, o en vez de encontrar lindura en las flores de hollar, las miran como ortigas cerdosas y se asquean, y al deseo lo declaran náusea. Por eso también, si saben ejercer su oficio, ningún ministro de los reyes es tan valioso como los proxenetas oficiales de fuerte estómago y libres de



vergüenza, a quienes se desprecia: ninguno es tan merecedor de la gratitud de los súbditos como éstos que se encargan de que los gobernantes se mantengan suaves de índole, teniendo abundancia, variedad y dulzura de fornicación. *Elogio de los proxenetas oficiales.*

Juno, la celosa, con el asombro de ver a su hijo, no reparó en la alegría desbordante de Júpiter, o no le importó esta vez que volviera seguramente de una de las aventuras que la herían en su orgullo de esposa, y mientras en la tierra, por ser el último día de las fiestas báquicas, se doraban al fuego los grasos bueyes despidiendo olor gratisimo, Júpiter en el palacio del Olimpo, de techos de oro, blandió la insignia de su soberanía que Vulcano le había llevado, y andando aquí y allá, entre los inmortales dioses de su estirpe, casi danzaba, sacando ora una cadera, ora la otra, meneando los lustrosos brazos, báquico él también, haciendo relucir el bronce, el oro y la plata labrados por el hijo de Juno, afanoso en que todos los dioses admirasen la preciosa labor.

—Bueno —dijo Juno desabrida—, ¿se come o no se come en esta casa?

—¡Se come! —respondió Júpiter— Vamos, ¡a la mesa todos! —Porque el gran dios sentía vivamente esa dulce hambre que sobreviene cuando se ha gozado de amor maravillosamente.

Tuvo que cambiarse de ropa, pero lo hizo en un instante. Sentose entonces en el trono de la justicia. Vestía el himatón de majestuosos pliegues que le dejaba descubiertos los hermosos brazos varoniles y el valiente pecho sobre el que todavía sentía el dulce cosquilleo de los frágiles dedos de Europa que se le enroscaban en el dorado pelo. A sus pies, con las alas desplegadas,

manteníase el águila de terrible vuelo, a la que daba en el pico bocados de ambrosía que ella engullía enarcando el gazonate. Y cuando hubo comido, Júpiter tomó en la mano izquierda el tirso sagrado que a veces concedía a Baco libertador, y en la derecha apretó el rayo deslumbrante que aterra a los inmortales no menos que a las mortales criaturas. Sus firmes pies calzaban las holgadas sandalias del reposo.

Así se entronizó Júpiter para el ágape. Los dioses hicieron respetuoso silencio.

Y dijo el soberano:

*Justicia
de
Júpiter.*

—Lástima grande fue haber tenido que destruir raza tan habilidosa de sus manos y tan amante de la paz como sin duda era la de los abolidos atlántidas bajo régimen de reinas, extraordinarias mujeres, nada comunes y cuyas semejantes ya no se volverán a ver. Pero regocijémonos de que nos quede Vulcano, divinidad de la estirpe de aquella tierra ahora hundida en las profundidades mayores del mar, porque Vulcano es dios insigne, me parece, entre los más insignes dioses, y quiero de todo corazón honrarlo entre los inmortales de mi sangre.

Así habló el padre de los dioses con alta voz serena, y Ganímedes, su copero privado, mozuelo calipigio hijo de Tros, le llenó de miel y de leche de cabra la copa hecha de arcilla fina (porque Vulcano aún no había labrado la vajilla de oro del Olimpo), y Hebe, la radiante hija de Juno, hermana de Vulcano y de Iris, doncella todavía porque no era nacido Hércules de quien debía ser esposa en el Olimpo, sirvió el mismo néctar delicioso a los demás inmortales. Bebieron relamiéndose y volvió Júpiter a hablarles.

—Públicamente quiero honrar a Vulcano —dijo—, pues así me place y soy el único entre todos los dioses capaz de hacer en todo su propia voluntad, que es la soberanía. Movido de irreflexiva cólera, un día le hice daño de lo cual, como veis, cojea. No es buena consejera de los dioses la ira, y lo es menos de los hombres y de los que gobiernan pueblos. La deformidad de éste me duele como a él, y si para él en honra, porque recuerda a todos la nobleza y el arrojo con que escaló el Olimpo, que no pudieron escalar juntos los Titanes, para mí es vergüenza y reproche continuos, pues viéndolo se dice, “¡Mirad lo que hizo Júpiter dominado por la cólera!” de suerte que quien de él se mofe por razón de su cojera, de mí se mofará y no quedará por cierto sin castigo.

La ira.

Los divinos dioses aplaudieron la magnanimidad del benigno protector de la justicia, y abrazaron a Vulcano.

—Hasta aquí —continuó Júpiter, pronunciando hermosas palabras relucientes— te he tratado, oh Vulcano, como a huésped a quien recibo con agrado en mi palacio. Mi generosidad no extrañará a nadie que sepa que de mí procede toda hospitalidad. Júpiter es el aire, Júpiter es el mar, Júpiter es la tierra, se dice en todas partes, pero yo os digo que Júpiter es todo sentimiento de nobleza, y Júpiter es techo y abrigo, guarida de las bestias, vivienda y amparo de los hombres. Por eso, Vulcano —dijo— de hoy más quiero que ésta sea tu casa. Y pídemme un don, el que tú quieras, o ahora delante de los demás dioses, o en privado cuando mejor te plazca, que juro por el Estigio, mi juramento inquebrantable, que no te negaré lo que me pidas.

Significaciones de Júpiter.

Juró el prepotente Júpiter, y cuando hubo jurado los demás dioses se divertieron con sus divinos juegos y se alegraron la noche hasta que Aurora, tocándolas con las yemas sonrosadas de los dedos, descorrió las oscuras cortinas que vedan a los hombres la faz de Júpiter. Pero Vulcano, distraído de todo lo demás, ni un instante había apartado de la esplendorosa Minerva, la de los ojos verdes, la mirada ingenua. El amor la ponía bobos los ojos a Vulcano. Llegado el día se retiraron los dioses cada uno a sus aficiones favoritas o a sus deleites, y quedaron solos Júpiter entronizado en el Olimpo y el cojo enamorado.

*Preten-
sion de
Vulcano.*

—¡Oh padre, si por este nombre te place que te llame —dijo Vulcano—, permite que te pida el don que me ofreciste! Otórgame para esposa a Minerva, tu hija, la inmaculada diosa, que hace mucho tiempo que la amo.

—¡Cómo! —exclamó sorprendido el soberano de los dioses— Bien se ve, oh Vulcano, que Juno te concibió, pues tu ambición no reconoce límites y alcanza proporciones de arrogancia.

—Revoca entonces, si te atreves, el juramento que delante de los demás dioses hiciste, oh Júpiter —replicó Vulcano—, y retírente los hombres el sobrenombre de *Horkias*, defensor de la palabra dada.

—No es para tanto —respondió Júpiter, el ecuánime—. Sea como quieras. Pero déjame primero anunciarle a la doncella su desgracia.

Dijo y se retiró el padre de los dioses. Hebe condujo a su lisiado hermano al aposento que le estaba destinado, de hermosas ventanas con vista al anchuroso mar por el oriente.

MIENTRAS Vulcano esperaba nervioso, Júpiter, insuperable en prudencia, secretamente habló con la imperiosa Minerva, portadora de la égida.

—Hija —le dijo—, juré por el Estigio, mi juramento inquebrantable. Mala cosa es comprometerse irrevocablemente un rey desde su trono. Sea, pues, toda palabra del que manda, fluida e indefinida, clara pero no determinante, en todo aquello que a su voluntad se refiere, porque la voluntad de quien gobierna debe mantenerse libre, sin trabas que la obliguen por fuerza. Pero en este caso, en ti confío que obrarás de manera que el cojo pretencioso cambie de parecer por más que dice que desde hace tiempo te ama. Sus costumbres y maneras, son de tal modo, humanas, que lo que ha querido decir es sin duda que desde hace tiempo te desea, pero amor llaman los hombres a lo que no es sino gana efímera. Sea ello como fuere, más que los otros inmortales eres hábil para resistir lo que con tu voluntad no se conforma, y no tomaré a mal, antes bien celebraré, que Vulcano no goce tu virginidad. Pero vamos, que sospecho que Vulcano es sutil y adivinará que algo hemos tramado.

Voluntad de rey.

Amor humano.

Tomó de la mano a la doncella de tremolante casco y la condujo adonde Vulcano estaba, en cámara de ancho lecho, y le entregó la diosa al dios. Allí los dejó solos, diciéndoles:

—¡Que te vaya bien, Vulcano! ¡Que te vaya bien, Minerva!

Vulcano entonces cojeó hasta la puerta y la cerró, y cojeando más se acercó a Minerva. Minerva era de hielo. Erguida de pie no se movía. Chisporroteaban



las palabras que le salían de los labios a Vulcano, porque eran ardientes y él tartamudeaba, pero no lograban prender en la virgen glacial el fuego del amor. Corto se había quedado Baco en lo que había dicho de la dureza del metal femenino. Recordándolo, no cejaba Vulcano.

*Vulcano
en celo.*

—Minerva —decíale encendido—, yo jamás he amado a nadie sino a ti, desde que te vi, ¿te acuerdas?, cuando fui, no con innobles intenciones ni ociosamente, a cortar la cadena de que pendía mi madre por voluntad de Júpiter. En esos pleitos ¿por qué habríamos de entrometernos? Pero quiso el destino que estuvieras tú en guardia, y así nos juntamos. Desde entonces tu imagen ha llenado mi vida, aun antes de saber qué cosa es el amor, porque es la experiencia quien nos enseña y son los amigos que han vivido más que nosotros quienes nos dicen los nombres de las cosas y de los sentimientos. Y que se llama amor lo que siento por ti, me lo explicó el divino Baco, mi amigo, mi hermano, que a ti también te quiere. Pero si tú me rechazas, lamentaría ahora y lamentaré toda la vida no haber perecido de la caída que sufrí aquel día, por causa de Júpiter a quien ahora avergüenza lo que antes hizo. Cojo estoy desde entonces. ¡Tuya fue la culpa, que corriste a delatarme! De tu carrera, empero, recuerdo sólo que fue para mí dulcísima visión. El fuego de mis fraguas nada es si se compara con el fuego del deseo que me incendia por ti. ¡En ese fuego ardamos! Dice Baco que no hay deleite igual. ¡Déjame ver otra vez tus blancas pantorrillas!

La diosa no respondía nada. Fría, impassible, se estaba crisoelefantina, estatua de oro y marfil. Las palabras fogosas se apagaban en sus oídos de invulnerable castidad.

—Si temor te embarga —prosiguió diciendo el inflamado dios—, por favor, nada temas. Yo sé que amar da miedo. Yo mismo estoy temblando, porque si tú temes perder tu doncella, he aquí que nada te pido más de lo que yo tanto como tú he de perder. ¡Yo también soy virgen, oh Minerva!

Éstas y muchas otras razones adujo alborotadamente Vulcano, ya encendido, enronqueciendo más y más la voz, abultándosele las venas del cuello y de la frente, sin lograr ablandar a la deidad severa, demasiado inmovible para sonreír de agrado, demasiado justa para reír de burla. Intentó entonces Vulcano abrazarla por ver si la abrasaba. Del abrazo vino la lucha cuerpo a cuerpo. Débil de su torcido pie, el divino cojo cayó, pero tan estrecha y fuertemente tenía los brazos en rededor del cuerpo de la virgen diosa que ella rodó con él, y ya tendidos en el suelo él era el más fuerte.

Allí y entonces creyó Vulcano poseerla, alzándola la túnica, y jadeante se esforzó en la tarea. Minerva ya no luchaba. Figuróse el dios que hacía su gana. Parecía plegarse e hincharse como uno de sus propios fuelles cuando se daba prisa en su labor de herrero, y agotado de aquel encuentro se separó de sobre la diosa, turbado, sin aliento, ignorante de si en efecto había logrado dominarla. Fuerzas le faltaban para ponerse en pie.

—¡Bestia! —exclamó la diosa, levantándose, haciendo mueca de asco— ¡Bestia inmundada!

Y por debajo de la plegada túnica que Vulcano le había levantado y que ahora otra vez le cubría hasta los tobillos fulgurantes, se quitó Minerva los empapados calzoncillos que de cardada lana egipcia había tejido ella misma con hacendosos dedos impecables.

Acercándose al balcón abierto al éter, arrojó hacia la tierra la íntima prenda de vestir, y se retiró del aposento de Vulcano componiéndose el esplendoroso casco que se le había torcido.

Historia de Aracne. Pues en un tiempo Aracne, habilidosa doncella, hija de Idmón, rey de Colofón, el que inventó teñir las telas, dio en presumir de que mortal ninguna, bien fuera de las islas del mar o de las ciudades que crecen en las playas de radas espaciosas, podía superarla en tejer, y así era en efecto, preciándose los reyes de los hombres de poseer los mantos hechos de sus manos más que de conquistar extensos territorios. Pero montó a pecaminoso grado la soberbia vanidad de Aracne. Proclamó un día que ni Minerva, la diosa incomparable, podría compararsele en función de tejedora, y con palabras sobremanera altaneras retó a la hija de Júpiter potente. Recogió Minerva el reto y en día y lugar señalados, en tierra de Lydia, se pusieron a la obra, lanzadera en mano.

Hizo Aracne suntuoso peplo de innumerables pliegues, pero Minerva tejió el hilo de la limpia lana en calzones ajustados. Rio entonces la doncella mortal en burla impía.

Invencción de las pantale-tas. —¡Qué! —exclamó— ¿A eso llamas labor, oh Minerva? ¿De qué ha de servir ese estropajo? ¡Antes perezca yo que ponérmelo jamás!

—¡Jamás tendrás ocasión para ponerte prenda salvadora contra estupro —respondió la diosa, maldiciéndola—, pues he aquí que te volverás deforme y horrible más que criatura alguna, y nadie querrá atentar contra tu doncellez! Separado de ti echará el macho el semen que te empreñe.

Mientras la diosa hablaba, la graciosa Aracne convirtiéndose en araña abominable. Pero Minerva recatadamente vistióse la pantaleta que había inventado y que ahora la había salvado del ataque libidinoso de Vulcano. Y fue esa prenda la que arrojó a la tierra desde la altura insuperable del Olimpo.

Vulcano se quedó solo, anonadado, avergonzado, humillado, con ganas de llorar.

—¡He sido un perro y peor que un perro! —se decía.

—No, Vulcano, amigo mío —le dijo Júpiter abriendo la puerta de fuertes tablas de roble en que lucían clavos de oro, que Minerva había cerrado ruidosamente al salir—. Mientras, oh Vulcano, no es la esposa para ti, como no era para Faetón manejar los caballos del Sol. ¡Qué iba mi doncella a apreciar tu pujanza! En cambio, Venus... ¡Ven, Vulcano, asómate! ¡Mírala!

Y el padre de los dioses, que reina en el Olimpo y cuya voluntad nadie puede resistir, ayudó a Vulcano a levantarse y lo condujo del brazo al balcón espléndido, abierto al mar, de la morada de los inmortales dioses, y mostró a Venus donde iba la diosa de cerúleos ojos en carroza de nácar, sobre la cresta, toda encajes, de la onda marina. La rodeaban Tritones y Nereidas. La precedía rítmica procesión de delfines argentinos. Unos de su séquito le llevaban el espejo reluciente. Otros tañían diversos instrumentos o soplaban en caracoles de forma de corazón. Los Amores vertían gracia sobre su espléndida desnudez que no acostumbra ni aburre como las desnudeces de las mujeres mortales, y el Anheló y el Deseo respiraban sobre ella. Su aliento la envolvía como en cálida y finísima gasa.

Gloria de Venus.

Venus fue la esposa de Vulcano.

Y ahora, oh diosa, he de entonar en tu loor un canto —¡es de Homero!— porque me brota del alma al recordarte cómo ibas cuando te vio Vulcano el divino cojo.

HIMNO A VENUS

Poder de Venus. *DIOSA más brillante que el oro, Venus que pones lánguidos los brazos y las piernas de los dioses y de los hombres, llenándolos de pasión que los agita: también a los pájaros que vuelan en el aire, y a las criaturas que pisan los caminos de la tierra, y a las que cría el mar tú los dominas. No hay quien no adore tus hazañas, Venus ricamente diademada.*

Castidad de Minerva. *Pero a tres corazones no doblegas, no, ni los coges con engaño. Primero el de la hija de Júpiter, portadora de la égida, Minerva de brillante mirada, porque ella no encuentra deleitosos tus encantos: la alegran sólo las proezas de Marte —riñas y guerras— y sus proezas propias de invenciones de artesano. Ella fue quien primero inventó los carros que van sobre ruedas de bronce. Ella es quien enseña a las dulces doncellas el manejo de las casas y les inspira las brillantes labores de sus manos.*

Castidad de Diana. *Ni domeñas jamás, oh riente Venus, el corazón de Diana, la cazadora que lanza flechas de oro, porque Diana se encanta sólo con la arquería y la matanza de fieras salvajes en las selvas, y ama también la lira y las danzas y el vocerío y los alegres gritos en los verdosos bosques y en las ciudades de los hombres que no son concupiscentes.*

Tampoco te mira con cariño la doncella pura, Hestia, nacida a la vez la primera y la última de las hijas

de Cronos. Neptuno y Apolo fueron rivales ansiosos de ganarle el corazón que no ganó ninguno. Asediada de los pretendientes pertinaces corrió a la casa de oro de Júpiter y poniendo la mano en la cabeza del dios juró gran juramento, que en verdad ha sabido guardar, de ser doncella de por vida. Y el padre Júpiter le concedió el honor de ser la primera de las diosas que los hombres veneran cuando erigen a las divinidades altares en sus casas.

Castidad
de
Hestia.

A esas tres, Venus, oh, no las domeñas, no, ni las coges en engaño. Aparte de ellas, nadie hay ni entre los dioses ni entre los hombres quien te pueda escapar. hasta a Júpiter, a quien deleita el trueno, descarrías: Nada le vale ser el más grande de los inmortales dioses y el más imponente en majestad: tú lo seduces y lo llevas a ayuntarse con quien quieres, inmortal o mortal, a escondidas de Juno, su hermana al tiempo que su esposa, incomparablemente la más bella de las diosas a quienes Cronos engendró en la madre Rhea: por eso Júpiter de sabiduría eterna la tomó para su esposa casta y soberana.

Venus
y
Júpiter.

Pero Júpiter, oh diosa, te lazó en las redes del deseo de ayuntarte con mortal en abrazo de amor, a fin de que tú también fueras amante de hombre de corta vida, y no dijeras, riéndote, que sola entre los inmortales habías juntado dioses con mujeres que les dieron hijos súbditos de la Muerte, y diosas con varones que envejecen y perecen. Por Anquises, príncipe del Ida, enfermaste de pasión, cometiste locura.

Venus
y
Anquises.

—¡Cómo te perfumaste después del tibio baño despacioso, con qué ganchos de oro te recogiste la cabella de oro! Con ropas de oro te vestiste, oh diosa.

Te mordiste los labios para encenderles más el color y con la punta de la lengua te los humedeciste una y otra vez. Con sandalias de oro fuiste adonde estaba el príncipe, y en guisa de princesa mortal, hija de Otreos, te presentaste delante de Anquises bello como un dios.

¿Qué cuento le contaste, embuste de oráculo sagrado, pidiéndole llevarte a casa de tus padres y pedirte para esposa de su lecho? “Por voluntad de un dios estoy aquí —dijiste—. Pero tú haz lo honorable”. Mas cuando hubiste hablado, presa de dulce amor violento, Anquises abrió la boca y dijo:

—Si eres mortal, si eres mujer y mujer te concibió y te llevó en su vientre, y si Otreos de famoso nombre te engendró, y si has llegado aquí por designio de Mercurio, el guiador inmortal, y si has de ser mi esposa todos los días de mi vida, entonces ni mortal ni inmortal puede contenerme de acostarme contigo en este instante. No, ni si Apolo esplendoroso me flechara, el que lanza de lejos las flechas de su arco de oro. De buena gana bajaría a la casa del Hades, oh linda dama, hermosa como las inmortales, si una sola vez a ese precio te gozara. Tu doncellez me das ahora, o muero.

Venus se entrega. Y así diciendo te tomó de la mano. Y tú, que amas la dulce furia de los encendidos, con el rostro vuelto a un lado, pudorosa, y con los ojos bajos, tímida, te dejaste llevar al bien tendido lecho, muellemente cubierto con las pieles de los leones rugidores y de los peludos osos que Anquises con su lanza había matado en las montañas. Y cuando te puso en el lecho Anquises, primero te desató las recogidas trenzas y soltó el cinturón que te ceñía, y abrió los broches de oro que abrochaban tus ricos vestidos y te dejó desnuda, y puso

tus ropas cuidadosamente sobre el banquillo de plata que había junto al lecho. Entonces, por voluntad de los dioses y del Destino, gozó de ti, hombre mortal con una diosa, cubriéndote sin saber claramente lo que hacía.

Pero tú, a la hora cuando los boyeros llevan los lentos bueyes a pastorearlos en los floridos campos, pusiste dulce sueño en los ojos de Anquises, y despacio te vestiste, y de pie junto al lecho creciste en estatura. De tus mejillas irradiaba una belleza extraterrestre, tu belleza legítima, oh diosa venerada en Chipre.

Venus se descubre.

—¡Arriba, hijo de Dárdano! —gritaste— ¿Por qué duermes con tan pesado sueño? Fíjate en mí y dime si me ves como primeramente.

Así hablaste y Anquises se despertó al momento y cuando te vio el cuello y los hermosos ojos, oh Venus, se estremeció de miedo y volvió el rostro a un lado, avergonzado de su desnudez, escondiéndose debajo de la sábana. Y habló palabras aladas rogándote de este modo:

—En cuanto te vi con mis ojos supe, oh diosa, que eras divina, pero tú mentiras me dijiste. Aun así, te ruego, por Júpiter portador de la égida, no me abandones a la vida tembleque de los hombres. Ten compasión de mí, porque quien una vez se ha acostado con diosa ya nunca más recobra la salud si queda solo.

Martirio de Anquises.

Pero tú le respondiste, oh hija de la ola, diciéndole:

—Anquises, tú, el más glorioso de los mortales, ármate de valor y nada temas en tu corazón. No temas de mí ni de ninguno de los benditos dioses. Sabe que tendrás un hijo que será rey de los troyanos. Su nombre

Profesía de Eneas.



Historia
de
Tinothos.

será Eneas, que es decir el lamentoso, porque me rasga el corazón un lamento profundo de haberme echado en el lecho con un mortal. Pero los de tu raza son semejantes a los inmortales en belleza y estatura: pruébanlo Ganimedes y Tithonos, aquel a quien Júpiter raptó, hallándolo tan bello, y éste a quien la Aurora se llevó a vivir entre los inmortales. La Aurora se abrió paso entre las nubes oscuras que envolvían a Júpiter y le pidió que Tithonos se librara de la muerte eternamente, y Júpiter portador de la égida movió en asentimiento la rubia testa de grandes rizos de oro. ¡Ay, demasiado simple fue la diosa: se olvidó de pedir para su amado la juventud eterna al mismo tiempo, para salvarlo del penoso envejecer! Mientras duró el fresco primor de su juventud vivió Tithonos en embeleso con la Aurora embelesada, cabe las fuentes del Océano en los confines de la tierra, pero cuando empezó a encanecer y las primeras canas en la hermosa cabeza y en la noble barba parecían luz de luna que riela en las aguas rizadas, la Aurora se alejó de su lecho por más que le diera alojamiento en su casa y lo alimentara con ambrosía y lo vistiera ricamente. Y cuando la repugnante vejez lo hubo poseído entero, de manera que ya no podía mover ni alzar sus miembros, esto le pareció a la diosa el mejor consejo de su corazón: lo llevó a su aposento y le cerró las puertas. Allí balbucea idiotamente sin fin, y sus miembros no tienen la agilidad que antes tenían, ni vigor. Yo no querría, Anquises, que de tal modo envejecieras, inmortal entre los dioses inmortales. Mas si pudieras vivir eternamente sin cambiar la belleza que tienes, y te llamaras mi esposo, el pesar no enajenaría ahora mi corazón solícito. Pero la dura senectud que a todos los mortales ataca te envolverá en sudario, la

Lamen-
tación
de
Venus.

implacable vejez que algún día le hace sombra a todo hombre, la fatigosa, la fatal y mortal, que hasta los mismos dioses temen. Y ahora por tu causa tendré una gran vergüenza que los dioses jamás acabarán de echarme en cara. Hasta hoy tenían mis burlas y los engaños con que tarde o temprano los hacía ayuntarse con mujeres o con varón mortal, pero ahora mi boca no tendrá más este poder entre los dioses, porque enorme ha sido mi delirio, locura terrible y miserable, y perdí la razón cuando concebí de ti, mortal, debajo de mi cinto. Y en cuanto a ese hijo mío, tan pronto como vea la luz del día las Ninfas de los montes, de grandes pechos, que habitan en esta ancha y santa montaña, lo criarán. No son mortales ni inmortales, sino que viven largo tiempo, nutriéndose de alimento celestial y tejiendo con sus lindos pies hermosas danzas entre los dioses. Con Ninfas los Silenos, y Mercurio de finos ojos, se ayuntan en lo profundo de placenteras cuevas. Y cuando una de ellas nace, nace también de la fructuosa tierra un alto pino o un fuerte roble, árboles bellos que se elevan altos en las altas montañas, a quienes los hombres llaman árboles sagrados y no se atreven a herirlos con el hacha. Pero cuando la muerte de las Ninfas se aproxima se secan estos árboles, se les cae la corteza del tronco, se les quiebran las ramas, y Ninfa y árbol dejan juntos la luz. Ellas criarán a mi hijo, y cuando llegue a poder andar solo, te lo entregarán. Yo misma lo vendré a ver cuando cumpla cinco años. Entonces llévalo de inmediato a la grande Troya que los vientos azotan de continuo: semejante a un dios lo verán todos. Mas si mortal alguno te pregunta quién concibió a tu hijo bajo su cinto, di que es brote de una de las Ninfas, lindas como flores, que habitan en este monte boscoso. Pero si dices,

Naturaleza de las Ninfas.

Conmiación de Venus.

neciamente jactándote, que hubiste gozo echado sobre el dorso de Venus ricamente coronada, apretándole los pechos con las manos en pasional abrazo, Júpiter en su cólera lanzará sobre ti una centella humeante. Sé advertido: refrénate la lengua y no renombres, temeroso de la ira de los dioses.

Cuando así hubiste dicho, diosa, oh, temible en tu hermosura, alzaste el vuelo entre los aires del empyreo. Allí te elevo este himno, yo que no sé a ciencia cierta si una noche perfumada fue a engañada mortal o a engañadora diosa a quien tuve en mis brazos, sino que era de oro seguramente, de tal modo brillaba, y me dio un hijo áureo como tú. ¡Sele propicia, Venus, que yo te lo consagro! Y otra vez te volveré a cantar. Porque nada hay que nos preocupe a los padres de hijos como que crezcan sanos y hermosos y a su tiempo tú misma los desees por la perfección de su virilidad, y no tenemos el terror de ti que tienen los padres de hijas tiernas para quienes anhelan tus encantos pero que no te les acerques mucho.

LIBRO SEGUNDO

Los Reyes de Atenas o Segundo
Tratado de la Política

Feliz el Ática desde que sus pobladores —a quienes dio Júpiter por caudillo a Pelasgo, el primero de sus hijos habido en amante mortal— bien que fueran nacidos de esa tierra, bien que hubieran llegado del Oriente en olvidados días, quisieron erigirle santuario a Minerva portadora de la égida, la diosa que brotó adulta de la preclara testa de Júpiter. Ella escogió el lugar donde debía levantarse ciudad que le fuese propia, ciudad ilustre, princesa entre las ciudades de los hombres. Sobre cuero de toro preparado para la escritura de los dioses trazó la procera deidad, hundiendo el hábil dedo en noble tinta, el plano de la ciudad magnífica, y lo entregó en persona a sus votarios, dándoles tal seña patente de su afecto.

*Fundación
de
Atenas.*

—La llamaréis Atenas, para honrarme —dijo—, pues será ciudad florida y yo su flor.

Se dieron prisa los atenienses a erigir poligonales muros elevados y a construir modestos templos, pero el trabajo no les absorbía tanto que no tuviesen desembargado espacio, pues eran de un natural locuaz, para preguntarse unos a otros y discurrir entre sí lo que la diosa determinaría, si escoger entre ellos quien reinase sobre todos, ahora que Pelasgo hacía tiempo que era muerto sin fundar dinastía, o si ella misma sería

eternamente su reina y legisladora única como se decía que Leucothea, la innumerable en el Olimpo, había sido de la Atlántida.

Construcción de Tebas.

Minerva, en guisa y apariencia de doncella frigia tocadora de flauta, se mezclaba entre los atenienses y ora cantándoles, ora deleitándolos con imitación de la música de los pájaros, ora danzando al son de castañuelas que hacía vibrar en sus manos, los inspiraba a superar en obras a los demás mortales y aun a igualar lo que pudo la lira de Orfeo, a cuyos sonos surgió la Tebas griega de nobles puertas, y a los potentes Cíclopes. Y pensaba en sus adentros que debía dar a su ciudad la más excelente forma de gobierno.

Teoría del comunismo.

—Quisiera —decíase en hondas meditaciones— que gobernasen todos. He aquí cómo, ahora, conociendo en común del plan a seguir en su trabajo, se ahorran inútiles fatigas, haciendo cada uno socialmente y con limpieza aquello que le corresponde en la justa repartición de las labores, dueños en común de los implementos y útiles que emplean, y cuando hay punto difícil de realizar me es grato verlos reunirse bajo la presidencia del reconocido por más hábil. Cada quien manifiesta su parecer entonces, hablando libremente, y luego se cuentan los sufragios que apoyan a cada diferente opinión que se ha expresado y prevalece la opinión mayoritaria sin que nadie pretenda imponerse a los otros por causa de superior riqueza, pues no habrá quien tenga mayor poder de propiedad que los demás. Pero cuando la mayoría, como a veces ocurre, se equivoca, pronto lo advierten al ejecutar la obra y se aprestan a corregir el error, sin perder tiempo ni amargarse los ánimos con recriminaciones. Ni hay entre ellos eso del mío y del tuyo, sino que todo es de todos, administrado para

todos honradamente, contribuyendo el acervo común cada quién según su capacidad y repartiéndose la hacienda conforme con las necesidades individuales, sin incentivo para que alguien codicie más de lo que necesita para sí y para los suyos, pues el bienestar de todos está seguro por parejo, y porque ver construida la ciudad es la ambición de cada quien.

Así discurría la impecable deidad. Pero rey querían los atenienses, expresándolo en las discusiones que ella oía, porque —decían— mejor es que sólo uno decida y mande y no que todos quieran mandar, pues si ahora es fácil obrar conforme con el plan que nos dio la diosa, luego será diferente, y de esto nacerá la confusión de pareceres y surgirán las ambiciones turbadoras del buen juicio, y los otros males que destruyen ciudades.

Teoría de la monarquía.

Consultó la prudente Minerva la mente de su divino padre, protector de tronos soberanos, y el más preclaro de los dioses, rey grande él mismo, fue del parecer de los atenienses. “Otras formas de gobierno —dijo— suelen ser halagüeñas, pero si se escoge al mejor y se le da el mando, se garantiza la tranquilidad de la república y se asegura el bienestar común, así como en la familia lo conveniente es que mande a todos el jefe natural que es el padre o el abuelo si éste vive, y mejor el bisabuelo, porque es el de mayor experiencia, pero a firme condición de que no se haya entregado a vicios nefandos ni a sacrílegas costumbres”. Porque Júpiter recordaba a Urano y a Cronos, sus ancestros destronados. Y viendo que en la nueva ciudad ya surgían divisiones y que familias se juntaban con familias ligándose con juramentos, para obtener prelación, y que en vez de buscar al mejor se combinaban intereses de lucro, Júpiter, padre



de los dioses y de los hombres, llamó aparte a la epónima diosa y le dijo:

Elección de rey. —Conviene, oh hija esclarecida, para que puedas evitar el desorden en tu ciudad amada, que des a los ínclitos atenienses rey que los rija, como ellos mismos quieren, pero que no sea de su sangre y número pues ya veo las rivalidades funestas que alzan cabeza en las familias y amenazan con destruirles la felicidad.

Así habló Júpiter, cimentador de los buenos gobiernos, y Minerva, atenta a sus razones, se dio a buscar a quién hacer rey de Atenas.

Hundimiento de la Atlántida. CUANDO los dioses másculos, obrando en defensa propia en el conflicto que la querrellosa Juno había provocado, rodearon sigilosamente la vasta isla Atlántida regida por mujeres divinales que adoraban a la que no se nombra en el Olimpo, y se le prendieron de los flancos litorales e hicieron todos a un mismo tiempo portentosa fuerza, la tierra firmísima flaqueó en sus cimientos, incapaz de resistir la pujanza de los inmortales unánimes, y se hundió. El estruendoso mar, arremolinándose maravillosamente, cubrió aquella misteriosa tierra. Se salvaron del cataclismo sólo los Atlántidas que andaban en extrañas regiones, unos en las comarcas pacíficas del Asia, unos en las salvajes selvas que cubrían a Europa, unos en el culto Egipto, unos, en fin, en islas de ensueño y en altiplanos de prodigio más allá de donde el sol se pone.

En Saïs de los egipcios, cuna de sabios, se hallaba Cécrope, Atlántida de rango real y gran viajero. Cuando supo el hundimiento de su patria rasgó sus vestiduras y

se echó en el suelo y humedeció con lágrimas copiosas la seca tierra oscura que el Nilo de periódicas crecientes parte en dos.

Desde el alto Olimpo esplendoroso advirtió Júpiter, benigno padre de los soberanos que rigen a los pueblos, la pena que consumía al joven príncipe pese a que supera que en la Atlántida jamás podría haberse ceñido la corona, porque el amor a la patria no consiste en poderla gobernar. Doliese el dios de la amargura de varón tan excelente, y meditaba darle muerte compasiva, para librarlo de angustia, cuando penetró en sus pensamientos la perspicaz Minerva.

*Amor
a la
patria.*

—¿Contra quién —dijo la diosa, sutil que era— abrigas fatales designios, oh padre, que en tu arrugado ceño leo destino de muerte en gestación?

Así habló la discreta deidad consoladora. Respondióle el soberano de los dioses, en cuyas manos están la dicha y la desdicha de los hombres, y al conocer el pensamiento de Júpiter excelso Minerva se abrazó a sus rodillas, humillándose, y alzó una mano y le tocó los rizos fragantes de las lustrosas barbas de oro, y habló y dijo:

—¡Deja intacta la vida de Cécrope, te ruego, y úngelo para que sea rey de los atenienses, para mí los más queridos de los mortales que nos rinden culto a los dioses olímpicos, así él patriarcalmente les enseñe la sabiduría que aprendió de mozo, que acendrarón incontables generaciones de Atlántidas, y que de otro modo perecería irrecobrablemente! Porque, he aquí, oh Protector, que las venerables Euménides se ciernen sobre mi ciudad como queriendo esparcir provocación para que la sangre se derrame, con daño de los corazones

jóvenes, enloquecidos con furia no de vino, o como quien les arranca los corazones a los gallos de pelea y los quiere injertar en mi pueblo, implantándole espíritu de internecina guerra en mutua malquerencia de hermano contra hermano. En hora buena peleen con extranjeros enemigos agresores, pero riña de pájaros en el hogar común no he de tolerar, y Cécrope mediante, quiero otorgar a los atenienses, caros a mi corazón, don de paz interna y de armonía comunal.

*Fuentes
níveas
del Nilo.*

La oyó Júpiter, dador de vida, y alegrose por Cécrope, y bendijo a Minerva y le otorgó lo que pedía, consintiendo en ello con sacudir su rizosa cabellera. Entonces Minerva majestuosamente asumió forma y manera de mitrado sacerdote, de los que guardan imponderables tradiciones en Saïs, y bajó a la tierra donde el río septicáriclo arrolla la corriente refrescante que alimentan las lluvias abundosas nacidas de los vientos. En la Etiopía, suelo de noble raza de hombres, el sol de fieros rayos, que ennegrece la piel de los mortales, brillando sobre la tierra derrite las nieves de las encumbradas rocas y la nieve derretida alimenta al largo río, y en todo el lujuriente Egipto, que se baña en la sagrada linfa, madura el grano de Deméter, sustento de la vida, pero es el viento en primer término quien amontona las pesadas nubes que procrean la nieve deslumbrante y la dejan caer iniciando un ciclo venturoso. Descuidado de todo ello Cécrope se extinguía en mortal abatimiento. Se acercó a él Minerva y le dijo, como quien consuela amonestando:

—No es justo que los mortales hombres se rebelen contra la voluntad de los dioses inmortales. Dios solo ninguno sumergió tu isla, oh Cécrope, sino los dioses

todos, convocando sus voluntades y juntando irresistibles fuerzas. De manera que, prudente como eres si la fama no miente, ¿a qué te quejas? ¿Crearás acaso que interminables lágrimas e infinitos sollozos lastimeros harán resurgir tierra que los dioses hundieron bajo el salobre mar? ¿O te imaginas, insensato, que los dioses son injustos y no velarán por ti?

Mientras hablaba la diosa le relumbraba el rostro de modo que Cécrope compendió que era inmortal quien así le reconvenía por causa de su dolor y de su duelo. Minerva le llenaba de prudencia el espíritu, y el preclaro varón tomó aliento y respondió:

—Acato la voluntad de los soberanos dioses. Ellos fijan el destino de los hombres y lo tuercen o enderezan a su antojo. Por ellos el hombre ilustre es abatido y exaltado el de origen oscuro, si así les place. La felicidad de los mortales está en desear sólo y siempre lo que los dioses quieren. Pero el dolor es duro.

*La
felicidad
de los
mortales.*

Así habló Cécrope, espejo de piedad, y le replicó la diosa:

—Tus palabras alegran, sin duda, el corazón de los inmortales, pues seguro es que te escuchan. Minerva, diosa de tremolante casco, de ningún modo la última de quienes tienen áureos tronos en el Olimpo reluciente, ha hecho construir en el Ática ciudad sobre las rocas, y quiere dártela para que la gobiernes y no perezca de entre los hombres la sabiduría de tu linaje atlántida. El magnánimo Júpiter te hace entrega del centro y de la corona de Atenas, y la ciudad me ha enviado a ti. Olvida, por tanto, la irremediable desgracia de tu isla natal y con ánimo alzado dirige los pasos al reino que te espera.

Infundió la diosa valor de rey en el corazón de Cé-crope y lo guió a Atenas ella misma, haciendo escala en Creta primero y en el Peloponeso luego. Dondequiera que pisaban la diosa y su ahijado mortal dejaban luminosas huellas que brillan todavía.

*Influencia
atlántida
en
Grecia.*

CINCUENTA años debía reinar sobre los atenienses el procero Cé-crope, de raza atlántida, salvado por hallarse en Saïs cuando los olímpicos prepotentes hundieron la basta isla gloriosa. Atlántidas leyes dictó en Atenas. Instituyó el matrimonio monógamo en que se funda la familia, y la propiedad privada que alienta al trabajo, y la religión que nutre el alma y disciplina el carácter. Estableció sacrificios incruentos, y ordenó el entierro de los muertos que antes orientalmente se quemaban, porque no al aire deben darse en humos los despojos mortales de los hombres sino devolverlos a la tierra nutridora. Dividió la población en once tribus o comunidades y cada una de éstas en familias, y a cada familia la dotó de tierras laborables, suficientes para su sustento y el de sus descendientes, y legisló que nadie se deshiciera de su patrimonio sino que periódicamente se revisara la repartición de las tierras. Y a unos les enseñó una industria y a otros otra, y a unos los hizo pastores de ovejas, productores de lana y a otros de toros, y a otros de cabras, y a otros les enseñó a cuidar abejas y a explotar la miel, y a otros a hacer carbón quemando bajo tierra los troncos y las ramas de los árboles, y a otros a modelar vasijas de barro negro y rojo y a pintarlas con hermosos dibujos, y a otros a trabajar las minas de plata del Laureyón. Finalmente, les hizo a todos el don del alfabeto y de la escritura, por

*División
de la
tierra
y los
oficios.*



más que también existe la tradición de que fue Cadmo el frigio quien llevó a Grecia este maravilloso instrumento, pero los atenienses lo hubieron primeramente de Cécrope a quien Minerva guiaba, la diosa consejera del propio Júpiter, sin cuyo auxilio ninguna excelencia ni perfección puede lograr la mente humana.

Introducción del alfabeto.

Bella era el Ática y no tan próspera bajo el reinado de Cécrope que las costumbres pudiesen relajarse allí por causa de ocio excesivo, ni tan pobre que no pudiera el menos rico vestir lana que sus doncellas tejían con sus manos hacendosas en el gineceo o sentar a su mesa huéspedes que Júpiter enviase. Y Atenas era el hogar común de todos.

En el centro de la ciudad se eleva precipitadamente la roca majestuosa de la Acrópolis, de lados escarpados, inaccesibles excepto al occidente. Allí hizo Cécrope construir el templo de Minerva y fundó fortaleza. Al oeste de la Acrópolis, valle de por medio, se alza la colina del Areópago, sagrada a Tisífone, Alecto y Megara, las Furias venerables, diosas hijas de la Noche. Las engendró el Aqueronte, padre río que fluye en los infiernos, y tienen mansión profunda en la conciencia de los mortales, pero no en la de quienes gobiernan a los pueblos. Su terrible despertar, bien al acre olor de la sangre criminalmente derramada, bien al estridente ruido de las pasiones tumultuosas que destruyen la piedad, enloquece a los hombres y los consume en invisible llama. Más allá del Areópago levántase la colina de Musæo, el Pnyx, donde el pueblo solía reunirse. Al sureste de la Acrópolis, del otro lado de la angosta cuenca del Iliso, se yergue la colina de Ardeto, sagrada a Venus desde que el padre de Teseo quiso venerarla.

Atenas.

Las Furias.

*Los
montes
áticos.*

La tierra que rodea a la ciudad se alza de la costa del golfo Sarónico, en el Egeo sembrado de islas, en gradual ascensión hacia el noroeste. A cortas millas del mar está Atenas. Al oriente de esta región lo domina todo el monte Himeto, abundante en panales famosos por la miel de sus abejas. Corona su cumbre noble estatua de Júpiter, que hizo erigir el piadoso Cécrope. Al noreste elévase el Pentélico, cuyas entrañas magníficas dan el mejor mármol. En su cima levantó Cécrope una estatua de Minerva. Del noroeste es señor el Parnés, monte de venas férreas, boscosa guarida de osos y jabalíes salvajes, continuación del Cytherón beocio, de solitarias cimas, a cuyo lado levántase el Egalo que desciende abruptamente hacia la bahía de Salamina. Egalo, Parnés, Pentélico e Himeto, estas cuatro eminencias, señalaban los límites del dominio de Cécrope.

*Los ríos
del Ática.*

De noreste a sureste una cadena de colinas, la sierra de Anquesmo, defendía a la ciudad, culminando al sur en el monte Lycabeto, poblado de portentosos lobos y cubierto de espesas montañas ricas en maderas. El Lycabeto domina directamente a Atenas y parece pastor de alcores entre los cuales la roca de la Acrópolis se señala con la presea del rebaño. Del Himeto nace el Iliso, río de fresquísimas aguas, caro a las divinas Musas, y el Céfiso, padre del ensimismado Narciso, baja en eterna canción por las laderas del Pentélico. La sierra de Anquesmo separa los valles de estos preciosos ríos. Entre el Lycabeto y la colina de la Acrópolis hay una depresión en el terreno, en cuya mayor hondura corría el Eridano, tributario del Iliso, que hace tiempo los dioses secaron cuando el hacha impía de los hombres, enemiga de las Dríadas y Hamadriadas y de las lindas Ninfas, taló los circunvecinos bosques.

Tan bello país era éste que se enamoró de él el padre Océano —Neptuno— quien prometió a sus moradores don maravilloso si a su veneración le daban preeminencia. Ávido de honores el cano dios retó a Minerva, ofreciendo dotar a los atenienses mejor que ella. Respondieron los varones de Atenas, todos a una voz, que decidiese Cécrope la cuestión, por ser él rey, y un día señalado, reunido el pueblo en el valle entre las eminencias del Areópago y de la Acrópolis, y revestido de sus insignias reales el venerable Atlántida, se presentaron el Océano portador del tridente y Minerva de casco tremolante, a contender en liberalidad.

Disputa de Neptuno y Minerva por Atenas.

Por razón de los años de Neptuno, hermano de Júpiter Cronida, le cedió Minerva el primer turno.

—¡Oh ambicioso viejo —dijo la sabia hija de Júpiter al esposo de Tethys, la diosa de los lindos pies—, que no satisfecho con la inmarcesible gloria que alcanzas, mayor que la de dios alguno excepto sólo mi soberano padre y el anchuroso Urano y Cronos implacable, me quieres disputar la preeminencia en esta ciudad que yo fundé y tanto he amado! Pues la curiosidad consume a éstos como a la blanda cera de los panales el calor del fuego del hogar que entibia la miel, di sin dilación qué don será la prueba de tu generosa bienquerencia.

Así habló, sentenciosa, la severa doncella portadora de la égida gorgónea, y grave le respondió el Océano con fragorosa voz de ola de marea creciente:

—Gratos nos son a todos los dioses, oh Minerva, los honores que los hombres nos tributan. ¿Qué raro, entonces, que yo ambicione preeminencia en la ciudad más digna de la tierra, especialmente desde que, no para salvarme a mí, que ya estoy viejo, como dices,

Razones de Neptuno.

sino a otros dioses, jóvenes y lascivos, hundimos los inmortales másculos aquella isla Atlántida donde yo era venerado por encima de los demás dioses, excepto solamente la que no se nombra en el Olimpo, como origen que soy de cuanta vida hay y ha habido sobre la faz de la tierra? Ni ignoras que Metis fue mi hija, por lo que tú me debes cierta medida de respeto, como a abuelo. Bien comprendes mis palabras, ya que conoces las profundidades del pensamiento de tu padre. No haya, pues, enemistad entre nosotros dos por esta ni por ninguna otra causa, antes bien dejemos de disputar con palabras, que ello a nada conduce, y acatemos el fallo de Cécrope virtuoso cuya patria natal guardo a mi pesar en honduras inalcanzables de mis secretas entrañas.

*Invención
del
caballo.*

Así dijo el dios y avanzó con paso pausado hacia la roca de la Acrópolis. Rizábale el viento el amplio manto azul y verde que le bajaba ondulado de los anchos hombros corvos, y parecía como si el mar se moviese en medio de los atenienses. Llegó al pie de la roca elevada, alzó el tridente y golpeó la dura piedra. Primero brotó potente chorro de agua en el que la luz, que le daba de soslayo, se quebró en colores. Todos quedaron admirados. El Océano sonreía y había reflejos refulgentes en su sonrisa, como cuando el sol hace arder deslumbradores senderos de azogue en alta mar. El agua se espumaba y fue transformándose lentamente en abundosa crin y magnífica cola hasta aparecer tornada en hermoso caballo. Los atenienses aplaudieron.

*Invención
del
olivo.*

Llegado su turno, Minerva sacó de entre los pliegues de su túnica tierno árbol de olivo, magro y gris y pobre de hojas.

Un murmullo de desilusión se esparció en el ambiente. Pero antes de que pudiera formarse voz

compacta, antes de que el rumor se articulase en oración de queja o en expresión de burla, alzó los brazos Cécrope divinal. Se hizo silencio. Y el varón de presancia como la de un dios dictó inapelable fallo:

—Digno de admiración y gratitud, oh atenienses —dijo—, es el don que el Océano portador de tridente nos ha hecho a vosotros y a mí y a nuestros descendientes, pero en mucho supera al impetuoso caballo el don callado de Minerva.

*Fallo
de
Cécrope.*

No comprendía el pueblo que así fuese, pues el bello animal con sus cabriolas y relinchos cautivaba los corazones, mientras que la oliva no despertaba entusiasmo ninguno.

Habló entonces el Océano y su voz era fragor de resaca marina:

—¡Oh Cécrope, la derrota no debe jamás avergonzar a nadie si ha sido en buen lid! Confieso, pues, que me engañé, aunque debía conocerte a ti mejor que nadie, cuando te creí menos lleno de prudencia, impresionable como tus locuaces súbditos. Porque sabed, oh atenienses, que el caballo es sin duda la guerra. Él es toda fuerza y a pueblo a quien la fuerza rige, la fuerza le pisa los talones. Mas el olivo es la paz. ¡Feliz el gobernante que en paz mantiene sus dominios y no deja que, fruto de pasiones, el ánimo de guerra madure en su pueblo. Antes, con mano dura si es preciso, y sin inquietarle los murmullos de protesta, imponga el orden en casa y la tranquilidad con los vecinos!

Con lo que el pueblo se dispersó, sumido en religioso recato, meditando la lección del dios, dirigiéndose cada jefe de familia a su casa con los suyos. Pero el

más notable de los talladores de piedra, Dédalo el viejo, se puso de inmediato a conmemorar en mármol la honrosa rivalidad de los potentes inmortales. Sus estatuas adornaron la Acrópolis sagrada.

Nacimiento de Erichthonio.

FUE EN TIERRA del Ática donde cayó la prenda de lana de Minerva que había librado a la previsora virgen de que el pujante Vulcano la violara. Ahora, después de que por el sabio fallo de Cécrope divinal hubo vencido al poderoso Océano, la diosa recorría con júbilo su territorio predilecto, sembrando el olivo y bendiciendo los rebaños lanares. De pronto, en despoblado, oyó agudo llanto de recién nacido.

Con manitas fuertes tiraba del calzón de la diosa un tierno niño robusto, echado en tierra. Reconoció Minerva al instante la labor de sus brillantes manos, de que en mala hora se burlara Aracne, y se apresuró a tomarla y a esconderla, encendiéndosele de rubor virginal las mejillas pudorosas.

No cesaba en tanto de llorar la criatura, y la preciosa diosa, de corazón sensible, se apiadó de ella, y se arrodilló y la levantó del suelo en sus brillantes brazos.

La hija de Júpiter, protectora de vírgenes, no le guardaba rencor desde hacía tiempo al ingenuo Vulcano.

—Pues eres hijo del amor que el fatuo dios me tuvo —dijo—, justo y bello es que te proteja.

Ternura de Minerva.

Avergonzábale, sin embargo, que los dioses supieran su ternura, y quiso también evitarle bochorno a Vulcano, pues diosa ninguna, ni mujer, deja de

agradecer que se le ame —así sea con pasión que no pueda corresponder jamás o a la que sea indecoroso acceder—, excepto sólo Juno, como lo prueba en eterno tormento su enamorado Ixión. Cubrió Minerva al niño bajo la terrible égida que le colgaba de los torneados hombros y se dirigió a Atenas, envuelta en invisibilidad, y allí puso al recién nacido en una cesta, y presentándose en forma y manera de campesina que ha llevado verduras a la ciudad llamó aparte a Aglauros, la segunda y más bella hija de Cécrope, doncella esplendorosa, y hablándole le dijo:

—He aquí, oh princesa, esta criatura que he hallado abandonada en despoblado. Varón es, y ciertamente que no debe de ser hijo de mortal. Algún dios lo engendró, empero llámalo Erichthonio porque me parece que la tierra le sirvió de vientre a la semilla divina de la que hubo el ser. Cuídalo, y que tus hermanas Herse y Pandrosos, semejantes al fresco rocío del amanecer y del anochecer que alegra y nutre a las flores, te ayuden a criarlo. Así aprenderéis a cuidar los hijos propios que tengáis cuando vuestro padre os dé bellos esposos.

Dijo, y sopló espíritu de maternal compasión sobre la doncella mortal. Por el brillo de las mejillas de la fingida campesina verdulera y por la elocuencia de su voz, reconoció la divinal Aglauros que alguna deidad le hablaba.

—Dejad al niño —respondió la bella hija de Cécrope—, que yo lo cuidaré.

Cécrope, varón prudente, había tomado mujer en Atenas y en ella había engendrado tres hijas, doncellas hacendosas que hilaban en el palacio de su padre, bajo la dirección de la reina, y que solían bajar a la callada

*Las hijas
de
Cécrope.*

corriente del Eridano a lavar las ropas de su uso, turnándose en esta tarea unas veces, otras yendo juntas y desbordantes de alegría por el amor que se guardaban.

Las vio una vez Mercurio, el de las sandalias aladas, portador del caduceo que da salud, y se enamoró perdidamente de la mayor de las hermanas, Herse. Terrible es ese dios y por amables que sean sus dones él todo lo enreda y en lo que tiene parte no hay manera de entresacar la verdad. Herse le amó también, pero por guardar incólume el alto honor de su preclaro padre se negaba a los abrazos amorosos del dios. Quiso entonces Mercurio hacer prosperar su pasión valiéndose de Aglauros, la segunda de las radiantes hermanas, y vertió sobre el oído de ella ardientes confidencias, una vez que la princesa fue sola al río a lavar ropa.

Volvió Aglauros, la de los ojos de leopardo, al gineceo del palacio real y entretuvo a Herse de húmedos labios con plática de amores para sondearle el corazón. Herse le confesó a su hermana que amaba a Mercurio fuera de medida y que estaba a punto de entregársele.

Tribulación de enamorada. —Porque ya no es vida la que llevo —decía Herse—. Hago por olvidarle y le recuerdo con más fuerza. Me recojo donde jamás le he visto, lugar frío, por si dejo de pensar en él, y toda cosa allí me dice: “¡Piensa en Mercurio aquí para que tu pensamiento me entibie!””. Así es mientras ando despierta, pero el sueño me es más acosador aún. Llegué al final de mi resistencia, que no soy roca, y si lo fuese también me ablandaría. Seré del que me asedie, que para eso no hay remedio.

Como suele acaecer entre hermanas en semejantes contingencias, Aglauros encendióse en ira al pensar que Herse amargaría los honorables años de su padre.

—¿No se te pudre la lengua, oh Herse —dijo—, de afirmar tan grave falta de pudor? Si pasión indigna te ha conducido al extremo en que te encuentras, ¿por qué no te suicidas? El dolor de tu muerte le será a mi padre menos duro de llevar que la deshonra, tenlo por cierto, pues hijas tiene, dos más, que le consolaremos, Pandrosos y yo, pero honor tiene uno solo, ¿y te atreves a mancharlo?

*Riña
de
hermanas.*

Dijo la hermosa Aglauros de fieros ojos, y Herse le respondió:

—Dejarse violar de un dios no es deshonra, y esto se comprueba contemplando cómo el amor de los hombres marchita a las mujeres, les vuelve flácidas las carnes de parto en parto, porque es amor mortal, pero el amor de los dioses les imparte perdurable frescura y aun después de parir muchas veces quedan en todo como vírgenes y lo son para los hombres. ¡Ya quisieran todos los padres de hijas casaderas que dioses las violaran! ¡Sí, y ya quisieran todas las mojigatas hijas de hombre que un dios fijara en ellas su deseo!

*Razones
de
Herse.*

Gritaba Herse para irritar a Aglauros.

Así riñeron las divinales hermanas, diciéndose y replicándose descompasadas razones, matando con muchas palabras encendidas el cariño que las había unido, naciendo de su altercado un odio mortal.

—Ahora comprendo —clamó desaforada Herse, de largo cuello blanco, semejante al de una garza real, y como de garza era su chillido—, ahora lo veo todo claro. Embustera que eres, oh Aglauros, mala hija, y mala madre y falsa hermana. ¡Con que una diosa en apariencia de mujer campesina te trajo al pequeño Erichthonio en bien tejida cesta!, ¿eh? Ah, hijo tuyo



es, y de Mercurio, a quien odio! ¡Juro que le odio! Ya me sospechaba yo esta vileza, y cuanto te dije en son de confidencia, fue para arrancarte la verdad. ¡Te la he arrancado, Aglauros, y la lengua y el corazón y el vientre te quisiera arrancar también.

Lloró la doncella de ojos de leopardo, pero Herse corrió que se ahogaba con el cuento fatal adonde estaba su padre. Cargado de muchos años y de fatigas continuas, Cécrope había sobrevivido muchas penas y aún no se daba reposo en el gobierno de la ciudad que Minerva había fundado. El alboroto de sus hijos lo mató.

*Muerte
de
Cécrope.*

Cranaos.

PARA SUCEDER a Cécrope buscaron los cuerdos atenienses a Cranaos, anciano que había servido de consejero al Atlántida. Y Cranaos, considerando que sus días de vida eran cortos, tan grande era su edad, cifró todo su empeño en buscar un sucesor digno del trono esclarecido de Atenas, y lo halló en Anfictión, vástago de Deucalión atlántida.

*Historia
de
Anfictyón.*

Iapeto el Titán había engendrado a Prometeo en la Oceánida Clýmene, y Clýmene había criado a su hijo en la Atlántida donde éste, en amores con Ogythia, había, a su vez, engendrado a Deucalión y Deucalión había nacido antes de la repentina pérdida de la maravillosa isla. Llamado por su padre hallábase, en la flor de la juventud, en la Tesalia, de famosos caballos, cuando el hundimiento de su preclara patria.

*La gran
inundación.*

De noche fue el siniestro. Al hundirse la Atlántida se desbordó el desosegado mar y las aguas subieron grandemente de nivel, en súbita onda, de manera que anegaron muchas tierras, y la Tesalia, la región más a



nivel de toda Grecia, quedó inundada por el salobre océano, excepto sus más altos montes —el Olimpo terrrenal insuperable, Osa y Pelión que los Titanes habían montado en un monte sobre el otro (¡de nada les valió!) para escalar el Cielo, y los tres picos del Pindo—, de modo que Tempe, caro a las Musas, y los demás valles preciosos y extensos de esa región, se volvieron hondas lagunas y las ciudades que allí había quedaron bajo el agua. El pavor se apoderó de las gentes y mucho perecieron junto con sus ganados y rebaños.

Deucalión fue el brazo generoso que para salvar a esa humanidad que perecía construyó apresuradamente barcas de madera que inventó. Infatigable durante la crisis del peligro, pasada la amenaza, en cambio, cuando las aguas bajaron a los límites normales que los dioses les tienen señalados, el joven héroe se sumió en inconsolable tristeza, porque la pérdida de la patria es dura como quedar en orfandad de madre.

Apiadado de él, Prometeo, su padre, cogitó recónditamente la manera de librar a su hijo de la locura que ya le hacía presa —tan pesada era la carga de dolor que Deucalión sentía— y Epimeteo le ayudó.

Los Titanes benéficos.

Solía Epimeteo, hermano menor de Prometeo, visitarle una vez al año, y ahora era temporada de esa visita. Epimeteo conoció al instante la preocupación de su hermano a quien tantas veces tenía que socorrer, porque Prometeo era impulsivo mientras que Epimeteo era más bien calmoso, ponderado y comedido. Y dijo Epimeteo:

—No desmerece de ti, oh hermano, el noble mancebo Deucalión, y a los de Tesalia les ha servido ciertamente como si fuera un dios. Ea, conviene darle esposa

*Historia
de
Pandora.*

que le endulce la vida y le cree nuevas preocupaciones que sustituyan a las preocupaciones irremediables. Tengo una hija, Pyrrha, rubia y bien formada, casadera ya, diligente y hacendosa y de parejo temperamento, a quien hube en Pandora cuando plugo a Júpiter entregármela todavía tibia, acabada de salir de la fragua de Vulcano. No engendró a Pandora padre ninguno, mortal ni inmortal, ni vientre de mujer ni de diosa la concibió en sexual ayuntamiento, sino que para agradar a Júpiter la forjó Vulcano labrando en oro sus lustrosos miembros, y para darle sangre derritió granates y los hizo circular en sus venas, y de rubíes le formó los labios, y así todas las partes de la doncella, artificiosamente talladas y pulidas y ajustadas. Y los dioses le hicieron cada uno un don extraordinario: Juno le dio talante majestuoso, Minerva laboriosidad, Venus Gracia, Apolo soltura de lengua y fantasía alada, y las Caridades un triple don de encantamiento. Pero el día de nuestras bodas pusieron los inmortales en una caja de oro cuanto conviene a los hombres junto con cuanto les es adverso, y sellaron la caja y le hicieron presente de ella a Pandora la bien dotada, encargándole mantenerla bajo llave. Pero como la había imbuido Mercurio de gran curiosidad, que ese fue el don que él le hizo, en cuanto estuvo sola mi mujer abrió la caja fatal y como si fueran humo se esparcieron los dones y los males, quedando sólo la esperanza que aun no había logrado escapar cuando ayudada por mí cerró otra vez la incauta esposa mía el cofrecillo. ¡La esperanza nos valga, hermano! Vamos, celebremos los esponsales de nuestros hijos.

*Matri-
monio de
Deuca-
lión.*

Prometeo fue de parecer conforme. Con Pyrrha, hija de Epimeteo, casó el ilustre Deucalión, y reinó en Tesalia donde primeramente le tributaron honores como



deidad. Celoso de esto los dioses del Olimpo, pues no conviene que se endiosen los mortales que gobiernan hombres, enviaron cruel guerra de disensión a ese país, sembrando el desagrado, levantando al pueblo en contra de su rey, de manera que a la muerte de Deucalión le arrebataron la herencia del trono al príncipe Anfictyón, su hijo habido en Pyrrha.

Pecado de endiosamiento de los reyes.

Solícito de hospitalidad llegó Anfictyón a Atenas, desterrado, alzando rama de verdes hojas con adorno de cintas de blanca lana, suplicante de ayuda para recobrar el cetro de su padre.

—En cuanto a dar auxilio para que por la fuerza impongas a tus súbditos lo que no bastó la gratitud para que hermosamente surgiera de sus corazones —le dijo Cranaos venerable, inspirado a buen seguro por la diosa—, sería exponer el bienestar de mi comunidad por algo no sólo incierto sino en alto grado difícil. Pero me inclino a creer que un dios o una diosa, quizás Júpiter potente o la magnífica Juno, quizá la sagaz Minerva, ha tramado esta tela de suceso y ha conducido a Atenas tus ilustres pasos para que yo te unja como mi sucesor. ¡Confórmate y alégrate, oh Anfictyón! Mucho supera al de Tesalia agreste el civilizado trono ateniense.

Sabiduría de Cranaos.

Así razonó con el mancebo el anciano conductor del pueblo, y convocando a los ciudadanos en el Pnyx presentó a Anfictyón y lo hizo reconocer por heredero suyo, lo que ellos aceptaron no sin resentimiento de aquellas familias pretenciosas que esperaban suceder al sucesor de Cécrope.

Fue Anfictyón el tercer rey de Atenas, y aunque alguna vez agasajó a Baco y a los otros dioses en festín

*La oniro-
criteia.*

alegrador de corazones, tuvo mala fortuna desde su exaltación al trono, pues parte del pueblo lo consideraba intruso y usurpador, de modo que él temió que se repitiese el fracaso de su padre en Tesalia. La vida se le amargó con esto y visiones terribles le turbaban el sueño con frecuencia. Recordó entonces que su padre contaba que en la perdida Atlántida se adivinaba el porvenir por la interpretación de lo soñado, y en la dedicación que puso para revivir ciencia tan secreta ahogaba sus sinsabores, dando un mal ejemplo con grave descuido del gobierno.

*Fealdad
de la
esclavi-
tud.*

Relajáronse las costumbres puesto que nadie se ocupaba de cumplir ni hacer cumplir las leyes. Todos querían viajar a Egipto y a otras tierras donde era fama que los atlántidas habían enseñado la adivinación por sueños y por espectros que desde el fondo de los abismos subterráneos anuncian a los mortales las cosas pasadas, presentes y futuras. Hacerse adivinos por conjuro de la sombra fue la ambición de muchos, y por ver de realizar sus aspiraciones, dignas sólo de mujeres, enajenaban sus tierras los varones, vendiéndolas y vendiendo a sus hijos en esclavitud, odiosa institución que insulta por igual a todos los hombres, sembrando así imprudentemente el germen de los males distantes que tanto se agravaron en tiempos de Solón, y contrariando las luminosas reglas del hijo irreprochable que Letona había parido en los desfiladeros de Delos, Apolo el de cabellos de oro, enemigo de ritos nocturnos y de sombríos cultos.

Los juiciosos, que eran los menos, veían, abrumados de temor, la ruina cercana del Estado, y tomaban consejo entre sí sobre lo que mejor convenía para devolverle a Atenas la deslustrada gloria.

NO ES DESPRECIABLE la leyenda acerca de Troquilos, sacerdote de los misterios de Deméter. Se dice de él que huyó de Argos la bien guardada, y llegó al Ática y casó con mujer de Eleusis en quien hubo dos hijos, Eubolo y Triptolemo. Pero los atenienses siempre han dicho que Triptolemo era hijo de otro padre, a saber, de Celeo, y que es digno de imperecedero recuerdo por haber sido el primero que abrió surcos en la tierra, con arado, y sembró semilla para cultivar, creando de ese modo la civilización agrícola. Los antiguos hombres, empero, conocían ciertos versos de Museo que dicen que Triptolemo era hijo del Océano, habido en la ancha Tierra, dato contrario al de otros versos no menos merecedores de crédito, como que son de Orfeo mismo, que afirman que Triptolemo y Eubolo reconocían como padre a Dysaules y que, por cuanto le habían dado informes a Deméter acerca de su hija, la divina Proserpina raptada, cuando Deméter la buscaba, la diosa en recompensa les enseñó la siembra de semilla y los hizo sabios en sus misterios, que son los de la fructificación. Por antigüedad todos estos testimonios vencen al poeta Querilo, ateniense, famoso por su tragedia *Alope*, cuando alega que Triptolemo y su hermano, Cereyón, tenían por madre a una hija de Anfictyón. Quiso el más ilustre de los viajeros del mundo, Pausanias de Magnesia, ahondar en estas cuestiones, cuando recorrió la Grecia para después escribir describiéndola, pero cuenta que una visión lo contuvo.

*Invencción
del
arado.*

*Testimo-
nio de
Pausa-
nias.*

Por cierto ha de tenerse, pues, y sin cavilaciones, que Anfictyón murió sin descendencia. Había soñado que mujer lo estrangulaba y no había querido tomar

estado, lo que hizo que la sucesión real amenazara con guerra civil.

Vicio de la democracia.

Formábanse los partidos, sobornábase a los partidarios, levantaban tribuna oradores de uno y de otro bando, y, en suma, producíase desorden sin igual. El aire se caldeaba de dicterios e insultos, de injurias y calumnias, de réplicas y contrarréplicas, y era tenido como el mejor el más deslenguado en vapular y vituperar a los contrarios, sin considerar nadie si se decía verdad o patente mentira, porque la fuerza de la pasión les impedía reflexionar y donde no alienta la reflexión no respira la justicia.

Viendo las desgracias que afligían a Atenas y cómo la ciudad entera parecía empeñada en destruirse, ansiando catástrofe cada bando con tal de que bajo las ruinas quedasen aplastados los de las facciones contrarias, Minerva, protectora de los pueblos, rumió amargos pensamientos y dudó de haber obrado bien cuando tomó a mortales bajo sus divinos auspicios. Porque unos animales se amansan y otros no, y los que no tienen naturaleza ni aptitud de amansamiento claramente revelan su salvajismo, como cuando rugen tigres, leopardos y leones, y como cuando hacen oír los lobos desde lejos sus aullidos, mientras que los animales domesticados tienen gusto del freno y del yugo, y no embisten, ni muerden, ni cocean, pero los hombres, en cambio, por domesticados que parezcan son fieras salvajes en el fondo y como poseídos de la rabia se despedazan los unos a los otros cuando es materia de escoger aparejo y freno para todos por igual, que tanto monta la elección de un gobernante.

Elección de gobernante.

Con Vulcano tenía ahora la comprensiva diosa amistad leal. Venus había curado al ilustre cojo de sus



fantasías de mozalbete y, por otra parte, grande era el respeto mutuo que el hijo de sola Juno y la hija de solo Júpiter se tenían, gozosos ambos de sus obras propias y capaces de justa admiración de las ajenas, porque la envidia nace sólo en pechos que abrigan corazones descontentos de sí mismos.

*La
envidia.*

Viendo la melancolía de Minerva, quien solía apoyarse en la hermosa lanza y estarse largo rato cabizbaja, se acercó a ella fraternalmente Vulcano, deseoso de brindarle algún consuelo. Acordose entonces la misericordiosa diosa del hijo de su amigo, nacido de la simiente que él había evacuado cuando intentó violarla.

—Tú, oh Vulcano, podrías ayudarme, si quisieras —dijo—. Los atenienses, pueblo más caro para mí que pueblo alguno para otro dios, están en agonía de hondas disensiones sobre elección de rey. Hay fuertes partidos opuestos, y cualquiera de ellos que triunfe necesariamente tendrá de enemigo a los bandos perdidosos. Se olvidarán los ciudadanos de ayuntar los esfuerzos de todos en bien de la comunidad, y los unos pensarán primordialmente en sostenerse en el gobierno y eternizarse en el poder a cualquier costo, los otros en derrocar a los primeros y luego en luchar entre sí, haciéndose todos el mayor daño posible. Vamos, pues, tú y yo, a los diversos bandos separadamente y propongamos para rey, que las facciones acepten sin disputa, al joven Erichthonio que Aglauros, hija de Cécrope, doncella de ojos fieros, crio.

*Minerva
postula
rey.*

La oyó Vulcano y admiró la prudencia de Minerva de tremolante casco, y respondió diciendo:

—De buen grado haré por ayudarte. Algo sé de los hombres, por haber vivido entre ellos, y a veces,

oh Minerva, me siento más hombre que dios y como si fuera un extraño en el imperecedero palacio del Olimpo, de techos de oro, donde Júpiter supremo tiene su morada. En cambio, si me das cabaña de mortal que aseadora escoba haya barrido y donde arda un fuego hermoso y el aire esté lleno del buen olor de frugal comida, allí me siento a gusto, aplacadas por el momento mis graves inquietudes. Pero esto no entiendo de los hombres y jamás lo entenderé, que cuando todos proclaman a los siete vientos que su candidato a rey es el mejor, se embaucan a sí mismos descaradamente, pues cada partidario lucha por quien cree que es el peor de todos, el más duro, el más falto de conciencia, el más hombre, según dicen. La curiosidad me aguijonea por saber quién es ese Erichthonio a quien tú quieres hacer rey de la incomparable Atenas, tu ciudad bien amada.

*Estulticia
demo-
crática.*

Turbose Minerva. Un momento vaciló. Pero pensó en lo demasiado humano que era Vulcano de delicada sensibilidad, y pudo más en ella la bondad que cualquier otro sentimiento, y no quiso avergonzarse.

Únicamente entre los inmortales, la divina portadora de la égida gorgónea refrenábase de reír de las desgracias de Vulcano, de cuya cojera no se atrevían a hacer mofa, por temor del castigo de Júpiter, pero de quien, por eso mismo con más saña, burlábanse interminablemente los demás dioses viendo cómo Venus le era infiel y la caridad de él que la perdonaba siempre.

—Erichthonio, oh Vulcano —dijo la diosa—, es de padre desconocido, seguramente un inmortal de los que siguiendo el ejemplo de mi padre persiguen sin descanso a doncellas mortales para engendrar en ellas. Júpiter a todos sus hijos les da cetro, no así los otros

dioses. Eso es lo que sucede siempre, cuando los gobernados emulan a los gobernantes en los vicios pero no en las virtudes. Mas no nos ocupemos de ello, pues sea quien fuere quien lo engendró no desdice de su divino origen el bien pensado joven. Dícese que su madre es Aglauros, hija de Cécrope. Los atlántidas instituyeron desde un principio el matrimonio monógamo y en la fe conyugal basaron el honor, bajo influencia de femenino imperio, de modo que sentían deshonra irremediable de que sus hijas se ayuntasen con varón fuera de legítimo tálamo, así fuesen inmortales sus amantes. He aquí por qué a tu madre le eran especialmente caros esos hombres. Y del dolor de ver, como él creía, a su hija soltera, madre de éste a quien llamamos Erichthonio, murió el divinal Cécrope. Pero yo no creo que la virtuosa Aglauros haya dado a luz a la radiante criatura sino que hizo de oveja atona. La maledicencia la hundió, no pecado que ella cometiera.

*Crítica
del
honor.*

*Historia
de
Aglauros.*

—Sea ello como fuere, no me importa —respondió Vulcano—. Lamento como tú la torcida suerte de la virtuosa doncella a quien malas lenguas deshonraron, y el triste fin de su anciano padre. Nada es más detestable, así entre los inmortales como entre los mortales, que el roerse unos a otros el buen nombre, y esto lo sé yo. Sólo de Júpiter supremo, y de ti, Minerva amiga, no tengo queja, de modo que a veces el alto Olimpo me parece bajo y ruin y detestable. Pero basta de llanto. Unámonos, pues, tú y yo, en una sola voluntad para elevar el honor de este joven, quienesquiera que hayan sido sus progenitores, si así podemos honrar a Aglauros, a quien amas, y ensalzar la virtud, cosa que nos corresponde hacer como dioses que somos.

*Queja
de
Vulcano.*

Así dijo el dios de nobilísimo corazón sencillo, alegrando a Minerva, e hiriendo ambos el éter sacrosanto que tras ellos volvíase a cerrar sin vestigio alguno de rasgadura, a Atenas se dirigieron la del tremolante casco y Vulcano, augusto a pesar de su cojera, y en forma y apariencia de oradores, de bando en bando arregaron a los divididos atenienses.

—Fue voluntad de la diosa epónima de nuestra ciudad, como a todos os consta, oh atenienses —dijo la prudente Minerva, consejera del propio Júpiter—, sentar en el trono de Atenas al divinal Cécrope atlántida. Recordad ahora, ciudadanos, las diversas muestras de aprobación que los inmortales espontáneamente dieron a los juicios de aquel rey, especialmente la diosa por quien hemos superado en virtud a las demás ciudades de la tierra. Por ella nada en exceso nos es grato largo tiempo. Por ella la medida es el ideal que nos hemos propuesto. Abominamos de cuanto es deforme, enano o gigantesco, como se puede ver en nuestros templos si se les compara con los de otros pueblos constructores también. Y qué, ¿vamos a dejar que sólo nuestras piedras guarden la regla de la justa medida, y en nuestros juicios seremos semejantes a los bárbaros? ¿Renegaremos de los inmortales y pretenderemos torcer su voluntad? Me diréis que Cécrope no dejó hijo que ocupara su trono y blandiera el cetro que Júpiter, guardián de los que reinan, puso en sus honorables manos. Mas recordad que vive Erichthonio, tenido por todos como hijo de la divinal Aglauros, hija de Cécrope, y el joven príncipe ya es llegado a mayoría de edad y puede reinar. Digo más, debe reinar. Y de que reinará con sabiduría, que es decir con justicia, es prenda bastante saber que es hijo de un dios. Sea, pues, Erichthonio nuestro campeón en esta pugna, por quien jamás se llegue a derramar

*Elogio
de la
medida.*

sangre fraterna, pues nadie habrá deshonra si reconoce que frente a Erichthonio todos ocupamos rango secundario y sólo él el primer puesto, mientras que pretender superarlo sería notable matrería y deshonor.

Con estas y similares razones convenció Minerva a los diversos bandos, pues por el tono de la voz y por el fulgor de la mirada de la diosa reconocieron los preclaros atenienses que la escuchaban y veían, que una deidad les hablaba. Nadie se atrevió a contrariarla, antes bien todos quisieron ser de su acuerdo. ¡Felices ellos que adivinaron su presencia, y felices serían todos los hombres de todas las ciudades si pudiesen de igual modo, en quienes les dan consejos, adivinar al que lo da necio, de mortal ambicioso, y al que, en cambio, presta su voz para que por ella hable la deidad!

Otro tanto hizo Vulcano con las facciones opuestas, aunque era lento de palabra, pero esto mismo sirvió para que a la mente de quienes lo escuchaban llegara el firme convencimiento de lo que les decía, porque hay un instinto de los pueblos por el que saben que la mentira es de lengua untuosa mientras que la verdad suele ser corta de palabra y titubeante y mide y pesa y vuelve y revuelve cuanto dice. Y por Vulcano y por Minerva volvieron el orden y la medida a la ciudad, y el buen acuerdo entre los ciudadanos, y se afianzó la paz pública, y cobró renovado vigor el deseo de todos de sobresalir en virtud.

*Instinto
de los
pueblos.*

NOMBRARON los atenienses a los dioses, ambos disfrazados en semejanza de oradores, para ir, heraldos de la ciudad, a casa de la divinal Aglauros, hija de Cécrope, a ofrecerle el trono a Erichthonio, su hijo.

*Herse y
Pandrosos.*

Apartada de todos vivía la doncella de ojos de leopardo, su vida ensombrecida largo tiempo por la vergüenza injustamente sobrellevada. Las tres hermanas, al quedar huérfanas, se habían separado. Mercurio, en forma y figura de mercadante egipcio había pretendido y enamorado a Herse, y en tierra cabe el verdoso Nilo, sembrada de pirámides y fastuosas tumbas, la tenía de amante y en ella engendró al fidelísimo Céfalo a quien en vano quiso seducir la rubia Aurora enamorada de él, tan bello era. Pandrosos también había abandonado el Ática, pero por ciudad de Laconia, y por su virtud los campos de su marido se cubrían de abundosa hierba que alimentaba a hermosas vacadas y a fuertes caballos adiestrados para tirar los carros de los héroes. Sola había quedado Aglauros en Atenas. Sola había criado al hijo del dios encomendado a su cuidado. Ahora miró con ojos encendidos de resentimiento a los enviados de los varones atenienses.

*Dolor de
Aglauros.*

—Heraldos de la ciudad, mensajeros de Júpiter —comenzó diciendo la doncella magnífica—, no seré yo ciertamente quien levante obstáculo para que el mancebo animoso a quien llamáis mi hijo suba al trono de mi procero padre. Virtuoso es, y diligente, y sobremanera lleno de prudencia. Bien le vendrá a su frente el círculo de oro y a su diestra el poderoso cetro, y, en fin, la majestad real de las ropas de púrpura a toda su persona, que hijo de un dios o de una diosa es y no hijo mío. Lo cual digo, no por falta de cariño, pues en todo el ancho mundo nada tengo sino sólo a él y como a hijo verdadero lo aman mis virginales entrañas. Varón ninguno digno de mí me solicitó jamás en matrimonio, e innmerecidas afrentas marchitaron mi juventud. Pero, ¿por qué vosotros, pues bien veo que no sangre mortal

sino el ícor sagrado de los dioses discurre en vuestras venas, os acordáis con los humanos, en quienes el yerro es natural y la maldad es condición irremediable, para llamarme también madre de Erichthonio?

Así dijo Aglauros, y no sabía Vulcano qué responder. Minerva también estaba conmovida. Contrarias emociones agitábanse en el ánimo de la preclara hija de Júpiter.

—Mortal doncella que hablas como diosa —dijo Vulcano con voz estremecida y mientras Minerva todavía cavilaba—, inmortales somos como prudentemente lo has adivinado, y no necesitamos ofuscarte la mirada manifestándonos delante de ti en nuestras propias formas. Escucha, pues, lo que te digo. Pretendemos sólo honrarte, y en cuanto a si eres o no eres la madre del rey por quien venimos, ésa es cuestión tuya que a nosotros en nada nos concierne.

Pero Minerva le replicó diciendo:

—Sí que nos concierne, oh Vulcano amigo, como lo sabrás de mis labios por más que hasta ahora haya querido ocultártelo. Sabe que soy la diosa que encontró a Erichthonio recién nacido y lo colocó en bien tejida cesta de campesina, de las que se llevan de las hortalizas a la ciudad en comercio de verduras y legumbres, y yo soy también quien recomendó la crianza de ese niño a esta doncella mía muy amada, y el príncipe, oh inmortal que me acompañas, hijo tuyo es y no de otro dios.

Revelación de la paternidad de Erichthonio.

Oyó a la justiciera diosa Vulcano razonable y llenóse el espíritu de honda confusión.

Aglauros lloró de júbilo y humillando en el suelo los hinojos le besaba a la diosa las sandalias.



Minerva mientras tanto le decía a Vulcano:

—De cuanto te digo no te sorprendas, oh Vulcano. Recuerda que una vez, insensato en tu mocedad, me amaste con pasión pecaminosa, y si entonces te cobré odio, no es ahora mi voluntad abochornarte. Pero, ea, vamos, que Aglauros virtuosa llame a tu hijo y lo apreste y se apreste ella a recibir de Atenas el homenaje que ambos tienen de sobra merecido.

Venus adúltera. MIENTRAS el solícito Vulcano acompañaba a Minerva generosa en campaña política en Atenas, la esclarecida ciudad, su linda esposa Venus, la fragante, dormía con Marte, el dios terrible, movedor de la guerra. El Sol delató a los adúlteros, y Vulcano regresó al nebuloso Olimpo y forjó red de hierro sutil y envolvió en ella a los amantes donde dormían desvergonzadamente desnudos, con las piernas entrecruzadas, y dio bufido de marido burlado de modo que acudieron todos los inmortales de la estirpe de Júpiter, y retumbaron sus risas, bajo el cielo que todo lo cubre, en mofa de Marte y Venus cogidos en escándalo. Marte dijo que a él nada de eso le importaba, pero la befada diosa engañadora de *Las hijas del Sol.* la fe de su esposo jamás quiso perdonar a su brillante delator, y fue siempre enemiga cruel del linaje solar. Medea, Pasifae, Ariadne, Eglé y Fedra —la que Jasón enamoró, la que se apasionó del toro cretense y las que amaron a Teseo— probaron el poder para el mal de la vengativa deidad que sin embargo endulza, cuando así *La Per-suasión.* le place, las infinitas amarguras del mundo. Pero con Vulcano hizo las paces la gloriosa Venus, porque el dios era fácil para dar el perdón —¡tanto la amaba!—



y porque jamás se separaba de ella la Persuasión, de tiernos ojos transparentes, su dulce hija.

—¡Ah, Vulcano! —decíale la diosa de mirada azul—, ¿por qué me dejas sola? Me creí abandonada, que te habías ido con esa marimacho de Minerva que fue tu primer amor, que la querías a ella más que a mí, y fue tan grande mi pena que loca, enajenada, busqué cómo calmar mi dolor, cómo anegar lo en lo que fuese. No falta de cariño sino exceso de celos bien fundados, porque con Minerva andabas, me movió a esta infidelidad. ¿Tú me crees, verdad que tú me crees? ¡Pídeme la prueba que quieras de mi amor, que yo te la daré!

Así decía Venus. Las lustrosas mejillas sonrosadas de la hija de la ola se bañaban en lágrimas relumbrantes. Y como se le volvía de espalda, sumisamente, el ingenuo Vulcano acabó por creerse culpable él mismo de la falta de virtud de su mujer.

—Derecho ninguno tengo —dijo el sublime cojo—, de reprocharte, oh Venus, porque yo también tengo mis pecadillos, ¿sabes? Pero no son de ahora, entiendo, porque esta vez andaba haciendo rey de Atenas, la gloriosa ciudad, a Erichthonio, mi hijo.

—¡Tu hijo! ¿Tú tienes un hijo, Vulcano? ¡Con que me has sido infiel! ¡Ah, ingrato!

—No te enfades —le respondió Vulcano con suplicante voz—. A Erichthonio lo engendré antes de hacerme mi esposa.

—De todos modos, me engañaste —replicó Venus—. ¿No me dijiste que jamás habías gozado mujer antes de casarnos? ¿No me obligaste, violándome el pudor, a llevarte de la mano para que pudieses poseerme,

porque tú no conocías todavía ese camino? Los varones sois todos iguales y os burláis como se os antoja de nosotras las pobrecitas mujeres que todo os lo creemos.

Los juramentos de Venus. Mejor trabaja los metales Vulcano que fragua mentiras, y mejor labra el oro, o mezcla el bronce, que rinde excusas y hace súplicas. Venus juraba y perjuraba que odiaría a Erichthonio, pero sus juramentos nunca son firmes porque no pisa tierra la diosa sino las movibles ondas del mar y los corazones de los dioses y de los hombres. Pero Vulcano la tomaba en serio, y, amoroso padre de hijo único, se humillaba y le rogaba a la taimada rubia que protegiese al joven rey de Atenas.

Las Gracias. Lo de la aventura con Marte perdió importancia. La lujuriosa diosa sabía manejar a su marido. Ella resultó la ofendida y Vulcano el ofensor, ella la generosa que perdonaba a su esposo y Vulcano el perdonado que le debía gratitud. Accedió, pues, Venus a serle propicia a Erichthonio y tramó con gran agrado de Vulcano inflamar de pasión por el hermoso príncipe soltero a la brillante Aglæ, la mayor de las Gracias, hijas de Júpiter habidas en la Oceánida Eurýnome, doncellas tiernísimas de linda desnudez, árbitros de cuanto es bello y decoroso y que acompañan a las impares Musas en sus danzas con Apolo citareda y en sus espléndidos cantos.

—No le vayas a querer enamorar la novia a tu hijo, viejo verde que eres —le decía Venus a Vulcano—, porque eso sí que no te lo perdono.

—¡Qué cosas se te ocurren! Ni en broma digas eso —respondía sonrojándose el buen herrero, y temblábanle las barbas.

—Bueno, ¡pero si supieras las cosas que yo sé de cómo hierve el deseo en pellejos vejetes! Ya, ya. No diré más. ¿Pero me agradeces que le haya buscado mujer tan linda a tu hijo? ¿Reconoces que no soy rencorosa? ¿Ves cuánto te quiero?

Y Vulcano le besaba las manos a la diosa, y metía la boca debajo del tibio cuello de ella y le sobaba el pescuezo con los labios, ronroneando.

—¡Qué buena es mi vieja! —pensaba Vulcano—. En verdad que ningún varón, ni el mejor, merece a ninguna mujer ni lo que las mujeres sufren por nosotros, porque en su gran dolor nacemos, y de ellas tenemos todo placer, toda ayuda y consuelo.

Meditación del buen marido.

Y Venus le leía el pensamiento y se reían sus ce-rúleos ojos.

ERA CUANDO en Atenas los vientos del oeste, que al comenzar la primavera soplan cambiables, inconstantes, ceden por fin a los vientos de Tracia, que son fijos. Todo renacía. Los árboles echaban retoños y pimpollos, las fieras deponían sus instintos sanguinarios y se daban a ejercicios de amor. En las fuentes el agua decía y repetía y reiteraba misteriosas cosas. Pero en su palacio el antes animoso Erichthonio, ahora decaído de ánimo, suspiraba sin saber por qué.

Inquietud primaveral.

Observó su melancolía la solícita Aglauros, y le dijo:

—Hijo, que como a hijo te he amado, ¿no ves que cuanto es joven busca amoroso ayuntamiento? Tibieza del aire, olor de flores nuevas, música de pájaros, todo

convida a la juventud a amar. Seguramente que Venus ha bajado al mundo y posa sus almos pies sobre la tierra y la suaviza y hace que los mirtos reverdezcan. ¿No habrá tocado tu corazón con sus rosadas manos? Di, ¿doncella alguna de las atenienses, o extranjera princesa, no te ha herido la fantasía con la gracia de su cuerpo flexible o con la dulzura de su voz? ¿O acaso amas sólo al amor, y no fijas todavía en doncella ninguna tu inquieto pensamiento?

—Esto último será, madre, sin duda —respondió Erichthonio.

*Peregrino
de amor.*

Aconsejó entonces a su hijo la divinal Aglauros, a quien Venus inspiraba. Se disfrazó de caminante el joven rey soltero y tomó rumbo del campo, seguro de que el dios su padre y de que la diosa Minerva, que también le protegía, habrían de depararle favorable fortuna, pero ansioso de que Venus también le fuese amiga. Porque era Venus misma, con sus divinas manos olorosas, quien había sembrado la inquietud que acosaba al bello príncipe. Ahora lo envolvió en su manto de finísimo tejido y el mancebo brillaba de juventud y de amable arrogancia y de cuanto más enamora a las diosas no menos que a las mortales. Y Vulcano, disfrazado de romero de los que van rengueando de uno a otro santuario renombrado a cumplir piadosos votos, se hizo el encontrado por casualidad en el camino y le hizo compañía a su hijo, de manera que amparado por dioses erraba Erichthonio y sin sentir fatiga llegó a precioso valle, en Orcómenos de Beocia, y allí Vulcano habló y le dijo:

—Este apacible lugar, oh joven caminante, nos invita al reposo. Alguna divinidad habita aquí.

Detengámonos un rato en honor de ella. Abramos la bota de buen vino y escanciemos en honor de la deidad local.

Así diciendo, Vulcano abrió la bota que traía consigo, y primero regó el suelo y luego dio a probar a Erichthonio el néctar de los dioses, y los ojos del joven se abrieron a la inmortalidad y vio entonces que Vulcano le servía y que la riente Venus le vertía en el alma la virtud de su dulcísima mirada.

Aparecieron entonces las Musas de lindas trenzas y las deliciosas Gracias, y, como Venus lo quería, entre el hijo de Vulcano y la rutilante Aglæ se encendió dulce pasión y Aglæ convino en deponer su divina desnudez y vestirse de novia y recogerse la suelta cabellera para ser la esposa de Erichthonio.

Y ahora, para llevar a su desposada a Atenas, el príncipe inventó el carro, uniendo dos ruedas por un eje, y lazó el caballo, don de Neptuno, y lo unció al carro, y entre cortejo de inmortales que cantaban su himeneal —¡oh Hymen, Hymen!— regresó a la ínclita ciudad y celebró brillantes desposorios. Venus misma llevó la antorcha de olorosa llama para alumbrar el tálamo.

Invención del carro.

Tanto como antaño había sufrido Aglauros, así gozaba ahora. Movíanse sus nobles labios en callada sonrisa, que era a la vez plegaria, en tanto que de sus ojos leonados corrían grandes lágrimas de dicha, porque Aglæ la llamaba bendita y le decía madre.

CINCUENTA años, igual término que Cécrope, reinó Erichthonio, al cabo de los cuales murió para el mundo mortal, pero los inmortales dioses lo elevaron

al cielo y con el nombre de Boötes brilla eternamente. Ni desmaya jamás el amor que se guardan él y la divina Aglæ, pues cuando la Gracia recatada lo visita en su lecho, en el cerúleo, entonces la Hora silenciosa, de aliento retenido, que preside a la Aurora vierte la magia de los más dulces sueños en el regazo del mundo, y hasta quienes se aburrieron de amarse, marido y mujer casados de años, medio despiertos vuélvense el uno a la otra con ternura y se aman otra vez.

Elevación de Pandión.

Ascendido Erichthonio al empíreo serenísimo en fastuosa apoteosis, ocupó el ínclito trono de Atenas su hijo Pandión, que fue el primero de ese nombre, habido en la pulquérrima Aglæ. Pandión tomó por esposa a la doncella Doris, ateniense muy amada de Minerva, a quien la laboriosa diosa ella misma había educado. Era Doris hábil de sus manos, madrugadora, llena de virtud y cubierta de belleza. Amábanla los dioses y murió joven. Lloraron su muerte Procné y Filomela, hijas suyas, y Erechtheo, su único hijo varón, muy niño todavía, y Pandión su marido, y toda la ciudad.

Crecieron juntas Procné y Filomela, que eran casi de una misma edad, y como entre ambas se habían repartido las gracias y las virtudes de su madre, Pandión las amaba con entrañable amor de padre viudo. Fue en este tiempo cuando Baco el generoso y Minerva benigna fijaron largos años su residencia en el Ática, pues en el palacio esplendoroso del Olimpo, donde los inmortales dioses tienen moradas relucientes, tanto reñían la altanera Juno y su ínclito esposo que era imposible vivir en paz allí. Abundaron en el Ática el vino y el trigo y el aceite de la divina oliva y todos los demás frutos que sostienen la vida y se truecan en los mercados extranjeros por maravillas de oro y por esplendideces de

lana y lino teñidas regiamente en la tinta del múrice marino o en la del thapso de los bosques, con lo que los pueblos circunvecinos del Ática se llenaron de envidia de los prósperos atenienses, especialmente el pueblo de Labdaco, cruel rey de los beocios.

La envidia mueve a guerra.

De Coronea y de Aulis, de Tebas y Platea, enviaba a sus súbditos Labdaco a pillar y a destruir en los campos feraces del Ática. Como eran fuertes, semejantes a leones, y numerosos como enjambre de insectos, violaban a las mujeres y a los imberbes mozos, incendiaban las trojes, mataban a los ganados y se los comían, degollaban a los hombres o los hacían huir para salvar la vida, destrozaban cuanto obstáculo hallaban y cuanta fuerza se oponía a la suya. Aprestose Pandión para hacerles la guerra a los merodeadores y vencerlos y contener su rapacidad y castigarlos por los crímenes que habían cometido. Mas no quiso ir solo, porque la guerra lo aterraba, sino que envió embajadores a Tracia, donde reinaba Tereo, gran guerrero, nacido de los amores del invencible Marte con Bristonis, doncella melancólica. Al verse violada por el provocador de la ruda guerra, tentador de mujeres, y luego abandonada, que así se paga el ser amada de un dios, Bristonis se deshizo en lágrimas. Nada le valió su mucho llanto, y convirtióse en salobre laguna en las inmediaciones de la ciudad de Abdera, pero su hijo creció semejante a su padre, y fue rey de la región, y su fama de guerreador llegó hasta Atenas.

Historia de Bristonis.

Lamentable cosa es que un rey confíe a otro el mando de sus ejércitos, pues si así logra vencer a sus enemigos queda, empero, a merced del estratega en quien ha confiado. Preferible es arriesgar una derrota antes que tener por seguro el triunfo

Advertencia contra los mercenarios.

mediando mercenario. Pero Pandión no pensó en ello hasta cuando fue demasiado tarde. Tereo, de fuerte brazo, condujo las huestes atenienses y Labdaco fue vencido en batalla destructora de hombres y asoladora de campos, y sus ciudades fueron destruidas en una tercera parte de su extensión cada una. En una tercera parte sus habitantes fueron muertos y los buitres se cebaron en ellos, y en la otra tercera parte fueron reducidos a dura esclavitud. Juzgó Pandión que bastaba ese castigo e interpuso su prestancia, porque Tereo quería hacerse famoso exterminando a los beocios por completo. Y botín no quiso el hijo de Erichthonio sino que todo lo cedió a su aliado, ricas armaduras, joyas de oro, trípodes de bronce, estupendos asadores para asar bueyes, y esclavos y esclavas, para que desistiese de destruir. Después de cantado el peán de la victoria y mientras danzaban los efebos, dijo el ateniense al tracio rey:

*Las hijas
de
Pandión.*

—Estrechemos alianza perpetua, oh Tereo de ánimo aguerrido. Ea, pues, toma por esposa a Procné, mi hija, a quien su madre enseñó el manejo de una casa real y que no tiene quien la iguale en servir sabrosa mesa. O si quieres, toma a mi otra hija, Filomela, incomparable en la labor de randas, hábil bordadora, tan sutil de sus dedos que puede quebrar un hilo de luz en sus colores y bordarlos en diseños admirables.

Al generoso rey de Atenas respondió el de la ruda Tracia:

—Venga para mí la de la cocina, que a mi juicio, oh Pandión, el bien guisar es la mayor virtud de las esposas.

Falero.

En Falero, en las costas del Ática, que es el punto de la playa más cercano a Atenas, distante de la ilustre

ciudad sólo una legua, recibió el guerreador Tereo a la virtuosa Procné, y zarpó de la rada única del puerto y pronto perdió de vista el santuario de Deméter que allí se alza, y con su esposa y el gran botín que había ganado cruzó el níveo mar en cóncava nave de filosa quilla y anchas velas. Así regresó Tereo a Tracia. Pero Pandión se quedó pesaroso, pensando que más había perdido con el costoso triunfo de Tereo que si hubiese permitido seguir en sus fechorías a los ladrones de Labdaco, y como era rey se llenó de la pesadumbre de saber cuánto cuesta imponer a los malos vecinos el respeto que en mala hora violan y la grave responsabilidad de esto que recae en los reyes, por lo que, mientras más aman la paz, más obligados están a mantener ejércitos propios que los hagan temidos. Pero el rey que es pacífico y que gobierna pueblo de su índole, no fácilmente se convierte en guerrero, porque el mucho amor a la paz incapacita. Sin embargo, llamó Pandión a Erechtheo, su hijo, y le dio maestros que le enseñaran a matar hombres en pelea campal.

*Advertencia
contra el
demasiado amor
a la paz.*

MIENTRAS tanto, en la lejana Tracia, al lado de Tereo languidecía Procné, de mal de patria. Con frecuencia salaba los guisos de su mesa con sólo las lágrimas de su llanto, pero solía poner cara alegre frente al marido, y si éste le notaba alguna vez los ojos inflamados y la requería de ello, la prudente esposa decía:

*Historia
de
Procné.*

—La leña estará verde, y humeará, y el humo me hace llorar.

Ordenó Tereo que la leña para las cocinas del palacio real fuera bien seca, bajo pena de perecer los

leñadores al filo de su espada portentosa. Así amenazaba el fiero Tereo a los aturridos leñadores, más con ello y todo, porque los pobres hombres no tenían la culpa, volvió a ver enrojecidos los bordes de los párpados de la hacendosa esposa. Iba, pues, a dar muerte a los leñadores inocentes cuando Procné se interpuso, diciendo con húmeda voz:

—No es humo de la leña, oh Tereo, lo que me hace llorar, sino el recuerdo de mi hermana sin quien no es posible que yo viva.

—Mujer —le respondió Tereo—, ¿hablas de morir?

—Así es —contestó la cuitada con voz tan llena de dolor que Tereo se alarmó visiblemente.

—Y si mueres —dijo Tereo—, ¿qué haré yo? ¿Qué otra esposa hallaré que te iguale en aderezarme la comida? ¿Se puede acaso ser tan gran guerrero como soy, y comer mal?

Quejábase Tereo de esa suerte, y Procné la doliente lo reprochó diciendo:

—Dijérase que soy tu esclava y no tu esposa. Te preocupa sólo qué comerás y cómo comerás, pero mi dolor nada te importa.

Creció la pena de Procné a tal grado que ciertamente parecía que estuviese próxima a morir. Lo comprendió Tereo.

—No sé traducir lágrimas sino en muerte —se dijo—. Dicen que de llorar murió mi madre —y dirigiéndose a Procné siguió diciendo:

—Habla, Procné, de manera que te entienda. Vosotros los atenienses no sabéis ser explícitos. ¿Te imaginas que soy adivino? ¿Qué se te antoja para sanar?

—Apresta afortunada nave —respondió la triste mujer—, y vuelve a Atenas, la divina ciudad amada de los dioses, y ruega allí a mi padre que me envíe a mi hermana si no quiere que prematura muerte me haga presa. Porque el trato de sólo bárbaros me tiene abiertas en pampa las puertas terrosas de la mansión del Hades.

Quiso Tereo consentir en esto a su mujer y fue a Atenas, y oyó Pandión el rey las razones de su hija que le daba el belicoso yerno, y le pareció al ilustre ateniense como si le arrancasen el corazón al pensar que le separaban de sus dos hijas, pero el temor a que Procné muriese le hizo acceder en lo pedido. Llamó a Filomela y le dijo la jornada de mar que tenía que hacer.

La alegría de volver a ver a su hermana, la querida Procné, inundó de júbilo a la princesa, y le brillaron los ojos con tanta claridad, y un rojo tan vivo le encendió las mejillas, y el alborotado aliento le mecía tan tempestuosamente el levantado pecho, que Tereo, en quien la navegación había acendrado su natural lujuria de guerrero, prendiose de súbita pasión por la doncella su cuñada y secretamente juró que la poseería.

Ni pudo el tracio grosero ocultar ni disimular su apasionamiento de manera que Pandión, prudente padre de hijas, no lo advirtiese algo. Dispuso, pues, el rey de Atenas que acompañara a Filomela escolta de honor hasta verla, salva en su doncellez, en Tracia al lado de su hermana.

—Allá —pensaba el ínclito Pandión— Procné la cuidará y cuidará a su esposo.

Muniquia. Zarpó la esbelta nave, de dobles bancas de remeros, del puerto de Muniquia donde los atenienses antiguos también tenían rada y un templo consagrado a Artemisa, y Tereo le dio a la negra barca rumbo a Esquiros, famosa por sus rebaños de cabras lecheras, y tocó en esta isla bajo pretexto de tomar agua fresca y envió la escolta de atenienses a que trajesen el agua en bellos jarrones de pintados colores.

—Vosotros —díjoles— tenéis no sé qué en vuestra manera de hablar que os hace gratos a quienes os escuchan. Mi gente, en cambio, es áspera de lengua, y pudiera suceder que los de Esquiros no quisieran darles el agua que necesitamos todos. Bajad a tierra, pues, oh atenienses, y no tardéis en regresar.

Engaño de Tereo. Así halagó a los varones que Pandión había escogido para guarda de su hija, y no esperó el lascivo soldado de Tracia el retorno de los acuarios, pues deshacerse de ellos había sido su propósito, sino que se dio a navegar otra vez y en la isla de Thassos, famosa por sus almendras, sus rábanos y sus langostas, encalló la nave de amplia vela y mandó levantar tiendas en la lustrosa playa.

Orgia playera. Llegada la noche repartió Tereo entre sus hombres aquellos vinos de la isla, el que al instante que se le prueba hace olvidar toda pena que roe el corazón, el que levanta las pasiones, el que da profundo sueño, y el que produce insomnio, todos por igual endulzados con miel. Y mientras cada quien a su modo, pero todos bárbaramente, se embriagaban, se les acercaron libidinosas tocadoras de flauta, naturales de Thassos, de las que por paga hacen música y danzan danzas lúbricas en los banquetes de los forasteros y luego se emborrachan

con los huéspedes, y al amanecer ya no se ven jóvenes ni tentadoras sino flácidas de carnes y con las ropas ajadas y manchadas. Pero ahora los tracios las veían frescas y rientes y ataviadas como Oréadas y como baccantes. Mientras resonaban por un lado el estruendo de las encrespadas olas y por el otro la algazara de la orgía frenética, Tereo se introdujo, audaz, en la tienda donde descansaba Filomela y brutalmente la violó.

*Historia
de
Filomela.*

En vano se ceñía ella las ropas que ella misma, doncella hacendosa sobre toda ponderación, había labrado, cantando despreocupada, sentada al telar en el gineceo del palacio de su padre, porque Tereo rasgó las finas telas, y en vano con sus débiles manos le daba ella golpes en el velludo pecho y en la barbada cara, porque Tereo sólo se reía y más bien a ella se le ensangrentaron los nudillos de los puños, y en vano se esforzaba por zafarse de debajo de él, que se le había echado encima y la apretaba desde el abdomen hasta el tórax, y con su enorme peso le cortaba la respiración, y en vano entre cruzaba ella las piernas porque la rodilla de él sobre sus rodillas forzábala a ceder y abrirse, y en vano, en fin, daba ella voces, porque nadie la oía, y más bien su último grito, al sentir el desgarrar de su carne, se ahogó en la boca de él que le aplastaba medio rostro y la asfixiaba con el resuello de su lujuria en desenfreno.

*Estupro
bárbaro.*

Se quedó Filomela como insensible, con los ojos abiertos, fijos en un punto invariable, sin ver nada, sin atender a cubrirse la desnudez ni a cerrar las infelices piernas cuya carne temblaba en las suaves caras interiores. Tereo bufaba al lado de ella, boca arriba él también, y así se estuvo un largo rato y luego volvió a cubrirla. Ella lo soportó sin oponérsele y sin dejar un instante de temblar. Y dos veces más aquella noche la mancilló

Tereo hasta que por fin, hacia el amanecer, ella volvió en sí y recobró la voz. Lloraba y mezclaba con su llanto amenazas terribles.

A Tereo le preocupaba menos la guerra que Pandión le hiciera que el rompimiento con su esposa, la hacendosa Procné, hábil por encima de las demás mujeres de la tierra en condimentar sabrosos guisos.

—Te llevaré a apartado lugar —le dijo Tereo a Filomela—, donde nadie sepa quién eres.

*Amenaza
de
Filomela.*

—Por apartado que sea el lugar adonde me lleves —respondió retadora la cuitada—, algún mortal o inmortal llegará allí, y sabrá tu infamia, que yo se la diré, y llevará noticia de ella a mi hermana y a mi padre.

Así reñían, nada dispuesta la hija preclara de Pandión, princesa digna de respeto, a hacerle agradable la alborada al estuprador salvaje que quería dormir. Y ello fue para que Tereo levantase con la diestra mano la filosa espada y con la siniestra halase la lengua de la desdichada Filomela y dejase caer el golpe del tajante bronce, todo con tal presteza que en un abrir y cerrar de ojos Filomela quedó muda para siempre. Apenas de su pecho y garganta surgían con borbotones de sangre notas adoloridas que querían ser palabras, tristísima y dulcísima queja de corazón partido.

*Tereo
esconde
a
Filomela.*

ANTES de regresar a su palacio el perverso Tereo tocó en rada de apartada región, donde tenía alcázar, lugar distante una noche y un día de su ciudad y se iba a pie, pero mucho más cercano si se montaba en carro de caballos. Allí encerró a la infeliz Filomela y licenció a los hombres que le habían acompañado a Atenas y

los colmó de oro y les hizo regalo de la bien construida nave.

Acordáronse los burdos tracios de la orgía en la isla de Thassos, y viéndose, como creían, ricos, porque al oro llaman riqueza los bárbaros, y libres, porque libertad le dicen a la licencia para entregarse a las pasiones, hacia Thassos volvieron proa, a comprar con veleidosa alegría fementida un caro y largo arrepentimiento. Jamás volvieron a ver su patria ni a los suyos. Pero Tereo se despidió de Filomela con palabras de insulto:

—Veremos quién viene a servirte de voz para el escándalo que me quieres armar, o a quién le cuentas tu desgracia. ¿Qué culpa tuve yo? ¿Por qué no supiste guardar mayor recato? ¿Por qué toda aquella tu manera de cabriolar en mi presencia cuando tu padre te dio aviso de que embarcarías conmigo? Yegua en celo me pareciste. Ceñido llevabas el portabusto, ¿y no era ello para encenderme el deseo? ¡Cómo brincabas y meneabas las caderas! Así sois vosotras, que sin embargo alardeáis de modestas y castas. Prendéis el fuego que nos enloquece a los hombres, y no queréis que la brasa que nos consume arda y os quemé un punto. Más honestas juzgo a las que, consecuentes, se dejan consumir de grado en la llamarada que provocan.

*Razones
de
Tereo.*

Dijo, y dejó a la desdichada hija de Pandión.

Luego mojose las ropas Tereo en las amargas olas del mar, ya que se acercaba a su morada, y se presentó, fingiendo extenuación, en su palacio propio, y con palabras entrecortadas contó embuste de naufragio y de haberse salvado sólo él.

Cinco años lloró Procné el doloroso fin que ella creía de su querida hermana, pero cuando comenzaba

Duelo de Procné. el sexto año de su luto, siendo víspera de la fiesta de Baco, el fiero dios, cuyas ceremonias ella debía presidir por ser la primera de las matronas de Tracia, secreto mensajero le entregó bordada maravilla.

La tela de Filomela. Era la tela tejida de diversos hilos teñidos en multitud de colores y bordada en claros símbolos. La desenvolvió Procné y leyó la figurada historia de su hermana, que Filomela, insuperable bordadora, había labrado, mudo pero elocuente relato de la tragedia lamentable.

La fiesta báquica. La triste reina guardó el secreto, pero llegado el día de la Lenea, gran celebración del dios que se corona de hiedra, vistiose de bacante. Corto peplo enseñaba más que le cubría las blanquísimas carnes. Entre la suelta cabellera rizada tejó guirnalda de pámpanos. Llevaba una serpiente en la una mano y en la otra florecido tirso. Las mejillas se las untó de púrpura una esclava. Así iba Procné al frente de la salvaje procesión.

A su rededor agrupábanse las matronas principales de la ciudad, vestidas y disfrazadas de la misma manera, blandiendo sistros y tambores, coronados de avena y cogollos de palmera, sonando chillones pitos y roncocos tamboriles.

Seguían a éstas las doncellas, enteramente desnudas, pintados los cuerpos de brillantes colores, azafrán y azul y rojo violento, y llevaban cestas de flores y de frutas en las lindas cabezas o colgadas de los graciosos brazos.

Los falóforos. Detrás de las doncellas iban los portadores de los falos, varones de elevado rango, Tereo entre ellos, pero vestidos de mujer con largas ropas de franjas bermejas y amarillas, verdes y moradas, que les llegaban hasta

cubrirles los pies y aun arrastraban. En altas varas llevaban enarbolados los símbolos viriles de monstruosas proporciones.

También con rayados trajes femeninos iban los efebos nobles, con guirnaldas que les colgaban de los cuellos, pintadas las mejillas y las manos cubiertas con guantes de entretejidas flores, y con ellos los jóvenes músicos de la banda sagrada del armonioso dios.

Hacía larga cauda la multitud de los votarios de Baco, hombres y mujeres de la plebe. A medida que la procesión avanzaba crecía el alboroto. Unos llevaban en los hombros de su desnudo cuerpo piel de pantera o de leopardo o de macho cabrío, otros tocábanse con mitras puntiagudas y vestían sacerdotales ropajes de grueso lino. Unos hacían de Isleño, otros de Pan, otros de sátiros y faunos. Éstos cabalgaban un asno, aquéllos arreaban rebaño caprino. Los celebrantes imitaban en sus trajes y gestos los pormenores de las leyendas del dios de doble nacimiento, hijo de Sémele y de Júpiter.

Delante de la procesión se llevaba el vino, y entre el grupo de las doncellas el agua, en ánforas, y las matronas mezclaban harina y menta, las sustancias mismas de la deidad, haciendo el cyceón: Baco iba en persona entre sus fieles.

El cortejo recorrió lenta y solemnemente las calles de la ciudad, pero al salir al campo tomó por torcidos rumbos en serpentina ebriedad y se fue por colinas y valles, danzando todos con creciente frenesí y cantando locos ditirambos. Grotescos eran los movimientos de los cuerpos y a pulmón lleno los gritos:

¡Evohé, Bacche! ¡Io! ¡Io! ¡Evohé, lacche! ¡Io, Bacche! ¡Evohé!

Cayó la tarde y sobrevino la umbrosa noche. Se confundían los sexos en desorden de embriaguez, y parejas que se juntaban al azar se apartaban de la turba y buscaban regalo entre los matorrales, bajo los árboles frondosos, sobre el césped, debajo de las estrellas parpadeantes.

Más entrada la noche se desenfrenó la orgía. Nadie había que no estuviese ebrio o ebria, excepto Procné solamente, que fingía embriaguez.

Tereo, el rey, había sembrado el árbol fálico que llevaba, y bailaba en su redor con una de las doncellas desnudas a quien la lujuria había vuelto loca. Exaltada como lasciva cabra, excitada por el ruido de los timbales, danzaba la doncella retorciéndose en imposibles contorsiones.

Bien lo vio, con el alma llena de asco, la pesarosa Procné. Apartose ella también del grupo de los enloquecidos por el dios. Un momento miró la oscura carrera del Hebro y los tracios montes de cúspides que la nieve y la luna hacían cándidas, y la sierra de Rhódope que pies bárbaros pisan, todo el paisaje caro al leneo dios, deleite de sus trastornadas bacantes de fuertes manos capaces de tronchar proceros fresnos. Ella también quiso que el dios la poseyera. Y con el aliento cálido de la deidad ensanchándole las narices sensitivas, huyó, segura de que el dios iba con ella, sin que nadie percibiera su fuga.

Montó carro preparado de antemano. Blandió el látigo y con él tocó ligeramente los lomos de los caballos presurosos, y no se detuvo en la carrera hasta llegar al castillo donde la desdichada Filomela tenía ya seis años de cautiva.

*Reunión
de her-
manas.*

Lloraron estrechamente abrazadas las hermanas, y como era la fiesta del dios salvaje nacido primero de la abrasada entraña de Sémele y luego del riñón fresquísimos de Júpiter, a Baco le imploraron desagravio. El dios a quien los sacrificios humanos deleitan, las oyó.

Sigilosamente volvió Procné al palacio de su real esposo, el perverso Tereo, y con ella iba la muda Filomela. Brillaban las hermanas, llenas del dios, semejantes a rayos de venganza. Sus rostros y sus manos parecían brasas. La locura del odio apasionado fulguraba terriblemente en sus enrojecidos ojos.

Llegó Tereo, ebrio más que jamás, seguido de bacantes cuyos impúdicos muslos aun chorreaban sangre del estupro salvaje.

—¡A ver, en esta maldita casa —gritó el bárbaro príncipe—, si se nos da de comer y si se escancia el ardoroso vino!

Vio el descompuesto continente de su esposa y la chanceó con grosería chabacana:

—¡La reina está celosa! —exclamó con apesetosa voz borracha— Es una bruta. ¡No sabe que soy Baco! Ignora que enseño en apartados antros canciones a las Ninfas, ávidas de oírme. Yo canto las fuentes del vino, los arroyos desbordantes de leche, la de miel que fluye sin agotarse nunca del hueco de los árboles. Yo domeño los ríos, yo amanso los mares, y en los solitarios montes, bañado en el jugo de la viña, recojo con nudos de obedientes víboras los cabellos de las bacantes. Yo soy Baco, ¡pero esta imbécil no lo sabe!

*Canción
de
Baco.*

Así gritaba, y las bacantes rieron y con voces roncadas lo saludaron:

—¡Evohé, Bacche! ¡Io! ¡Io! ¡Evohé, Bacche! ¡Io Bacche! ¡Evohé!

Venganza de Procné. Procné nada respondía. Sirvió la larga mesa y en grandes platonos de labrada plata ofreció tajos de carne bien asada. Escanció el vino fuerte debidamente mezclado con agua tibia. Y mientras todos comían y reían y gritaban, sopló la flauta con el aliento de su boca y le arrancó, en honor del dios, sonos salvajes que enardecían más a los comensales.

Historia de Itylo. —¡Yo tengo un hijo! —gritó Tereo— Por Baco, que el muchacho ha de seguir las huellas de su padre y ser el dios, como soy yo, en vez de estarse todo el día en la cocina con la perra de su madre. ¿Dónde está Itylo? A ver tú, idiota, ¡trae al príncipe!

—¡Mira! —le respondió la reina señalando con la extendida mano la puerta que se abría.

Miró Tereo. Apareció Filomela, pálida como una llama blanca. En las trémulas manos traía la cabeza del hijo de Tereo, el desgraciado Itylo. El cuello era horroroso moño de sangre apenas coagulada.

—Su cuerpo —dijo secamente Procné— es esa misma carne que has comido. ¡Ahora sí, Tereo, que eres Baco! ¿No probaste en el vino que enloquece la sangre de tu hijo? Sangre de sus hijos bebe todo padre incestuoso. ¡Itylo también es Baco! ¡Cuando entres en el infierno el can Cerbero meneará alegremente el rabo y lamerá tus pies con triple lengua!

Metamorfosis. Poseído de incontenible ira alzó Tereo la portentosa espada para matar a las hermanas, pero el dios bajo cuya protección estaban, Baco vengador, hizo que el varón enfurecido errara el golpe, y transformó a Procné

en oscura golondrina y a Filomela en la hembra del do-
liente y dulce ruiseñor.

¿Qué Furias entonces, veneradas diosas implaca-
bles, torturaron a Tereo? La Locura le mordía las sienes,
las Náuseas le revolvían las entrañas, el Horror hacía
muecas dentro de su corazón. Tereo volvió la espada
sobre sí mismo y la hundió honda en su propio vientre.

*Muerte
de
Tereo.*

En redor suyo no dejaban de danzar violentamen-
te las bacantes.

—¡Evohé, Bacche! ¡Io! ¡Io! ¡Evohé, Iacche! ¡Io
Bacche! ¡Evohé! —gritaban dementes mientras lo des-
pedazaban mutilándolo y corrían por la aterrada ciudad,
a la hora cuando el día comenzaba, con el falo del rey
en alto palo.

Supo estas cosas el virtuoso Pandión, en Atenas,
y tan gran pesar tuvo de ellas que, a los cuarenta años
de su ilustre reinado, se apiadaron de él las venerables
Parcas y, como era imposible consolarlo, cortaron el
hilo de su noble vida dándole el don de la muerte que
apacigua todo dolor y acaba toda pena y hace que todo
sea como si no hubiera sido. Y a Pandión lo enterra-
ron en Megara donde antaño se había establecido Lélex
cuando abandonó Egipto, su patria. Lélex había engen-
drado a Clesón, y Clesón a Pylas, y Pylas a Esquironte,
y Pylas había reconocido la soberanía de Pandión sobre
Megara, y Esquironte había tomado por esposa a una
hija bastarda que Pandión tenía, y con ella a su vera rei-
naba en Megara, y esta hija de Pandión le cerró los ojos
al hijo de Erichthonio y levantó las agudas voces del
lamento de los muertos. En la roca bermeja que hay en
Megara, sagrada a Minerva, le dio piadosa sepultura.

*Muerte
de
Pandión.*

Erechtheo. MUERTO Pandión subió al trono de Atenas, la ínclita ciudad amada de Minerva, diosa pródiga de dones, el príncipe Erechtheo de inmarcesible gloria. Entre el rey y la epónima deidad había gran cariño de parte de ella y gran veneración de parte de él. Ella le guiaba en todo y él en todo se dejaba guiar. Y como, aun sin ser guerrero él mismo, sabía gobernar a los guerreros al servicio de la ciudad, ningún pueblo se atrevió a llevarle guerra.

Matanza del primer buey. Fue durante el reinado de este príncipe que, en el lugar que después se llamó el Pritáneo, en Atenas, la ciudad, el matador de bueyes mató el primer buey, en el altar erigido a Júpiter protector de las ciudades, y, dejando cabe la piedra del sacrificio el hacha que había usado, abandonó el país en exilio, y luego fue llamada el hacha a juicio, y juzgada, y absuelta, y en recuerdo de ella repítese cada año la ceremonia institucional. Porque no basta, cuando se trata de una muerte, que lo accesorio esté en inocencia manifiesta, sino que hay que comprobarlo ante tribunal de ley debidamente constituido.

Casó Erechtheo con ilustre doncella, Praxíthea, de hermosa cabellera, de limpio cuello, de arrogante busto, maravillosamente proporcionada en todas sus partes excepto los pies, pues los tenía grandes.

Recato de Praxíthea. Esa era la razón porque la reina era muy de su casa, y nunca salía, temerosa de que fuesen a decir que de trotar por esas calles los pies se le habían vuelto enormes, pues los atenienses eran filosos de lengua más que los demás hombres de la tierra, y a todo defecto físico le buscaban una causa moral a la cual atribuirlo.

A tal extremo llevó la hermosa Praxíthea esta prudencia que la diosa lo tomó a enojo, porque jamás visitaba la reina el sagrado recinto de la divinidad en la cumbre de la Acrópolis.

Creusa y Orythia y Procis y Othonia, divinales las cuatro, hijas de Erechtheo habidas en Praxíthea, no se separaban del lado de su madre. Por causa de ellas tuvo también el mismo enojo la diosa coronada de violetas a quien los atenienses consagraron el Parthenón incomparable.

Edificación primera del Parthenón.

Para aplacar el resentimiento de la diosa y demostrarle la reverencia en que la tiene, Praxíthea dirige ahora a sus hijas en piadosa labor, y las princesas hilan y tejen y bordan un vestido para la divinidad de zarcos ojos. De dos en dos se turnan las doncellas, viviendo, mientras laboran, en reclusión religiosa, llenos sus corazones de sólo la deidad. Al cabo de cinco años han terminado las divinas ropas. Erechtheo entonces instituyó la de la procesión de la Panathenea.

Institución de la Panathenea.

En redor del valle de la ciudad, al amanecer, lucen cúspides rosadas los ilustres montes que la circundan. A lo lejos, hacia el Asia, se extiende el sacrosanto mar, deslumbrador en el sendero del sol, pero azul a uno y otro lado para quien ahora lo mira haciéndose sombra con la mano en la frente. A esta temprana hora del día luminoso la procesión se forma frente al palacio espléndido del rey, donde después construyeron el Erechtheion que todo el mundo admira.

He aquí, montada sobre ruedas, sagrada nave de recto mástil. Del mástil cuelga, en vez de henchida vela, el bordado vestido de la diosa, extendido para que se vea bien. Es de blanca tela, con orlas de color. Lleva



figuradas en la labor de aguja, toda de hilo de oro y de hilo de plata, las hazañas magníficas de los dioses benignos y de los héroes caros a Minerva y de los ciudadanos bienhechores de la ínclita ciudad.

Las taláforas. Las taláforas rodean la sagrada trirreme: son las matronas en quienes maduró fruto de humanidad. Visten de blanco y llevan en las manos ramos de oliva e imágenes de la Victoria hechas de oro. Nada decrépitas, se mueven majestuosamente al tiempo de la estrofa del hermoso himno grave, himno de paz, himno de acción de gracia, que entonan con claras voces hondas.

Detrás de ellas forman los varones esposos que son padres. Miden con solemne firmeza el mismo tiempo que las matronas, en la antiestrofa del himno que les corresponde entonar, respondiendo con acordadas voces a los sentimientos elevados que expresan las matronas.

Ahora siguen los robustos mancebos, primero los atletas, con coronas en la frente o palmas en la mano que ganaron en los célebres juegos. Unos llevan el disco, otros la lanza, otros van en carros de carrera y llevan los músculos de los brazos en tensión, abultados, de retener con riendas el ímpetu de los brillantes caballos nerviosos y potentes. A los atletas siguen los jóvenes armados, jinetes en admirables corceles de guerra, portadores de dardos y de espadas y de escudos relucientes.

Las canéforas. Vienen después las canéforas, las doncellas, con los brazos en alto sosteniendo las cestas de colores en que llevan flores y frutas para los incruentos sacrificios gratos a la diosa. Con los jóvenes, en porfía de estrofa y antiestrofa, cantan alegres cánticos celebrando a la

casta Minerva, y con ágiles pies miden los exquisitos tiempos de las odas corales.

Cierran la procesión los efebos, niños y niñas. Ellos también celebran con apropiadas voces tiernas a la preclara hija de Júpiter que protege la ciudad, ellos también se regocijan con los dones que la divinidad ha hecho a manos llenas a su pueblo.

A la procesión se ha invitado a los forasteros. A su paso por Atenas o durante su residencia en la divinal ciudad, le son deudores de gratitud a Minerva. Aquellas doncellas de sandalias rojas tejidas en petatillo y que dejan ver la blancura del pie, son tebanas. Ésas de cabellos trenzados, son de Esparta. Pero las más hermosas no son las que visten el kimbericon diáfano que les llega a las rodillas y en honor de la diosa se coronan de violetas y que vinieron de Lesbos, ni las que se hacen nudos el cabello sobre la nuca al igual que las lacedemonias, llegadas de Melos, ni las de piel bronceada, que son de Libya, ni las de vestes rojas y gualdas, que son orientales, de Frigia: las doncellas más bellas son las atenienses. Con alfiler en forma de saltamontes se han abrochado la cinta con que se atan los cabellos. Y unas son de cabellera de oro y sobre la frente lucen la *pequeña antorcha*, el rizo luminoso de su coquetería, y tienen el cutis de pétalo de rosa. Y otras son de cabellera oscura y sus rostros tienen la blancura mate de la olorosa magnolia.

Así va la procesión magnífica que Erechtheo instituyó. Hasta los dioses eternos que moran en el Olimpo se asoman desde lo alto a mirarla pasar y escuchan con agrado oído los luminosos cantos, y el son que hacen los músicos con el barmos y el sarbitos bien

acompañados y con el magadis y los triángulos y los sambucas que llevan y traen y enlazan y entrelazan melodías.

Sintiose honrada la clemente Minerva, y ratificó sus bendiciones a la ciudad que ella había fundado. En paz reinó Erechtheo, sin temor de sus vecinos ni de las hordas de las tierras del mar, gracias a su ecuaníme disposición para la guerra y su dedicación a la justicia. Rica se hizo Atenas la bien construida. Su fama se extendió sobre la tierra. Y cuando Erechtheo murió le sucedió su hijo, Cécrope II, que fue el padre de Egeo, el renombrado rey, quien a su vez fue el padre de Teseo, último rey de Atenas.

*Últimos
reyes.*

Y ahora, oh diosa, he de entonar en tu loor un canto, porque me brota del alma al recordarte honrada en la procesión magnífica.

HIMNO A MINERVA

MINERVA, oh, que guardas las ciudades: eres terrible. Con Marte amas las proezas de guerra, el asedio y el saqueo de los poblados enemigos, el clamor de las batallas, y el temblor de terror de los brazos y de las piernas de los guerreros broncos. ¡Salvadora de los ejércitos cuando van y cuando vuelven de la pelea, séame dado siempre vivir donde tú velas, bajo régimen de leyes, pues por duras que éstas sean peor es la condición de las ciudades donde ninguna ley es respetada!

*Elogio de
las leyes.*

ESTROFA

En el mundo, oh diosa, infinitas son las maravillas, pero nada verán tus ojos, cuanto miren, más portentoso que el hombre. Cede a las proas de sus barcas

*Elogio
del
hombre.*

el véneo mar que las tempestades vuelven gris bajo el oscuro cielo: las altas olas lo elevan y lo bajan llevándolo graciosamente sobre sus combos lomos liquidados. Y la tierra, inagotable y santa, muestra en su faz —labor de muchos años— los surcos que hace el hombre dirigiendo el arado que fuertes toros tiran.

ANTIESTROFA

Los pájaros, de ligeros huesos, y las pequeñas bestias que al menor amago huyen a esconderse, los peces ondulados en sus movimientos, de escamas que brillan en las aguas oscuras, a todos los coge el hombre en las redes que teje. No hay fieras que él no dome: el león rugidor en los alcores, el caballo salvaje en cuyas crines lanza alaridos el viento, él los domeña. El yugo de romo filo que él les impone hace bajar el testuz alto de los toros enteros.

ESTROFA

Se vale de palabras: usa, mejor que garras y colmillos y que todas las armas, sutil el pensamiento. Organiza el Estado que es el más seguro escudo de los hombres. Contiene la furia de los ríos y los unce para regar los campos. Hace virar el curso de las lanzas de la nieve, los dardos de la lluvia cruel. Hace romperse el viento contra los muros que le dan abrigo. Sólo de un soplo no sabe guarecerse: ¡El del viento postrero de la muerte!

Elogio de la mente.

ANTIESTROFA

¡Oh clara inteligencia, fuerza que todo mide y a la que nada pone límite: destino exclusivo del hombre, capaz del bien pero capaz del mal! Cuando se guardan las leyes con lealtad, no bajo constreñimiento de

la fuerza que uno solo ejerce, hermosas se alzan sobre firmes cimientos las ciudades. Pero si se desprecia a la Ley, ¡guay de la Ciudad! Jamás hallen los anárquicos abrigos cabe el fuego de mi hogar, ni se diga jamás que sus pensamientos son los míos.

ESTROFA

Duro es llegar a hombría digna, con las manos y los pies y el corazón juntamente a plomo y a nivel. Quién no es malo, quién no es perverso consumado, y sabe sobre cuál derecho se funda la Ciudad, es hombre idóneo: no será yo quien le halle falta. Y puesto que la generación de los necios es infinita, todo, digo, es bello y justo con tal de que no se mezcle con lo ruin.

Mesura en el juicio.

ANTIESTROFA

El proverbio de Píttacos no se ajusta a la armonía. No rima bien, aunque sea de sabio, decir que el haber excelencia es difícil, no imposible. Yo sé que sólo un dios tiene ese privilegio. El hombre, azotado por una suerte irremisible, por fuerza ha de ser malo. Sí, sea quien fuere, a menos que lo apadrine la fortuna carga con maldad. Sólo son superiores aquellos a quienes los dioses aman.

EPODO

Por eso no busco lo imposible, no despilfarro el término contado de mi vida vanamente empeñado en una esperanza impracticable: la de una impecable humanidad. A ese estado y condición no llegan quienes han de arrancarle el pan a la anchurosa tierra para mantener la vida. Cuando se descubra la perfección humana, lo diré. Entre tanto, amo y rindo honor a todo



aquel que no desea estancarse en la bajeza, ya que ni los dioses mismos pueden oponerse a la necesidad.

Este himno es en tu elogio, Minerva, oh diosa gloriosa de brillantes ojos, firme de corazón, virgen pura, guardiana de ciudades y de las leyes justas, tritogenia valiente que de la testa terrible del sabio Júpiter saliste armada para la guerra con armas de oro: al verte se estremecieron de asombro los dioses, y los fundamentos del Olimpo temblaron cuando primero sacudiste la larga lanza de perfecta vara, y las aguas del mar se arremolinaron negramente. El hijo de Hyperión acertó las largas riendas a los corceles de la luz y los contuvo, encabritados, hasta que tú te despojaste los hombros inmortales de la armadura terrorífica. Júpiter se llenó de alegría, y yo te canto jubilosamente, oh portadora de la égida, y otros cantos cantaré también. ¡Cobija, diosa, con tu manto de paz la tierra que en mi exilio me dio hogar y trabajo y honores ganados limpiamente: véate siempre al lado de su príncipe, tu mano en todas las cosas de gobierno, y aparta de mí el goce ruin de quienes le descubren y publican defectos!

Plegaria.

LIBRO TERCERO

Las Hijas de Erechtheo o Segundo Tratado del Amor

LAS HIJAS de Erechtheo, rey de Atenas, llenan con su fama bellos poemas.

Otonia. Othonia, la mayor, de sonrosados brazos y mejillas brillantes, como la canta Safo, dedicó su doncellerz a la diosa y halló dicha invariable en la contemplación perpetua y en el servicio constante de la divinidad, en el templo que el rey, su padre, hizo construir.

Graciosa en recibir las ofrendas que de cerca y de lejos los mortales consagraban a la deidad benigna, diestra en oficiar en los solemnes sacrificios incruentos que Cécrope había instituido, hacendosa y solícita en administrar los bienes terrenales de la rica portadora de la égida gorgónea, vivió Othonia venerada casi como la diosa misma, pues se impregnan de numen quienes como ella se dedican a servir lo divino, de igual modo como huele el carpintero a las maderas que trabaja y el hacedor de ungüentos olorosos a las flores que sus manos exprimen.

Creusa. A CREUSA la amó Apolo, el Citareda, y despertó en ella dulces sentimientos con el son de la lira y con el

brillo incomparable de su cabellera que hace luminoso el día. De la amistad de Apolo se preciaba la sentimental doncella y aun llegó a desear que sus relaciones con el dios cobraran más calor. En suma, Creusa quería ser amada y amar, con amor etéreo, libre de sujeción carnal, ajeno a todo excepto lo que es propio y exclusivo del espíritu, y entre ella y su inmortal amigo se estableció una confianza ilimitada. Contábanse sus secretos, decíanse sus anhelos, él la embelesaba con relatos de sus viajes que es cosa que siempre excita a las doncellas. Pero lo grave fue que ella acudía presurosa a donde él le daba cita.

Valiéndose de eso, un anochecer, al terminar su radiante carrera de los términos de la aurora a los de la estrellada noche a lo largo del vasto campo azul de los eternos cielos, Apolo, en vez de dirigir el vuelo de sus corceles ardorosos hacia el Olimpo ilustre o hacia el dulce Parnaso, donde tenía su morada especial, o hacia Delfos, de desfiladeros hermosos de verdura, donde quiso tener su principal oráculo, en vulgar caballeriza los desunció del carro espléndido y con ramos de laurel los cubrió, tanto para ocultar el brillo de ellos, cegador, como para que no fuesen a resfriarse con terrestre rocío. Una vez atendidos los corceles inmortales, Apolo se dirigió sigilosamente a Atenas y esa noche escondió su bella faz radiante en el seno de la ínclita doncella y aspiró el divinal aroma de su limpia carne virginal, en la cueva adonde la había citado, ancho regazo de roca a la que llaman Macra, detrás de la Acrópolis sagrada, frente a la piedra que es morada de Pan, vecina de los floridos prados que las Gracias huellan con sus desnudos pies danzantes. Pero una vez que fue violada, a Creusa le sobrevino dolor por la amistad perdida y

*La cueva
Macra.*

Apolo probó la dulzura de la boca de la linda princesa mezclada con el salado sabor de las lágrimas, y no hallando esa delicia de su agrado, esperó impaciente que la hora del alba le llamase con el revoloteo de alas de los pájaros del mundo.

Violencia de Apolo. Creusa no se había dado a él de grado. Había querido alargar infinitamente los preliminares del gozo —las súplicas, las negativas, las promesas, las caricias de labios, el manoseo, en fin—, pero el dios, con violencia irresistible, la había tumbado al suelo, porque, de índole generalmente calmosa, era fuertemente irrazonable, sin embargo, la pasión que ardía en él una vez encendida.

En vano gritó Creusa llamando ayuda. Nadie la oyó. Violada volvió al amanecer al palacio de su padre y se sumió en secreta angustia. Bordaba, y se le enmarañaban los hilos. Sus hermanas le decían:

—¡Caramba, Creusa! Bordas peor cada día. Ni cuando eras chiquilla lo hacías tan mal.

Las lágrimas, entonces, le inundaban los bellos ojos glaucos, semejantes a los ojos de la diosa.

—Tan ridícula que te pones —volvían a decirle las hermanas—. ¡Ya a ti no se te puede dirigir palabra!

Y se enfadaban con ella, ignorantes del sufrimiento que la torturaba.

Nacimiento de Ión. Llegada su hora sintió Creusa los primeros dolores del alumbramiento, y luego como si se rajase de caderas, y creyéndose morir, se dirigió, corriendo en los intervalos entre dolor y dolor, a la cueva donde el dios la había poseído. Allí se echó, dispuesta a respirar el último aliento. Pero no murió Creusa.

Era fuerte, mucho más que lo son las mujeres de hoy día, y se levantó después del parto en cuanto sintió que le cesaba la hemorragia, y después de enterrar la placenta envolvió a la criatura en tres lienzos que ella había bordado. En un lienzo, teñido en la tinta de la madera de oro de los escitas, los bordes eran como sierpes y el centro representaba la cabeza de la Gorgona en hilo de plata, paño hecho a semejanza de la égida para que la diosa que ampara a los atenienses velase por este pobre niño de sangre real y divina. El segundo trapo tenía, bordados en hilo de oro, dos dragones, símbolo con que las madres griegas creían apartar los males de la envidia que tan funestos son contra los de tierna edad. Finalmente, el tercer paño estaba adornado con la lira de siete cuerdas y con la corona de laurel, para que Apolo supiese que éste era hijo suyo y no de varón mortal ni de otro dios.

Una vez que hubo envuelto a la criatura, Creusa se hizo sorda al llanto lastimero del recién nacido, tan fuerte era la desesperación que la poseía, y lo expuso a la entrada de la cueva. Aun no alboreaba cuando volvió al palacio de su padre, escondidamente, antes de que se hubiese notado su ausencia de tres horas. *Íon expósito.*

Pero en cuanto fue de día vio Apolo a su hijo, y dando voces llamó a su lado a Mercurio. Voló el alado dios a la vera del de cabellos de oro y dijo:

—¿Qué me quieres, Febeo?

—Hermano —respondió éste—, mi carrera no impide que, mirando hacia la tierra, vea con claridad todo detalle. He aquí, pues, que a la entrada de la cueva que los atenienses llaman Macra, detrás de la Acrópolis sagrada de Minerva y cara a todos nosotros los demás *Angustia de padre.*



inmortales, he divisado, envuelto en paños bordados, a un niño que yo engendré. Ruégote, por el cariño que un dios debe a otro dios, y un hermano a otro hermano, que sin tardanza vuelas y lo recojas y lo lledes a mi templo de Delfos donde es mi voluntad que sea criado y se acostumbre a mi servicio. Curioso eres, oh Mercurio. Nadie te aventaja en eso. Pero esta vez refrénate de indagar acerca de este niño, no sea que, oh fecundo nieto de Atlas, mientras preguntas y te responda hasta que me hayas arrancado el secreto que deseas saber, algún lobo lo arrebatte y haga de él bocado para sus lobeznos en alguna cueva del Lycabeto, o águila lo levante entre sus potentes garras para despedazarlo y dar de comer a sus aguiluchos de largo pico, anidados en alta roca del Par-nés, o que hormigas lo cieguen, o que lamias de cuerpo de culebra y rostro de mujer me le chupen la sangre en la secada cuenca del Eridano. ¡Corre, vuela!

Dijo, y Mercurio depuso la natural curiosidad que le agujonea la lengua y sin tardarse en preguntar, ni siquiera en formularse conjeturas, hizo al instante lo que Apolo le había rogado hacer.

Femónoe.

En Delfos, al amanecer, la pythia Femónoe, sacerdotisa del oráculo apolíneo, se aprestó ese día, ella en persona, a abrir las pesadas puertas de bronce del sagrado templo. Entre las columnas del pórtico halló al expósito. Grande fue su indignación.

—¿Qué ninfa incestuosa —decía— habrá tenido semejante audacia? Grande será la cólera del Flechador, de que así se profane su sagrario.

Pero mientras hablaba dobló la rodilla en tierra la sagrada virgen, y tomó en brazos al niño que le miró en los ojos y sonrió. Quiso entonces el dios enternecerle

las entrañas virginales a Femónoe y le infundió tal cariño por aquella desvalida humanidad que, no sin dejar de renegar, refunfuñar y rezongar, porque en alguna forma tenía que desahogar su emoción de mujer, Femónoe tomó a su cuidado a la criatura de Creusa y con las frutas y dádivas del templo la crio con gran amor.

Creusa, entretanto, presa de fuerte congoja, permaneció en cama muchos días, con fiebre que la hacía olvidar todo y la volvía a la infancia en arranques de delirio. Sana al fin, sintió entre sus brazos un vacío insoportable. Corrió a la cueva donde había dejado expuesto a su niño y buscó por todos los alrededores y preguntó a toda suerte de gentes si no sabían de algún recién nacido.

Remordimiento de madre.

Cuando oía decir que en tal o cual paraje había nene que estaban criando, llegaba ansiosa y lo tomaba en brazos, aunque fuera de baja condición, y lo miraba hondamente en silencio. Se convencía de que no era el suyo, lo devolvía a la madre apresuradamente, y se soltaba en llanto.

Nadie sabía su desdicha sino sólo Apolo esplendoroso, porque ni Ilithya la asistió en su agonía solitaria. Creyeron, pues, sus familiares, que si tomaba estado y tenía hijo propio Creusa sería feliz, y ella, para no provocar sospechas, aceptó casarse con Xuthus, hijo de Heleno y nieto de Deucalión atlántida.

Casamiento de Creusa.

Es de saber que, además de Anfyción, Pyrrha de cabellos rojos, hija de Epimeteo y Pandora la desdichada, le había dado al atlántida hijo de Prometeo este otro vástago, Heleno. Y Heleno había obtenido de Júpiter soberano el trono de Phthía, y en Orseida, la reina, había

Heleno y sus hijos.



engendrado primero a Eolo, luego a Doro, y por último a Xuthus, el menor de los tres hermanos epónimos.

*Los
dialectos
griegos.*

Fue Heleno maestro insigne de todos los griegos, en honor de quien se les llamó helenos a todos, por lo que hubo quienes lo tenían por hijo de Júpiter. Pero sus propios hijos, por más que hablasen todos la misma lengua, tenían cada uno su manera especial de pronunciar las voces y originaron los dialectos griegos y la diversidad de estilos, a saber, el eolio abundoso en *ées* y en *ies*, el dorio rico en el sonido de la *a*, y el tercero el jonio, que era el dialecto más noble, de Ión este último pero en honor de Xuthus, como veremos.

Porque habiéndose declarado tempestad guerra entre los atenienses y los calcóntidas que habitaban la tierra eubéica, Xuthus acayano abrazó el partido de Atenas y dio fin con su lanza a esta lucha, pues era semejante al relámpago en la negrura de las matanzas de hombres, y en recompensa le fue dada Creusa a quien creyó doncella. Virginal probó el príncipe a la que ya había sido madre, porque los hombres no hallan huella de violación que haya hecho un dios sino que, a las que una deidad ha poseído, se les realza la belleza de virgen, y Xuthus se enternecía mirándola llorar cada vez que ella veía a niño en pañales. Inspirado por el propio Apolo, Xuthus determinó ocurrir con su mujer al oráculo del dios.

*Delfos,
centro
del
mundo.*

Delfos, en la Fócida, sito en hondonada, entre las rocas brillantes de la sierra que culmina en el Parnaso y los alcores, por el otro lado, que rodean el pie del monte Cirfis, es sin duda el ombligo del mundo, distante igualmente del uno y del otro confín de la redonda tierra que habitan los mortales, como Júpiter soberano

lo comprobó una vez cuando discutían este punto los dioses que tienen resplandecientes moradas en el Olimpo coronado de nubes. Tomó Júpiter dos palomas de iguales pesos y largura de alas y ordenó que a un mismo instante se las soltara de uno y otro borde del mundo. Las palomas volaron en vuelo recto, porque ningún viento les torció el derrotero ni distracción alguna las descarrió, y se encontraron en Delfos, y en las aguas purísimas del Pleisto, que allí corre, calmaron su sed después de largo vuelo.

Aquí los piadosos griegos erigieron templo a Apolo y allí el dios profetizaba, porque en este sitio casualmente cayó y pudriose la serpiente Pythón que, cuando él iba a nacer, en el monte Cynthos, en Delos sacratísima, la más pequeña de las islas Cíclades, Juno, la celosa, azuzó para que lo devorase a él junto con su hermana Diana, engendrados ambos en Letona divina por Júpiter, protector de los hogares.

*La sierpe
Pythón.*

Furiosa estaba Juno ojibovina cuando soltó contra las criaturas el ponzoñoso reptil. Las sirvientas huyeron despavoridas. Letona misma se desmayó de horror. Diana pequeñita gritó asustada. Pero Apolo, impertérrito, tierno aunque estaba, tomó entre sus manos el cuello de la horrible serpiente y la estranguló. ¡Cómo se retorció el largo cuerpo frío, de ásperas escamas! La arrojó entonces el dios niño y con tal fuerza que fue a caer en el centro del mundo, y allí, en Delfos, en honor de esta primera victoria suya, el Citareda instituyó más tarde nobles juegos.

Pero antes de iniciarse esta institución sucedió un día que un sencillo pastor de cabras llevó su rebaño a pacer al pie del Parnaso, hacia el suroeste del valle de

*La fuente
Castalia.*

Delfos, cerca de la fuente Castalia cuyas aguas, más brillantes que el cristal, tienen fama de hacer poeta a quien las bebe. Y en este valle había poza desconocida, de la que salía a veces un humo amarillento. Se acercaron a esa poza las cabras del rebaño y todo fue que aspiraran aquel aire cálido para que se exaltaran y con brincos rarísimos y danzas locas demostrasen que estaban poseídas. Acercose entonces el simple pastor, por indagar acerca de aquel fenómeno extraño, y él también se retorció, y saltó y gritó vaticinando.

*La cueva
Corycia.* Se divulgó el suceso y llamaron Corycia a aquella cueva porque les parecía tener la forma de un casco de guerrero, y allí se erigió a Apolo riquísimo templo. Al borde de la poza inspiradora se colocó trípode de bronce, que Hércules donó, y en el trípode se instaló a la virgen Femóneo, la primera pythonisa, que es decir, heredera de la sabiduría de la sierpe, consagrada al dios para pronunciar sus profecías. De toda Grecia llegaban, caminantes a consultar este oráculo, piadosos príncipes portadores de riquísimos presentes.

Allí se crió Ión, ignorante de quiénes pudieran ser sus padres. Con ramas de laurel barría las losas del templo, con agua de la Castalia fuente lustraba los altares sacrosantos.

Ahora llegaron Creusa y Xuthus para preguntar si el dios que profetiza desde el trípode rodeado de danzas les permitiría no morir sin descendencia. A Creusa la acompañaba, en su séquito, un viejo servidor, ciudadano de Atenas.

Entró solo Xuthus a la misteriosa cueva de la poza. La pythia recibió los valiosos regalos del príncipe, y después de haberse purificado en secreto, lustrándose

con aguas que las Musas habían refrescado bañándose allí ellas mismas, Femóneo mascó hoja de laurel, sagrada a Apolo, y se sentó hierática en el trípode de bronce para recibir la inspiración del dios.

La envolvió amarilla nube, y, aspirándola, Femóneo fue poniéndose rígida. Se le desorbitaron los ojos. Se le erizaron los lacios cabellos. Se le apretaron las quijadas y con voz entrecortada y ronca habló, significándole a Xuthus espantado que ya era padre de mancebo y que al primero que hallase al salir de aquella cueva lo abrazase y lo llamara hijo.

*Femóneo
poseída.*

—¿Padre yo? —se dijo Xuthus, y pensó que no él sino Creusa era la estéril, lo que le dio alegría porque los hombres se entristecen cuando son o se creen impotentes para procrear, por más que esto sea suerte común de los guerreros. Recordó entonces el príncipe que en bacanal para celebrar victoria sobre los calcón-tidas, poseído del dios, ebrio del frenesí de Baco, se había abrazado con bacante sobre la tierra dura. Debajo del cuerpo de ella se había reblandecido milagrosamente el suelo. Claramente recordaba esto Xuthus, pero no quién pudiera haber sido aquella ménada.

Salió de la cueva donde la respiración ya se le hacía fatigosa y al salir tropezó con el joven criado en el templo, a quien abrazó lleno de júbilo y saludó llamándolo hijo, declarándole la palabra del dios.

Oyó Creusa aquella maravilla, y toda la vieja amargura de su vida se le vino de golpe al corazón. ¡Qué cruel, pensaba, era con ella el dios! Sin duda Apolo había permitido que fieras devorasen a su hijo, y ahora, para colmo de insulto, le devolvía a Xuthus el vástago bastardo habido en quién sabe qué deshonestas

*Amargura
de
Creusa.*



mujerzuela vulgar. Pero no advirtió Xuthus, tan grande era su alegría, el descompuesto rostro de su mujer, sino que sólo para el mancebo tenía ojos.

—Te llamarás Ión —le dijo—, que vale decir “el encontrado”. Y ahora conviene que celebremos magníficamente la dicha de encontrarte. Base firme de gran felicidad es para los mortales una juventud floreciente que resplandezca en las moradas paternas y haya de recibir y transmitir a otros hijos las riquezas hereditarias, porque la descendencia es un recurso en la adversidad, alegría en la buena fortuna, y la salvación de la patria cuando sobreviene la guerra. Corre, pues, hijo, mi hijo, y prepara tienda espléndida en el valle sagrado, e invita a toda la población cara a Apolo a suntuosa fiesta, en deber de amistad.

No menos feliz que Xuthus se sentía el mozalbete gallardo, pero piadoso que era:

—Déjame primero —dijo—, que llore recordando a mi madre. ¡Ay, cuándo la hallaré, cuándo la abrazaré, cuándo la veré siquiera para besar la orla de su manto!

Así lloró Ión, y Creusa quiso consolarlo, conmovida, sintiendo por el joven misteriosa simpatía, pero el anciano servidor que la acompañaba la aconsejaba mal y le decía en secreto que convenía más bien dar muerte allí mismo a ese intruso, pues el anciano era ateniense autóctono y como tal nada amigo de ver vástagos de sangre extranjera criarse en el palacio de Atenas y enseñorearse sobre los ciudadanos.

—¡Si va a Atenas —decía—, por la *xeniar graphé* que lo haré mi esclavo! —que así juraba el pueblo.

Urdieron, pues, la hija de Erechtheo y el viejo sirviente, manera de envenenar a Ión durante la fiesta que daba Xuthus para celebrar su encuentro, pero Apolo impidió el crimen. Manifestose en compañía de Minerva, protectora de Atenas, y de Mercurio, salvador de Ión, y le declaró a Creusa, a espaldas del marido, la solicitud paternal con que siempre había velado por su hijo, colmando así de dicha a la hasta entonces desventurada madre.

Apolo se vindica.

Ni supo nada de esto el piadoso Xuthus, pues los secretos de los dioses no se revelan indiscretamente. Los saben y los guardan sólo aquellos a quienes convienen y los que gozan de favor divino extraordinario. Como a hijo propio engendrado en santa locura báquica tuvo Xuthus a Ión todos los días de su vida, y cuatro hijos de Ión, procedentes de una raza única, dieron sus nombres a las tribus de los pueblos que habitaron la roca de Minerva, y el primero fue Teleón, y la segunda tribu fue la de Hópler, luego la de Argades, y la cuarta la de Egícaro, llamado así en recuerdo del nombre de la égida, y en tiempo oportuno los de estas tribus poblaron las islas Cíclades, y las costas marítimas, y las ciudades que fueron baluarte de la tierra de Minerva, y habitaron las llanuras opuestas de los dos continentes, Asia y Europa, y de ellos aprendieron muchos pueblos la manera de hablar y de escribir, en lenguaje noble, y para honrar en Ión su hijo, a Xuthus, ilustre abuelo, se llamaron jonios estos pueblos y tuvieron muchas ciudades en Grecia y al otro lado del mar y miraban a Atenas como la principal de todas sus ciudades.

Las tribus atenienses.

Los jonios.

Eran estos jonios imaginativos, vivaces, amigos de navegar, creadores de poesía y de las demás artes,



grandes conservadores, hábiles en razonar y convencer mediante palabras bien hiladas y aventurados para pensar, de modo que lograron con el solo pensamiento lo que burdamente habían intentado los Titanes en vano, escalar las alturas del Cielo y hacerse iguales a los dioses.

Los dorios. Los dorios, en cambio, eran sin fantasía, cuerdos hasta la locura, porque hay una suerte de insania que es exceso de cordura. Secos de mollera, apegados a pocas letras, orgullosos de resistir en su carne las inclemencias de la naturaleza, pero fuertes para pelear y amantes de las danzas corales, a Esparta llamaban ciudad madre y la Laconia fue su patria, pero se extendieron por Creta, Cos y Rodas, por Milo, la Lócrida, la Fócida y Espiro, y en la costa asiática.

Los eolios. Dorios y jonios se dividieron la Grecia entre sí, haciendo a un lado a los eolios, admirables músicos cantores y líricos que más bien formaban con los jonios así en Eolia como en Lesbos, allende el mar, y en Tesalia y Beocia, en la península. Con el tiempo la rivalidad funesta entre Esparta y Atenas, cuando los dioses se borran en el alma de los hombres, destruyó la belleza que fue Grecia.

Pero ahora he de cantar al juntador de pueblos, hijo de Júpiter, radiante como el sol en toda la sacrosanta región del Mar Egeo. Tú, Musa de Homérico, sé mi guía.

HIMNO A APOLO DELIO

Apolo en el Olimpo. **NO OLVIDARÉ, jamás a quien de lejos lanza el dardo o la flecha. Cuando llega a la casa de Júpiter, a su vista tiemblan los dioses mismos: se levantan de**

su asiento de oro cuando él se acerca y dobla el arco relumbrante.

Sólo Letona no se inmota, recostada al lado del padre a quien deleita el trueno. Con dulce voz llama ella a Apolo, su hijo, y le toma el arco y suelta la cuerda que amarran las empulgaderas, y le quita el carcaj y lo tapa. De los fuertes hombros le desata el arnés de arquero, y con sus manos radiantes cuelga todo esto de un pilar de la casa del padre. Y a Apolo lo hace sentarse entre el padre y ella.

Júpiter entonces, jubiloso, tiende al bienamado dios que él engendró la copa de oro rebosante de néctar, y los demás dioses se sientan en derredor de la familia a quien el amor estrecha en vínculos sagrados. Y tú, Letona, diosa y reina, te llenas de alegría por haber llevado en tus entrañas criaturas tan hermosas, a Apolo el señor, y a Diana la doncella. A ésta diste a luz en Ortygia, y a él en la rocosa Delos, yacente sobre la ladera de la loma cynthiana, abrazada a una palmera cabe la corriente del Inopo de tibias aguas.

¿Cómo, pues, he de cantarte, oh dios que en todo eres digno de canto? Porque dondequiera que alcanzan tus cantares tienes gloria, así en la tierra firme que cría fuertes toros para el amor de las vaquillas como en las islas que rodean las salobres aguas rumorosas. Son también tu deleite las cimas de los promontorios y de los alcores altos, de donde fluyen ríos que van a dar a la mar. Te encantan las anchas playas arenosas y las radas que sosiegan a las olas. Di, pues, si he de cantar cómo Letona te dio a luz, para júbilo del mundo, recostada en la falda del Cynthos, en esa isla rocosa, Delfos, rodeada del Egeo alzado esa vez en altas olas oscuras

Invocación a Apolo.

movidas por sibilantes vientos, y cómo allí viniste para reinar sobre los hombres.

Letona errante. Llevándote en sus entrañas enriquecidas anduvo la grávida Letona errante entre los que viven en Creta y los que pueblan la ciudad de Atenas, y los de la isla Egina y de la isla Eubea famosa por sus arcos, y en Aegæ y Eiresiæ y Peparethos cercana al mar, y en Athos de Tracia y en las cumbres del Pelión y en la traciana Samos, y en las colinas umbrosas del Ida, en Scyros y Focea y el alto monte de Autocane y la lejana Imbros, y en Lemnos ardiente y en la rica Lesbos donde Macaro hijo de Eolo tiene su morada, y en Quíos que es la más hermosa de las islas que se alzan de la hondura del mar, y en la escabrosa Mimas y en la elevada tierra de Corycos y en la brillante Claros y en el empinado alcor de Æsagea, y en Mileto y en Cos y en la ciudad de los meropes, y en la montosa Mycale de filosas cumbres, y en la preciosa Cnido y en la isla de Cárpathos que azotan vientos incesantes, y en Naxos y en Paros de brillante mármol y en la rocosa Rhenæ: todo por ver si en parte alguna dábanle donde echarse de espaldas y dar a luz al hijo que llevaba en el vientre, tú, Apolo, que de lejos lanzas dardo y flecha.

Pero en todas partes poseía un temblor de amedrentamiento a los hombres, hasta a los más ricos, hasta a los más fuertes. Ninguno quiso recibir a la grávida Letona, hasta que ella puso pies en Delos y habló palabras aladas diciéndole a la isla:

Invitación a Delos. —Delos, si tú quisieras serías el hogar nativo de mi hijo, Apolo Febeo, y le levantarías un riquísimo templo. Nadie podrá disputártelo. De otra suerte, ¡quién querrá venir aquí jamás, ya que nunca serás rica en bueyes y

ovejas, ni en viñedos ni en siembras que dan riqueza. Pero si tienes un templo en honor de Apolo arquero, de todas partes vendrán los hombres a tus playas: vendrán de Atenas, y de Tebas beocia, vendrán de Argos y de Esparta, y de todas las islas, trayéndote hecatombes. En tu seno se juntarán multitudes, y de ti se alzará incesantemente el rico olor de los sacrificios abundantes. A tus hijos los alimentarás opíparamente con lo que de sus manos te den los que a ti lleguen, extraños de infinidad de orígenes. Porque en verdad, tu suelo es pobre.

Así habló Letona, y Delos se regocijó de oírla y respondió diciéndole:

—Oh Letona, hija gloriosa del gran Cæus, de buena gana y con celebraciones recibiría a tu hijo, el Flechador que de lejos lanzará el dardo y la flecha, porque de en verdad los hombres no me alaban, más la posesión de un templo erigido a ese dios tan poderoso que has de dar a luz me honraría grandemente. Pero esto va de boca en boca, oh Letona, y no te lo he de ocultar: que Apolo será altanero y querrá enseñorearse sobre los otros dioses y sobre los hombres que habitan en la fecunda tierra. Temo que al abrir los ojos a la luz del sol despreciará esta isla y llegará a negarla. Ello me inquieta el corazón y el espíritu. Pues en verdad no soy bella, mi suelo es rocoso, está desnudo, y Apolo querrá hundirme en las profundidades del mar, humillándome bajo sus pies, avergonzado de mí. Entonces por encima de mi mayor altura se revolverán las aguas del océano, y él, abandonándome, se irá a otra tierra más de su agrado, digna de su gloria, donde hará que le erijan templo augusto y le consagren hermosos bosques. Pero en mí, lamosa entonces, los animales del mar, de muchos brazos, harán su guarida junto con las focas negras

*Respuesta
de la
Isla.*

que hablan con espantosos alaridos, viendo que nadie humano podrá habitarme. Pero si te atrevieses a jurar gran juramento, oh diosa, que él en mí primeramente construirá un glorioso templo que sea oráculo para los hombres; contenta quedaré de que después donde mejor le plazca haga que los hombres le erijan santuarios de columnas y le consagren verdes bosques, porque de seguro será grandemente honrado en todas partes.

Así dijo Delos, la isla, hablando palabras hermosas. Y Letona la escuchó y juró el gran juramento de los inmortales del Olimpo, diciendo:

Juramento de Letona.

—Oíd ahora esto, oh Tierra y oh ancho Cielo que la cubres, y tú, oh Estigia que chorreas agua (que éste es el más fuerte juramento de los benditos dioses, el más temible): juro que Febeo, mi hijo que está por nacer, tendrá aquí fragante altar y precioso recinto, y a vosotros os honrará por sobre todas las demás deidades, y nunca habrá vergüenza de haber nacido aquí.

Cuando Letona hubo terminado de pronunciar su juramento Delos se llenó de júbilo por el advenimiento en su suelo de la divinidad que de lejos había de lanzar dardo y flecha. Tú, Apolo arquero. Pero Letona durante nueve días con sus noches sufrió desgarramiento de sus carnes con el tremendo dolor de estar cargada y no poder parir. Y con ella, acompañándola, estaban las principales diosas, Dione y Rhea e Ichnæa y Themis y Anfítrita la de largo gemir y las demás diosas inmortales, excepto sólo Juno de los blancos brazos: entronizada en el palacio imperecedero del Olimpo, desde lejos oía los alaridos de dolor que daba Letona en agonía de incumplido parto. Sólo Ilithya, la diosa que preside ese trance y da alivio a las mujeres en su mayor sufrir,

no oía a la diosa infeliz, porque por acuerdo de Juno poderosa la envolvían brillantes nubes densas en la altura más alta del Olimpo, todo por envidia que la de los ojos grandes como los ojos de los bueyes tenía a causa de Letona de hermosas trenzas que daría a luz un hijo poderoso y sin mácula.

Pero las diosas que acompañaban a Letona, viéndola sufrir, enviaron a Iris de lindos trajes a traer a Ilithya, prometiéndole un hermoso collar tejido de hilos de oro, de nueve cúbitos de largo. Y la grave Minerva dijole cómo debía llamar aparte a la diosa de modo que Juno de los brazos blancos no lo advirtiera, porque en sabiendo de qué trataba podría hallar modo de retenerla. Cuando Iris de veloces pies como los pies de los airosos vientos oyó todo esto, echó carrera. Cubriendo en un instante la distancia, que es inmensa, llegó a la residencia de los dioses en el empinado Olimpo, y de inmediato llamó a Ilithya puertas afuera y le habló palabras aladas diciéndole todo cuanto le habían dicho que dijese las diosas que acompañaban a Letona sufriende. Conmovida Ilithya en su corazón más íntimo, bajó con Iris de los lindos pies y eran las dos en su vuelo como palomas silvestre de alas irisadas.

Y en cuanto Ilithya estuvo al lado de Letona, tomaron su debido curso los dolores de parto que sufría, de modo que con ello hubo la diosa gran alivio, y se abrazó al redondo tronco de una palmera, sobre el suave suelo que reía de júbilo debajo de ella. De pronto saltó a la luz el niño, saliendo de las entrañas de la madre, y todas las diosas dieron un alegre grito. De inmediato, oh gran Apolo, las diosas te lavaron con agua pura y tibia, de asoleado estanque, te envolvieron en ropaje de fina tela nueva y en tu redor ciñeron faja de oro.

Nacimiento de Apolo.



Pero Letona no te dio recién nacido el pecho, sino que Themis echó néctar y ambrosía con sus divinas manos en una copa de oro, y la llevó a tu boca mientras Letona reía de la alegría de haber tenido hijo tan bello. Y tú, oh Apolo de las palmas de oro, tan luego como probaste ese divino alimento te libraste de las ligaduras y de las bandas que te ceñían, y con voz grande dijiste, poniéndote de pie delante de las diosas:

Promesa de Apolo. —La lira y el combo arco para disparar flechas serán siempre amados instrumentos míos, mis insignias, y también declararé a los hombres la voluntad infalible de Júpiter.

Alegria de Delos. Así dijo Febeo, el dios de larga cabellera, y comenzó a pasearse por los ámbitos de la anchurosa tierra surcada de infinitos caminos, y todas las diosas quedaron asombradas. Y entonces se llenó de oro la isla de Delos, por el júbilo de que él la hubiese escogido entre todas las islas para ser su hogar nativo y su morada en la tierra, y Delos brilló como brilla un lindo alcor en primavera cuajado de retoños.

Plegaria. Y este himno que hizo Homero primeramente, para honrarte en Delos, te he cantado, Apolo, para que tú bendigas la tierra donde nací, y pobre, la hagas rica, y poblada de torpezas y mezquindades y envidias como de sierpes venenosas, la limpies de fealdad y la hagas bella, que así y todo nunca la negaré.

Historia de Orithya. DE ORITHYA se dice que tuvo suerte de perfume y de hoja de árbol. Se canta de ella que se la llevó el viento.

Por Orithya se inflamó en amores Bóreas, el primer nacido de los vientos a quienes dio a luz Aurora cuando la poseyó en su doncellez el estrellado Cielo, padre suyo. Rudo es Bóreas y habita en las montañas septentrionales. Se deleita revolviendo las aguas del Egeo, batiéndolas con formidables golpes de sus alas hasta que el véneo mar cambia de color y parece, bajo negros nubarrones y a la luz de relámpagos, pradera ilimitada donde pacieran rebaños infinitos de corderos inquietos que aún no han sido trasquilados. O bien le place ir por tierra, hacer llorar sus hojas a los fresnos, arrancar de raíz olmos y pinos en las hondonadas de los montes. Helado es su aliento y hace tiritar a los hombres y balar y mugir, como si llorasen, a las bestias de los campos. Su música es el aullido de los lobos y el sonido del caracol que ruge cuando lo sopla. Temido es el gran viento. Pero por Orithya se ha amansado.

*El viento
Bóreas.*

Juega la doncella entre doncellas, en el divino valle del Ilisos. Los lindos pies arqueados ni hieren la hierba, que se goza de sentirlos sobre sus delicadas hojas, tan ligera es en todos sus graciosos movimientos. Los finos brazos blancos describen curvas exquisitas en el aire, al arrojar y al recibir la pelota que una sola vez no cae al suelo. Jugando, las doncellas son música visible. Orithya es dulce melodía, sus amigas acordado acompañamiento.

El viento se mezcla en sus juegos. Retozón, se echa sobre el césped para mirarle los divinales tobillos relumbrosos a la hija de Erechtheo. Discreto, apenas si le levanta el borde de la túnica. Contento está sin atreverse a mayores libertades. Pero he aquí que Orithya propone a sus amigas atravesar el sacro río en cuya margen juegan.

El río tiembla de que las doncellas hiendan sus ondas con deliciosas piernas, y se encrespa y avienta en cristalinas gotas sus aguas sensitivas para ver de mojarles, si puede, los inviolados vientres, los pechos intactos, las mejillas en que florecen rosas.

Celoso entonces Bóreas levanta en fornidos brazos a la hija de Erechtheo, bate sus alas poderosas con furia a que el amor lo incita, y de entre el griterío de voces que dan las amigas de Orithya, testigos del rapto, huye a sus montañas de Tracia y se encierra con la preciosa presa en caverna inaccesible, y se vuelve tierno y cálido entre los virginales muslos, sobre los virginales pechos.

Ni se quedó atrás el Ilisos, enardecido hijo del Océano, sino que se alzó en ola y se abrazó a la más bella de las doncellas que jugaban con la hija del rey, y la poseyó totalmente dejándola húmeda y blanca entre rocas que le obstruyeron el paso a la corriente, donde sus familiares la encontraron cuando la ciudad entera supo de estos raptos y salió, llena de pavor, a buscar a las doncellas que se habían perdido.

Redención de Bóreas. Pero a Orithya no la encontraron nunca, y a Bóreas jamás lo perdonaron hasta que él rindió tributo a Atenas y peleó de su lado contra Xerxes cuya flota destruyó soplando con gran fuerza por el promontorio de Sepias, en la difícil costa de la Tesalia abundante en caballos. Entonces los atenienses le erigieron santuario en el valle del Ilisos e instituyeron en su honor la fiesta que llamaron Boreasmos.

PROCRIS, la menor de las cuatro hermanas hijas de Erechtheo, casó con mortal semejante a un dios, con

Céfalo, hijo de Mercurio, el revoltoso dios inventor de engaños, habido en Herse, hija de Cécrope atlántida, y semejante a su abuelo materno más que a su propio padre, y era de genio grave como suelen ser los hijos de padres inverecundos.

*Historia
de
Procris
y Céfalo.*

Llegó el príncipe a Atenas y pidió por esposa a Procris de brillantes mejillas y hermosa cabellera, y dio a Erechtheo ricos dones. El rey se gozó de tener por yerno a tan bello mozo, tan virtuoso y de tan noble sangre, y le dio a la doncella, y por Mercurio obtuvo Céfalo el trono de Deioneo que había sido rey de la Tesalia.

Felices vivían Céfalo y Procris en la Tesalia, tierra rica en caballos. Parecíales a ambos que antes de conocerse y de juntarse jamás habían vivido despiertos sino como quien duerme y sueña inconsecuentes irrealidades que se borran de la memoria al despertar.

Juno los amaba por la fidelidad que el uno al otro se tenían, tan grande, tan perfecta, que ni la sombra de un engaño había turbado jamás la claridad de cristal de la lealtad que se guardaban. Pero a Júpiter, padre de los dioses, le aburría oír los encomios que del ejemplar marido de Procris hacía Juno, en su presencia augusta, con objeto de censurarle a él la conducta. Y hablando un día con Aurora, hija del Cielo, dijo el soberano de los inmortales:

—Paréceme, oh Aurora, que te vuelves corta de vista o que se te enfría el vientre, cálido antaño al grado de provocar a incesto, tan fuertemente encandilaste a Hyperión, tu luminoso padre, pues he aquí que Céfalo el tesaliense ni siquiera te llama la atención.

Solían la diosa de sonrosadas manos y el divino padre de los dioses, juntarse bajo la tienda luminosa

del día y contarse sus aventuras de amor, gozándolas de nuevo al referirlas.

—Hallara yo —continuó Júpiter—, doncella que, como doncella, fuera para mí tan deseable como para ti me parece que lo debiera ser Céfalo, y te aseguro que dios ni hombre ninguno me tacharía de lento ni de inhábil para enamorar.

Y sopló en Céfalo y lo cubrió de divinidad.

*Rapto
de
Céfalo.*

Aurora entonces, volviendo los ojos hacia la tierra maravillosa de la Tesalia, reparó en el bello príncipe. Prendose de él con locura de mujer y no se dio descanso hasta que lo raptó llevándoselo dormido a su mansión en las antesalas del palacio del día, de donde soplan los aires que entreabren a las flores vírgenes para que reciban la fecundadora visita del rocío. Los pájaros del mundo hacen allí música de muchas melodías en armoniosos coros, y por sobre todas las voces se alza y cae en chorro de colores la larga voz de la pequeña alondra.

*Lealtad
de
Céfalo.*

Al son de pájaros despierta Céfalo, sorprendido de no hallarse en su lecho junto a Procris, y en vano son las razones que alega la diosa de anchas alas. Nada le conmueve, nada le tienta, y suspira sólo por su esposa. En balde Aurora lo desnuda y se desnuda ella y se acuesta sobre suavísimo lecho de nubes rosas, al lado de él, y lo abraza y lucha por besarle la boca.

Ora lo monta, ora le queda debajo y procura enroscar las piernas en las piernas de Céfalo. El príncipe, fiel al himeneo que celebró en la tierra —¡oh Hymen, Hymen!—, se niega a la tarea de amor. Así pasan tres días y tres noches. Aurora ha olvidado el oficio que le corresponde en la división del trabajo de los dioses.

Como la cárcel es larga y el prisionero rehúsa comer y languidece, la diosa se declara vencida.

Pero mira —le dice a Céfalo—, ha de pesarte la lealtad conyugal. Demasiado simple me pareces y no habré de retenerte más. Si crees que ella te iguala en ser fiel, atrévete a presentarte a tu mujer en forma de mercader y tiéntala con mercancía de tierras lejanas, con pedrería de lujo y con oro lustroso, y te desengañarás.

Dijo a la diosa riendo risa hiriente, burlona, porque mujer desdeñada es peor que furia y su odio es maldición implacable. Abrió herida la burla en el corazón de Céfalo y ésta fue puerta por la que pudo entrar un celo, semejante a un buitre de filosas uñas, que Júpiter le robó a Juno y lanzó contra el marido perfecto, irritado de su perfección. ¡Ese celo cómo le roía el corazón al príncipe mortal! Así el gusano roe la pulpa de la manzana y le pone orín de hierro.

*Aurora despre-
ciada.*

Los celos.

Hizo Céfalo como la diosa le había dicho y en forma de mercader se presentó en su propio palacio y llamó con voz fingida de acento fenicio. Acudió Faloe, sierva de la fiel esposa Procris.

—¿Esdá la señora? —preguntó Céfalo pronunciado *d* por *t* y dándole a la *s* sonido dental.

Tentación de Procris.

—¿Qué quiere con ella? —replicó Faloe.

—Draigo unas mercancías nunca visdas.

Cerró la puerta la inteligente sierva y al rato regresó.

—Dice la señora —dijo— que gracias, pero que no se le ofrece nada de comprar.

Allí fue el gastar saliva Céfalo para ganarse a Faloe a quien por fin logró convencer de que viera, ella siquiera, los vendibles que traía. Abrió el príncipe disfrazado el gran bulto que cargaba un esclavo egipcio, y sacó chales de la primera luz del día, vestiduras de relumbre del sol en las aguas del mar, capas de recortes del cielo estrellado de la noche. En una caja llevaba peines de oro y marfil, y espejos de azabache pulido y de metal, y ajorcas de nácar, y anillos adornados de relucientes piedras verdes y azules y rojas, esmeraldas, zafiros, rubíes, ópalos, topacios, lapislázulis, granates, malaquita, crisopraso y jade. Traía sandalias de la piel del gamo curtida en colores de plata y púrpura. Enseñó cintas, telas bordadas y encajes, joyas, ropa y aderezos infinitos, como para tentar a las divinas Gracias a renunciar para siempre a su impecable desnudez para vestirse esplendorosamente.

Atónita de lo que había visto, corrió Faloe adonde su señora, y se hizo lenguas. Tanto dijo que picó a Procris la curiosidad, que es por donde son más fáciles de tentar las mujeres, y se presentó la princesa delante de su amantísimo esposo, a quien no reconoció.

Estaba Procris pálida y parecía, más bien que de carne mortal, de marfil antiguo del que se emplea para tallar las imágenes de la diosa ateniense. La tristeza se le volvía miel en la mirada y le daba a los labios un gesto de infinita ternura. Con manos más delicadas que los lirios tocaba las estofas del mercader errante y acariciaba las maravillosas joyas.

—¡Ay! —suspiró— Si estuviera en casa mi marido, algo compraría.

—¿El señor polperá brondo? —preguntó Céfalo.

—No sé —respondió Procris—. Hace días que se levantó a la alborada, sin sentirle yo, y salió, y no ha vuelto.

—¡Dendrá amores bor odra barde!— dijo el fingido fenicio que pronunciaba la *p* como *b*, y viendo que Procris parecía desmayarse al oír tal razón, añadió:

—Algún negocio diene, bero de dodos modos le aconsejo, marchanda, combrarme esdas alhajas y esdas brendas. ¡Cuando él penga, preséndesele delante como una diosa del Olimbo! Yo sé lo que le digo.

Ayudada de Faloe vistió Procris las incomparables ropas que el mercader tan insistentemente le ofrecía, y quedó que podía darle celos a Venus, de tal manera le realizaban la belleza.

—Lástima —exclamó—, que no tenga con qué pagar estas cosas, si no, le compraría.

—Quédate con ellas, quédate con ellas —respondió el mentido mercader, tuteándola—. Cuando du marido penga él bagará. ¡Je je! ¡Los maridos siembre bagan!

—¡Quizá no vuelva nunca! —suspiró Procris. Las lágrimas que le asomaban a los ojos la ponían aún más bella.

Pero el celo le picoteaba fuertemente en el corazón a Céfalo, de modo que acalló el príncipe todo sentimiento de piedad, y dijo:

—No me depuelpas nada. ¡Quédadelo con dodo! Las mujeres como usted, señora, no bagan sino con fapores.

—¡Cómo! Exclamó Procris.

Largo fue el debate. Convenció el falso fenicio a la atolondrada Procris de la no importancia que tenía el que ella engañase una vez a su marido. Los dedos de Procris se enredaban, nerviosos, en los largos collares de orientales perlas. Se apretaba las manos la cuitada y las retorció en agonía de honor. Los diamantes se le hundían en la carne delicada. Parecía de mar la agitación de su alto pecho, y la tela multicolor que la cubría brillaba en infinitos tintes. Todo giró alrededor de ella en algazara de colores y de luces.

—Esda noche, en cuando suba la marea —decía el tentador—, me emparco para mi dierra. ¡Nadie sabrá nada! Ahora, ahora, un aprazo.

—Sea —dijo rendida Procris. Y al instante Céfalos, a quien los mortales celos que tenía, y no la lujuria, le habían puesto espeso el aliento, se dio a reconocer.

Procris
y
Diana.

Fuera de sí de dolor y de vergüenza huyó del palacio de su marido la divinal hija de Erechtheo. Corrió a campo traviesa, subió empinados montes, bajó precipitadas laderas. Por fin se refugió en Eubea, la isla sagrada de Diana que se corona con la luna nueva, hermana del poderoso Apolo.

Como la carrera de la corza que ha oído el ladrido de los mastines y no da reposo a sus ágiles remos sino que huye despavorida y salta obstáculos milagrosamente, así fue la fuga de Procris sobre quien su marido había puesto carga de tentación demasiado pesada para débiles hombros de mujer.

Diana cazadora, comprensiva deidad que lee en la sombra y conoce los corazones, por lo que se conserva

virgen eternamente, sabedora de la inconsecuencia de los dioses y de los hombres, oyó la triple invocación de Procris, intensa como de mujer en los dolores del parto, y, benigna, acogió a la desventurada esposa y la hizo de su séquito brillante y la enseñó a estirar el arco noble y a lanzar el dardo certero y a azuzar a los lebreles y correr tras la caza entre el ruido de cuernos soplados con maestría. Y le dio altos dones: un galgo, llamado Lælaps, que jamás perdía la pista ni erraba la presa, y un venablo que siempre se clavaba en el corazón del blanco.

Procris atendía a la diosa y la obedecía en todo, pero no era feliz. Otra que no fiera de los bosques era la caza que se le había escapado.

En medio a las celebraciones de fin de cacería, cuando los cuernos sonaban alegres y los perros brincaban ladrando y cogían al vuelo la carne que la diosa les echaba, Procris suspiraba, nada contenta, más bien con sensación de vacío en el corazón, lo que advirtió muchas veces la preclara deidad, y así lo dijo, llamándola aparte:

—Considero, oh Procris, tus sentimientos, y aunque bien sé que ni para mí ni para las mías es de provecho la amistad de los hombres, para ti es alma de tu alma y vida de tu vida el amor de Céfalos, irrazonable e imprudente esposo. Mira, pues, si no quieres volver a la Tesalia en forma de mancebo cazador y buscar servicio a su lado, porque él se deleita con la caza. ¡Quiera la fortuna depararte manera de hacerle ver su error!

*Consejo
de
Diana.*

Habló privadamente la diosa con la triste Procris y entre ambas tramaron plan para lograr el arrepentimiento de Céfalos.

Acteón. Gozosa se despidió la divinal hija de Erechtheo de las brillantes ninfas del séquito cazador, cuya desnudez tan caro le costó ver a Acteón a quien por eso la diosa convirtió en ciervo de modo que sus propios perros, desconociéndolo en esa forma insólita, lo despedazaron. Con el venablo y el galgo incomparables volvió Procris a la Tesalia de admirables montañas y allí hizo como la diosa le había aconsejado.

Más que jamás se daba Céfalo, príncipe ilustre, al vocerío y a la barahúnda de la cacería, procurando aturdirse con las accidentadas carreras por los empinados montes, para olvidar su desilusión. El galgo y el venablo de Procris, que disfrazada había entrado a su servicio y a quien él no había reconocido, le llenaron los ojos de admiración y el corazón de deseo de obtenerlos.

Propuso precio, y la diosa que preside la caza y que en todo estaba, por amor que le tenía a Procris le dio a la desventurada esposa maña para lograr venganza que fuera lección más que castigo.

Tentación de Céfalo. —Por tal y cual deshonrosa acción —le dijo Procris a Céfalo, mencionando el acto bestial repugnante a los dioses que velan por la castidad del himeneo y por la limpieza del amor—, te entregaré lo que codicias.

Dijo, y se mantuvo firme en su palabra.

Al principio se enojó Céfalo.

Incontinencia egipcia. —¿De qué tierras eres —le preguntó al supuesto mancebo—, que a tan temprana edad te has pervertido de ese modo? De Egipto, sin duda, donde ya se olvidan las normas de continencia que dieron los atlántidas. De allí la corrupción viene invadiendo a la Grecia entera,

traída por tales como tú. Pero sabe que lo que me propones me ofende y me subleva, así es de feo.

En el fondo le agradaba a Procris la virtud de su marido, pero estaba empeñada en hacerlo caer en tentación, y arguyó con él.

—¿Acaso —le dijo— has probado lo que te propongo? ¿No has oído, tal vez, que Júpiter, el padre de los dioses, enamorado del precioso joven volvióse águila para raptar a Ganimedes? No me parece que fuera Ganimedes, hijo de Tros el fundador de Troya, más bello que tú, ni creo que lo que fue lícito hacer a Júpiter soberano nos sea ilícito a nosotros. Cuando las diosas y las ninfas y las mujeres han empalagado con sus caricias necias al padre de los dioses, entonces, en su propio lecho en el Olimpo se goza con el amor de Ganimedes, y nadie sino el joven radiante puede llenarle la copa a Júpiter en los banquetes, y los dioses no lo desprecian, antes al contrario, Ganimedes comparte con ellos la inmortalidad y se mantiene perpetuamente joven, y los egipcios, a quienes reprochas en tu ignorancia, lo veneran porque Ganimedes es quien hace subir, año con año, la corriente del Nilo.

*Júpiter
y Ganimedes.*

Mucho luchó Céfalo por deshacer con argumentos la proposición de Procris, pero, puesto que el acto lo consumirían en secreto y el mancebo fingido parecía ser sabio y guardar extrema discreción, y como el deseo de Céfalo era grande de obtener el galgo Lælaps y el venablo de Diana, y ya no le cabía en el pecho esa codicia, a la postre cedió, y se disponía a condescendencia reprochable cuando, recobrando Procris su figura, le habló diciendo:

—¿Me reconoces, oh Céfalo? ¡Descúbrete el rostro y que en tu corazón la vergüenza ceda el puesto a la justicia! Entiende ahora que no es la demasiada tentación prueba justa a que deben someterse los cónyuges. Sabe, además, que deidad inmortal tramó este castigo, menos para avergonzarte que para darte ejemplo.

Alabó Céfalo la sabiduría de Procris, la tomó en sus brazos con gran amor, y fueron felices otra vez.

Pero volvió a su carga la querelosa Juno, y volvió Júpiter soberano a sentir insufrible la felicidad de Céfalo. Y un día al encontrarse solos el padre de los dioses y la deidad de azules ojos y cabellera de oro, nacida de la ola del mar.

*Venganza
de
Júpiter.*

—¿Desde cuándo, oh Venus —le dijo Júpiter—, has cedido a mi mujer tus privilegios? He aquí que corre la voz de no ser necesaria tu protección para que los mortales hallen amor perfecto y profunda pasión, pues les basta con invocar a Juno para lograrlos en medida que tú eres incapaz de poder otorgar.

Oyó Venus y se mordió el labio de cólera. Llamó a Cupido su hijo, secreto flechador, a quien había tenido de Marte, y le habló de esta suerte:

—No me extraña que como chiquillo te pinten todos, pues no parece tener discernimiento. Y si te dicen ciego, es porque no sabes ver las afrentas que le hacen a tu madre. Mira cómo Juno, dura de entrañas, ha encendido hoguera de amor inconsumible en los corazones de Procris y de Céfalo. ¡Si eres mi hijo, ve, y los tizones bien dispuestos de esa hoguera de amor tú los revuelves de modo que el fuego arda no en una sola conjunción de llamas sino en varias contrarias llamaradas, y, en fin, que ese amor se desvirtúe!

Oyola el joven dios y con sus finas ininflamables manos desarregló, en el corazón de Procris, la bien construida hoguera de amor, y las llamas quemaron a la ilustre hija de Erechtheo donde no debían quemarle, encendiéndole incontenibles celos.

Céfalo andaba de cacería. Procris se levantó temprano y fue a la espesura donde él cazaba, para espirarlo.

Niebla tenue lo cubría todo.

Entre unos matorrales se escondió la celosa. La reconoció Lælaps, el galgo de Diana, y ladró hacia ella. Quiso Procris esconderse mejor, para que Céfalo no advirtiera su presencia, y al hacerlo sacudió las ramas de su escondite. Céfalo la tomó por presa de caza y arrojó contra ella el venablo infalible y le partió a Procris el corazón.

Muerte de Procris.

Supo Erechtheo el triste fin de su hija y poco tiempo después murió también.

Fin de Erechtheo.

¡Qué difícil es conseguir la felicidad! Ni marido y mujer los más perfectos, los que más se aman, logran siquiera una dicha tolerable. No, ni los dioses que habitan en palacios de oro en la cumbre del Olimpo encuentran paz inalterada en los vínculos del matrimonio. Hace bien Diana, que se mantiene en soltería y busca en otras partes el goce supremo de la vida, no en la vida común con un dios de su estirpe ni en el fugaz ayuntamiento con mortales, pudiendo escoger para esposo o amante, si ella quisiera, a cualquiera de las deidades másculas del Olimpo o a cualquier de los príncipes que reinan en la tierra. Por eso he de cantarla, pues me brota del alma este elogio de ella.

Elogio de la soltería.

HIMNO A DIANA

ESTROFA

MUSA, canta a Diana. Reúnanse las doncellas castas y los mancebos limpios para cantar a la hermana de Apolo, el flechador, flechadora ella también. Su deleite es disparar del arco bien tendido la emplumada flecha. Domadora de caballos, ella los cría, ella los monta, ella los lleva a Meles abundante en juncos a abrevarlos. Luego los pone al eje de su carro de oro y velozmente, al son del látigo chasqueante, sueltas las riendas para mejor correr, atraviesa Esmirna y llega a Claros, rica en viñedos, donde Apolo, el dios del arco de oro, la espera con agrado.

ANTIESTROFA

¡Cuán dulce es el encuentro del hermano y la hermana! De Apolo, el que de lejos lanza el dardo y la flecha, y de Diana, flechadora también, que dispara flechas de oro. Por dondequiera que ella va, sigue el ruidoso ladrido de sus mastines, porque Diana, la perfecta virgen, ama la cacería. Cuando recorre los tupidos bosques, tiemblan las copas de los árboles y la maleza resuena con el espantoso rugido de las fieras. Bajo los pies de la diosa la tierra se estremece. De lejos llega al mar hondo sacudimiento, porque Diana rige las mareas.

EPODO

Y cuando ella ha quedado satisfecha de su puntería cien veces certera, entonces se baña en fresca fuente con sus Ninfas, se atavía con ropajes espléndidos, y coronada con la luna nueva se dirige a la casa de su hermano bien amado, Apolo el flechador, en la tierra



de Delfos donde ordena la linda danza de las Musas y de las Gracias.

ESTROFA

Allí cuelga el arco de fina curva y el carcaj de flechas de oro, y divinamente ataviada dirige las danzas de graciosos giros, y con las Musas y las Gracias canta con hermosa voz cómo Letona, de lindos tobillos, concibió de Júpiter, su amante, un hijo y una hija, supremos entre los inmortales en pensamiento y en acción, supremos en pureza, y por esto superiores a Marte y a Minerva y a los otros dioses. Y luego Diana elogia la belleza de su hermano de rizos de oro, porque es grato que las hermanas encomien amorosamente a los hermanos en castidad más bella que cualquier lujuria, y Apolo entonces llama en su redor a las Musas y a las Gracias y las conduce en otra danza y con ellas celebra, a su vez, la belleza de su hermana de inmaculada virginidad florida.

ANTIESTROFA

Alaban las matronas a Juno, y los príncipes loan a Júpiter, guardianes de los reyes. Los guerreros huelan la tierra con pesado paso de pausas bien medidas, en honor del fiero Marte belicoso, y los que tienen el Consejo de la ciudad, varones graves, alzan himnos a Minerva. Pero las doncellas y los adolescentes adoran con sus voces y con los movimientos encantadores de sus lindos cuerpos, a Apolo y a Diana. Porque no Juno sola puede guardar la pureza de los hogares; ni solo Júpiter puede mantener en firme los tronos, ni Marte solo sabe cómo defender la ciudad, ni sola Minerva tiene potestad para dictar sabias leyes: Apolo y Diana,



que dan la pureza, son los guías de la prometedora juventud, y por ellos la alegría de la ciudad brilla como las flores brillan.

EPODO

Este himno, oh Diana, que junto con tu hermano eres el deleite de Júpiter y el orgullo de Letona, lo elevo a ti por razón de la hermana a quien más quiero, yo que tengo hermanas y hermanos que me parecen dioses, de una sola madre y de un solo padre todos, y no es soberbia que los dioses detestan y castigan, ni engreimiento de vanidad, el celebrarnos los unos a los otros como tú y Apolo os celebráis en Claros y en Delfos a la vista de todos.

LIBRO CUARTO

Elevación de Thespio o Tercer
Tratado de la Política

COMO cuando abandona el cuidado de su campo un labrador, bien porque lo arrebató de sus faenas pacíficas cruel guerra y lo llevó lejos y despiadada lo arrojó a la muerte y jamás volvió a la nativa tierra, bien porque pleito que sus vecinos emprendieron contra él le quitaron el arado de la mano y le pusieron tablas de ley y en enredos de litigio partió a la ciudad y en medio del bullicio citadino añora los mansos quehaceres del agro y se desvela por volver, porque no dejó para hacer sus veces ni mayordomo capaz ni hijo varón, y en su ausencia dilatada las malas hierbas ahogan el tierno sembradío y los bien trazados surcos se borran y la gleba removida se asienta y se infesta de raíces y en todo el contorno púdrese y cáese la bien levantada cerca que da la paz, y lo labrado vuelve a ser inculta guarida de alimañas, y si algún árbol hay a cuya sombra solían los sufridos bueyes sestear al mediodía, rumiando en ocio, el minucioso daño múltiple de los menudos insectos incansables lo estropearon y sangra gomas y se seca, así Beocia, luego que Labdaco y sus súbditos se dedicaron al pillaje del Ática, quedó en abandono y se descivilizó.

*Conse-
cuencia
de la
guerra.*

La derrota sufrida a manos del guerrador Tereo, hijo de Marte, empeoró la situación de ese pueblo,



sembrando en su medio condición de barbarie. Entonces Júpiter, protector de las ciudades, se dolió de los beocios y llamó aparte al luminoso Apolo, tañedor de la cítara, y teniendo en el augusto corazón magnánimo el deseo de hacerle bien al descultivado pueblo de Labdaco, habló y dijo:

Elogio de Apolo. —Más que a ningún otro dios te place a ti, oh Apolo, mezclarte entre los hombres y enseñarles todas aquellas cosas que les son provechosas, ora las virtudes de medicinales plantas en bien proporcionadas pociones de sus jugos para sanar los cuerpos cuando han sufrido los males que el ser mortales les acarrea, ora los ejercicios y los coros para hacerlos bellos, y el orden de las oraciones y de los discursos, ora el saber, más útil que las armas. La gimnasia y la danza y el armonioso canto grato a los dioses, son las disciplinas deleitosas consagradas a ti. Tu culto engalana las ciudades de uno y del otro lado del almo Egeo, y como rebaños diversos en redor de hatos bien servidos, así, en la veneración que te rinden, hallan punto de reunión pueblos dispersos y te llaman el juntador de hombres. Tú también sabes calcular por las pasadas y las presentes cosas las que están por venir, y para los mortales, envueltos en densa sombra de ineludible perecer continuo, ¿qué don será mayor que este doble don tuyo del recuerdo y de la profecía? Ninguno a buen seguro. Por eso danzan contigo las nueve hermanas que hube en la Memoria, y por eso tanto como de Venus son tuyas también las Gracias amadas de los dioses. De manera que fuera de ti no hallo entre los inmortales de mi estirpe, excepto sólo Minerva, mi hija austera, deidad ninguna que pueda salvar de perdición a un pueblo que antaño me fue grato. Más sólo en ti confío, porque Minerva lo odia.

Respóndeme, pues, si contaré contigo o si he de bajar yo mismo a concederles bienes a los hombres restándoos a vosotros, los demás dioses, esta gloria.

Dijo Júpiter, y Apolo, de radiante cabellera, le respondió:

—Lleno está el mundo, padre, de tinieblas y de mal, de repentinas muertes y cosas oscuras y dolorosas. ¿Cómo no aliviarlas con una canción y con la música de la lira de mil cuerdas? Eso me es grato hacer, tú bien lo sabes. Pero si el hombre es sabio, a ti acudirá, porque escudriñando la ancha tierra y el vasto mar y el cielo que cubre a mar y tierra, en ninguna parte puedo hallar refugio para el hombre salvo en ti. Hubo una que reinaba desde el tiempo más inmemorial, grande en su cólera para vanagloriarse y maldecir: ¡Ved, su nombre ya no se pronuncia! Y los que la siguieron hallaron por fin quien los lanzara, porque sus actos eran arbitrarios, su fuerza ciega y la Comprensión jamás compartió su lecho. Pero tú, oh padre, que todo lo comprendes, eres el Vencedor y el Amigo. Quien te conoce conseguirá ver logradas sus visiones. En mis oráculos no soy sino tu voz, y por eso es infalible lo que dicto, y en tu nombre limpio de culpa a quienes han purgado su pecado. Tú eres el guía que hace a los hombres volverse hacia el pensamiento y tejer con hilos de reflexión frenos para el instinto. Tú has dispuesto que el sufrimiento ya no sea estéril sino que brinde fruto de entendimiento. Así, el corazón humano, sufriendo con recordado dolor, sangra y no reposa hasta que, aun contra su voluntad consciente llega a la sabiduría. Ése es tu don, oh tú que por la lucha llegaste al trono de la vida.

*Elogio
de
Júpiter.*

Y Júpiter besó a Apolo generoso y le explicó detalladamente el caso.

*Apolo
va a
Beocia.*

Primero fue al Parnaso el hijo de Letona y allí, en su monte consagrado, tomó de entre las ramas de verdoso mirto la dulce lira que las Musas le guardaban, y en apariencia de rapsoda de los que van por los caminos y conocen ciudades innumerables y juntan muchedumbres dondequiera y les cantan historias de dioses y hazañas de héroes para elevar los corazones, Apolo se dirigió a Beocia y se presentó en el palacio del rey. Con ramo de laurel en la tendida mano pidió ser admitido, agasajado y escuchado según la costumbre establecida.

Labdaco.

Labdaco era hombre feo, soplado de barriga, abultado de caderas, chato de trasero. Tenía la piel del cuello y del rostro plegada en arrugas oscuras como las del pescuezo de los suras asquerosos. Y era de voz grosera, de chabacana risa, de dientes desaseados, de ademanes bestiales. Movíanle instintos de perversidad y nada le daba tanto placer como hacer burla de sus huéspedes primero y luego asesinarlos a traición. De joven quiso haber sido poeta. En vano invocó a las divinas Musas, en vano pidió inspiración al Citareda. Ahora, a pesar de la torpeza natural de su visión, reconoció de golpe al resplandeciente hijo de Júpiter y Letona, y concibió vengarse de los desdenes antaño recibidos del dios.

Convocó Labdaco a sus allegados, soeces como él, hombres de detestable catadura, sucios de pelleja, barrocos, altaneros y crueles con los humildes pero viles sicofantes, lamedores de pies, semejantes a perros, delante de los poderosos. Eran odiosos y odiaban a los dioses. Piojosos, no conocían más arte que el rascarse. Ésta era su danza.

Reunida la canalla corte, propuso Labdaco competir él mismo con el ilustre huésped.

—Oh barbilindo vate —dijo—, quien quiera que tú seas, mortal a quien un dios inspira o un dios mismo, sea esta concurrencia juez, y para el mejor de nosotros dos el premio ambicionado, la corona de hojas de laurel, por más que yo no sepa de qué sirve esa basura. Bien está agasajar huéspedes, pero en la antigua costumbre hay mucho de bellaquería, o como quieras llamarle con tal de que signifique lo mismo. ¿A razón de qué dar lo suyo quien es dueño de casa al recién llegado? Así se propaga la vagancia, y cualquiera que sabe estirar cuerdas y tañerlas y acompañarse mientras canta, ya no quiere ser como los demás mortales sino que ahí va por todas partes, arrancando ramas y exigiendo que se le celebren fiestas, nada menos. ¡Con llamarse enviado de Júpiter y mimado de las Musas, ya se ve libre de todo trabajo, porque no me dirás que cueste esfuerzo cargar el instrumento de cuerdas! Tú, sin duda, serás diferente. En ti pusieron los dioses preclaro talento, y no te será difícil contender conmigo y vencerme en lid de canto y ganarte así el pan que comas a mi mesa.

*Reto
a
Apolo.*

Mientras hablaba, Labdaco hacía guiños con los ojos, y su gente se preparaba a divertirse.

Aceptó Apolo el reto. Por ser grato a Júpiter toleró la insolencia de Labdaco. Confiaba, además, en la seguridad del triunfo. Los dedos refulgentes del dios arrancaron de la curva lira de oro las notas del prelude.

—¡Alto ahí! —gritó Labdaco— Me parece que tengo ganada la partida desde el arranque, porque mi instrumento vence al que éste trae.

Y medio levantando la una nalga del trono en que estaba casi echado, hizo una mueca y se desembarazó de viento de tripas produciendo una larga nota aguda.

*La
afrenta.*

La compañía echó a reír estrepitosamente, y todos se agarraban la panza y derramaban lágrimas de risa. Unos rodaban por el suelo gimiendo y riendo a la vez, y otros se reían y ahogaban, y no faltó quien hiciera aguas por la excesiva hilaridad que le oprimía la vejiga. Todos tenían las caras encendidas de la fuerza del reír.

*Ira
y
maldición
de
Apolo.*

Tomó el dios, pálido de ira, la lira divina que para mejor tañerla había colgado de una columna del palacio, y a grandes pasos lentos salió de aquel lugar. Si-
guiéronle Labdaco y su séquito de bellacos gritándole improperios y haciéndole befa. Así corrido e insultado abandonó aquella ciudad Apolo esplendoroso, y por el enojo violento que en el corazón le había encendido el sucio ultraje, maldijo a los beocios que jamás sobresaliera ninguno de su estirpe por talentoso entre los hombres, y no contento con esa maldición —que jamás revocó excepto solamente en el caso de Corinna, de belleza como la de las Gracias, y en el de Píndaro, el divinial poeta—, después de haber devuelto la portentosa lira al cuidado de las Musas consternadas, tomó el arco terrible que él mismo se había fabricado, de plata del Laureyón, y puso flecha mortífera en la cuerda, y lanzó en medio de Beocia peste general.

*Venganza
de
Apolo.*

Como cuando ha llovido y luego sale el sol, las moscas se propagan en los estercoleros y cunden hasta oscurecer los lomos de los bueyes, pero si súbito viento frío se levanta entonces perecen sin haber podido hallar rendija donde guarecerse y dormir hasta nueva lluvia y nuevo sol, así, apestados, los beocios morían como moscas. Labdaco mismo tuvo pestilente fin. Ni había quien enterrara a tanto muerto. Hambrientos lobos de filosos colmillos dieron cuenta de los fétidos

cadáveres, y aun los mismos lobos se asqueaban del inmundo banquete.

—¡Aplaca, aplaca ya tu ira, oh Apolo razonable! —díjole el prepotente padre de los dioses— Repara en que el tufo nauseabundo de tanta carroña insepulta se eleva de la tierra de Labdaco hasta el Olimpo y viene a ofendernos el olfato.

El culto hijo de Letona cesó entonces de flechar, convencido por esa sola razón de decencia. Vulcano trajo de las entrañas de la tierra el fuego purificador y lo regó en Beocia. Ardieron con grandes humaredas los prados y los bosques y no quedó sino ceniza de muchos colores, de modo que se apiadó Minerva, la predilecta de su padre y en el consejo de los dioses inmortales, habló de esta manera:

Cultura de Apolo.

—No osara decirle a Apolo soberano que trueque en amor la cólera que siente. Pero me parece, y así debe pareceros a vosotros todos, que ya están suficientemente castigados los insolentes mortales de Beocia, a quien yo he odiado, ni pronto olvidarán en cuán terrible pena incurren quienes se atreven a burlarse de nosotros los dioses inmortales. Otra cosa me parece también, y es que muchos sin culpa han perecido. ¡La folía de los reyes la pagan los súbditos: así está ordenado! Pero en cuanto a los hombres mismos, bien sabéis todos vosotros, pues por ello sois dioses, que el indolente, el iracundo, el envidioso, el dado al vino o el libidinoso, ninguno es tan feroz que no se le pueda domar con tal de que preste oído con paciencia a la instrucción. La instrucción es el deber primordial de los reyes y de cuantos más gobiernan hombres, para abolir aquello, oh Júpiter, que tú aborreces, la concupiscencia que se

Magnanimidad de Minerva.

El deber de los reyes.

nutre de la ignorancia. ¡En lo profundo, bajo las tenebrosas aguas del Averno, húndase esa negra barca de perversidad! Ea, pues, apiadémonos de los castigados beocios y aprovechemos la ocasión para premiar la virtud. Oh dioses —y principalmente tú, Júpiter potente, que das y quitas los cetros y las coronas reales—, hagamos rey de Beocia al príncipe Thespío, hijo menor de Erechtheo y rey de Atenas, mi ciudad. A ti, oh Apolo, te será singularmente grato honrar al ateniense ilustre, pues a nadie encontrarás que con mayor fervor te rinda culto, aun cuando yo sea su principal veneración.

Júpiter del buen consejo fue del parecer de Minerva, y Apolo bondadoso consintió en lo que la diosa pedía, pero sin retirar del todo sus anteriores maldiciones. Y Minerva se encargó de instalar al nuevo rey.

A LA MUERTE del piadoso Erechtheo subió Cécropo II al trono esclarecido de Atenas y se ocupó de las arduas tareas del gobierno. Thespío, en cambio, el hermano menor del nuevo rey, dedicado al estudio cultivaba las artes gratas a Apolo y a las Musas y tenía en especial adoración a la sapiente Minerva bienhechora.

Las ciencias prosperaban en Atenas. Dédalo, hijo de Merión, que reclamaba parentesco con la familia real, halló manera de hacer andar las estatuas de los dioses, labrándolas en madera, conforme con la anti-gua usanza, pero ajustándoles goznes en los brazos y piernas, para darles actitud de movimiento, con lo que ganó gran fama. Tenía vastos talleres y emprendía infinidad de nuevas industrias. Sobrino suyo era Talos, y Talos, estudiando la dentadura de los diversos animales,

*Historia
de
Dédalo.*

*Historia
de
Talos.*



inventó la sierra. Los atenienses, principalmente Thespio, celebraron este precioso invento creador de valiosa artesanía, con lo que Dédalo, que ambicionaba para su hijo Ícaro el renombre que de súbito venía ganándose el sobrino, movido de ponzoñosa envidia al par que de amor de padre capaz de todo riesgo, de lo alto de la Acrópolis, adonde con engaño llevó al afortunado Talos, lo arrojó dándole cruel muerte.

Huyeron Dédalo y su cómplice Ícaro, valiéndose de distancia de mar para escapar a la justicia ateniense. En Creta hallaron refugio porque su fama los había precedido, y Minos, el cretense rey, hijo de Júpiter, se alegró de tener a su servicio a tan insignes inventores. Pero Thespio recogió del polvo empapado en sangre los restos de Talos y les dio honrosa sepultura, y se llenó de pesar viendo cómo todo progreso trae aparejados crímenes de los hombres, por causa de la envidia, de la codicia y del egoísmo, y pensó si no sería mejor, no adelantando, dejar los pueblos de pagar con sangre el adelanto.

Solía la ínclita diosa de ojos verdes visitar con frecuencia al joven príncipe, votario suyo, y ora en forma de mercadante le hablaba a Thespio de los diversos países de la tierra y de las variadas costumbres de los pueblos, pero cómo, en el fondo todos son iguales y sus diferencias son más de ropas que de pellejo, y más que de esto de lo que hay en los corazones y en las mentes. Ora en guisa de viajero llegado de Egipto, rico en ciencias, le revelaba maravillas de la naturaleza que los hombres han adivinado, ora como venido del Asia le entretenía con teorías brillantes acerca del mundo, de la vida, y del origen de los dioses. Ahora, mientras Thespio guardaba el luto que le debía a Talos, se llegó

Crímenes del progreso.

Minerva, maestra de príncipes.

la diosa a su vera en talante de heraldo beocio, mensajero de Júpiter, y, llenándole el corazón de alto valor, lo saludó y le dijo:

—Depón un momento tu duelo, oh Thespio, y óyeme. Es una felicidad vivir como tú vives, tranquilo en tus adentros y sin temor de cosas por venir, alegrándote con la música del río de la vida, tú mismo el centro de todo tu pensamiento. De manera que para ti no será dicha que merezca celebrarse alegremente el ser escogido por el prepotente Júpiter, protector de las testas coronadas, para regir una ciudad, así fuera la mejor ordenada. La altura es mala para el hombre, y elevarse es retar muchas flechas. Quien llega al primer rango de los ciudadanos despierta la envidia de los más pequeños pues los más poderosos son odiados por razón de su propia excelencia. Vano es el servicio que se preste a los hombres, porque el hombre fue siempre así, capaz de mínimas noblezas solamente, y su arriesgada fuerza es cosa vaga, su naturaleza está compacta de ingratitud. En debilidad semejante, por todas partes sus tribus están encadenadas y su pensamiento aprisionado. Los torrentes de las colinas, compasivos, sollozan y sollozan por quien ama a los hombres. En vano te ponderaría la realeza. Su exterior es agradable, pero su fondo está lleno de tristura. ¿Quién está satisfecho, quién dichoso de arrastrar la vida desconfiando de todos y temiendo la violencia? Di que hay quienes ensalcen a los reyes, pero éntrate en las almas de los ensalzadores y ve ahí: ¡Ve qué miserables jueces son, aun en lo tocante a sus propios intereses! Lleno estás de pensamientos de la muerte. Si quieres que después de fallecido se te honre, pues ciertamente fallecerás, piensa en quiénes te sobrevivirán y en quiénes vendrán después de ti, por cierto

Penalidades de los gobernantes.



nada mejores que estos infelices de hoy. Procura por tanto agradar a Dios, juez único de justicia infalible.

*El temor
de
Dios.*

Así dijo la diosa, y prosiguió diciendo:

—He aquí que por mandato de los inmortales vengo a decirte que el trono de Beocia, vacante desde que el impío Labdaco fue arrojado al Hades tenebroso, te espera, más, por cierto, con preocupaciones y desvelos que con honores gratos de llevar. Considera que por elevado que parezca el sitio de un rey, no por eso deja él de ser hombre, súbdito de la Muerte a quien esta celosa soberana, llegada la hora del destino, ha de llamar para confundirlo con las hojas de los bosques que el invierno tronchó, lo mismo a la hoja más alta que a la de la más baja rama. Empero, la esencia inmortal del que ha cumplido su deber, ésa tiene gloria, no, sin duda, entre los hombres pero sí entre los dioses inmortales, y no es más un rey que quien en humilde estación ha sabido cumplir como siervo de Dios con su destino. Apréstate por tanto, no como desposado que radiante de alegría se acerca al lecho de la doncella esposa a gozarla en amores, sino con la austera severidad de quien emprende obra difícil que los dioses ordenan, pero será el pueblo quien te confiera autoridad. Así lo quiera el Dios.

—Heraldo, sobremanera sabio me pareces —respondió el mancebo—, semejante a un mensajero de los dioses en el juicio profundo de tus palabras. Es grato encontrarse con los ojos de un hombre prudente. Mas, ¿quién es ese Dios de quien me hablas?

—Aun no es llegado el tiempo de su revelación —dijo gravemente Minerva, la más sabia de los inmortales que moran en el resplandeciente palacio del Olimpo—. Los dioses mismos no le conocen. Él es el Dios

*El Dios
no
conocido.*

no conocido, el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, señor del universo y de sí mismo, mientras que los otros dioses no son sino manifestaciones y esencias del universo creado. He ahí por qué Aquél no mora en templos hechos de mano, ni es servido por manos de hombres o de dioses como si necesitase de algo, pues él mismo da a todos vida, respiración y todas las cosas. Y de uno solo hizo el linaje humano para que habitase toda el haz de la tierra, señalando el orden de los tiempos, y los términos de su habitación, para que le buscasen a él, Dios, si por ventura lo pudiesen tocar, o hallar, aunque no está lejos de ninguno de nosotros, porque en él mismo vivimos y nos movemos y somos, como dicen los poetas cuando el Dios los inspira. Y algunos de éste o de aquel mortal o inmortal descienden, como tú de la simiente de Vulcano que fecundó en la tierra y dio vida a Erichthonio padre de Erechtheo tu padre, pero todos, dioses y hombres, somos del linaje de Dios. Y siendo, pues, su linaje, no debemos pensar que la Divinidad es semejante a oro, o plata, o piedra labrada por arte o industria de hombre, sino espíritu y aun esencia de espíritu. Y todo espíritu está sometido a potestades superiores, porque no hay potestad sino de Dios, y las que son de Dios son ordenadas. El que resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios, y se atrae condenación sobre sí mismo. Y algunos se proclaman reyes, y se ciñen corona de realeza y los pueblos los toleran o no, según los casos, y éstos pueden, si hallan pesado el poder, o si no resisten el grave temor de reinar, abandonar el trono y gozar de descanso en sus días, pero aquel a quien el pueblo llama al trono y los sacerdotes urgen, ése no puede sin incurrir en desacato de Dios, rehusar ni dejar el poder que es de Dios y le

ha sido confiado no para su regalo sino para cumplir el más alto deber de la criatura.

Así dijo la diosa. Sus palabras llenaron de piedad y de sabiduría al joven prudente.

—Grandes son los misterios que me enseñas — dijo Thespio—. Obedezca yo a esa potestad todos mis días y no me cuide del juicio de los hombres. Vamos, pues, oh heraldo, mensajero de Júpiter, a ascender a ese difícil trono que dices, pero, para que me ayude con tan dura carga, permite que primero, en mi natal Atenas, la divinamente construida, levante simulacro y ara en la que inscriba: *Al Dios Desconocido*.

Con eso Thespio fundó institución perdurable, porque en Atenas, siempre que guerra o peste amenazaba, se apelaba a ese Dios y sus altares fueron muchos. Pero por esto mismo se llegó a confundir el gran misterio y el vulgo olvidó que el Dios era uno y cuando el temor de los dioses olímpicos se desvaneció, los simples apelaron a los Dioses Desconocidos.

VOLVIÓ Minerva mientras tanto al Olimpo esplendoroso y esa noche llamó a la atención de los inmortales de su estirpe la admirable condición de Thespio. Solícita del buen éxito de su protegido, planteó en divina asamblea el problema de la mejor forma de gobierno para un pueblo de hombres.

*Diálogo
de los
dioses.*

—Ardua cuestión es ésta que propones, hija mía —dijo Júpiter—, sin duda la más difícil de resolver así para nosotros como para los humanos que están a nuestro especial cuidado.

Pero Marte, el dios irreflexivo, intrigado de súbito por el tema, pidió la venia del Cronida potente y habló de esta manera:

*Discurso
de
Marte.*

—Me concederéis, oh dioses, una cosa, que de los inmortales engendrados por Júpiter en legítimo lecho, yo soy el primogénito. Por ello es razonable que hable aquí el primero para responder a Minerva, ya que veo en todos vuestros rostros el deseo de pronunciar discurso, pues en cuanto Júpiter dice que algo es trabajoso, todos vosotros os apresuráis, sin el menor discernimiento, a querer demostrar que se trata de lo más fácil que pueda concebirse. Dejadme, pues hablar.

*Elogio
de la
autocracia.*

“Bien ha hecho Minerva en promover esta consulta y querer nuestro consejo, en vez de obrar como es su costumbre inveterada, sin atender más opinión que la suya hasta en lo que no le concierne, como es el arte de la guerra, con lo que a veces ha intentado desplazarnos a todos, y a mí especialmente, de la veneración en que nos tienen los mortales. No me ocuparé de esa vieja rivalidad que me promueve. La pondré en olvido y brindaré al joven rey a quien Minerva desea engrandecer, el secreto efectivo de un buen gobierno, a saber, que el príncipe, ante todas las cosas, concentre en sí mismo todo el mando de su pueblo, y se haga fuerte y temible de manera que nadie se atreva a disputarle y sus juicios y mandatos se acaten sin demora ni titubeos”.

“Porque un gobierno débil es la mayor calamidad que puede sobrevenir a un pueblo, y débil es todo gobierno en el que el mando anda en muchas manos. ¡Qué! ¿Pueden dos o más conductores de carros, por hábiles que individualmente sean, ganar en las carreras que en tu honor, oh Júpiter, se celebran en

Olimpia sagrada o en el Istmo sacrosanto, conduciendo todos a un tiempo la misma cuadriga? O si a uno solo se le dan las riendas, como es costumbre, ¿saldrá victorioso si no las empuña con fuerza que los caballos obedezcan? Sabed, pues, que donde el gobierno está repartido, o es débil, la ruina amenaza a todos, del príncipe abajo. Empero, donde el gobierno es fuerte y está en las manos de un gobernante único, las leyes se respetan, las sentencias se cumplen, reina el orden, los quejosos saben a quién acudir en petición y demanda de justicia, y los que han hecho mal no fácilmente escapan al castigo”.

“Eso por una parte, y por otra, la comunidad no se revuelve con cada soplo de veleidosos pareceres, porque sólo hay un parecer, que es el de quien manda. Obligados los demás a obedecer, no se pierde el tiempo, y se siembra y se cosecha en sazón, se labora y se descansa en bien medidos turnos, hay seguridad interna para todos, y cuando acaecen dificultades con otros pueblos, cosa que no se puede evitar, entonces la unidad que se ha logrado hace fuerte a la comunidad y quienes la atacan hallan difícil vencerla, si a eso llegan. Alguna experiencia tengo de estas cosas. Bien sé que jamás se perdió una batalla si no por causa de división de voluntades, pues donde la voluntad de un ejército es indivisible, a saber, la del jefe, y ésta es firme, allí el miedo no hace mella ni la confusión desbarata las hermosas formaciones de los guerreros, y la victoria es segura”.

“Hágase Thespio fuerte, y Minerva podrá gloriarse de auspicar un reino que nunca sentirá el yugo del vencido. Esto es lo principal, y lo demás vendrá por añadidura”.

Así habló Marte, con fogosas palabras que los demás dioses atendieron. Cuando hubo terminado, se miraron los unos a los otros, como preguntándose a quién le tocaría el turno de responderle, bien para reforzar sus razones, bien para contradecirle y proponer razones diferentes. Fue Mercurio quien rompió la expectación general, y dijo el dios de los alados pies:

—No quisiera ofender a ninguno de vosotros, si alguien cree tener mejor derecho que yo para hablar el primero después de Marte, pero tengo argumentos que exponer, en tal forma ajustados a los que Marte ha expuesto, que ruego se me escuche en este momento.

Júpiter asintió con la cabeza de hermosos rizos áureos, y Mercurio, nada tardío de palabra, habló de esta manera:

Discurso de Mercurio. —Se trata de la mejor forma de gobierno para un pueblo de hombres, y creo que no adelantaremos nada, por más que nos esforcemos en andar camino, si no tomamos en cuenta, en primer lugar, la índole de los mortales, pues si decimos aparejo necesitamos saber si es para caballo o para elefante o para mulo, y así es también cuando decimos gobierno, y sin este fundamental conocimiento difícilmente averiguaremos lo que conviene en organización y en manera de gobernar. A este respecto creo poder aportar alguna luz, porque poseo un conocimiento extenso de los hombres y he ahondado en su carácter y apreciado sus cualidades y sus tendencias e inclinaciones, más que ningún otro dios varón, y más que tú, Minerva.

La inteligencia como fuerza.

“Marte ha hablado con excelente sabiduría, me parece a mí, al abogar por el gobierno fuerte, saltando sobre todos los obstáculos que pudieron habersele

presentado al tratar de la forma de gobierno, preconizando la de un príncipe único. La cuestión importante, mientras tanto, es saber cómo adquirirá y retendrá tal príncipe la fuerza que le es indispensable para bien gobernar. ¿Cómo se impondrá un solo hombre a multitudes de sus semejantes, y los obligará a obedecerle? Porque, así fuese el de mayor estatura y de músculos más poderosos, de manera que individualmente nadie lo pudiera derribar, ni juntos dos ni una veintena, sin embargo un ciento o un mil de seguro que podrían vencerlo, y hay que saber cómo son los hombres para determinar con qué clase de fuerza se les ha de uncir a la obediencia. Y digo que la fuerza de que ha de valerse el príncipe no puede ser la suya propia de sus puños, sino la que proceda de su superior inteligencia”.

“La primera cualidad del príncipe, pues, será la sagacidad, la astucia. Así verá, en aquellos a quienes debe dominar, la variedad de voluntades que entre ellos existe, y, más que las voluntades, pues éstas son raras y contadas, apuntará el cúmulo de los deseos, de las aspiraciones, de los anhelos, de las ambiciones, de todo, en fin lo que no llega a cuajar en solidez de voluntad sino que se le asemeja pero es sustancia blanda y maleable, capaz de recibir la forma firme que de un hombre de voluntad verdadera le imprima”.

“El príncipe que quiera ser fuerte, atraerá hacia su persona esa condición blanda de los hombres, que he dicho, y se apoderará de ella, halagándola, pues con la esperanza de ver por la virtud del príncipe realizado su sueño cada quien, el príncipe los dominará a todos. Y si alguien intenta rebelársele, la conveniencia de los demás, que creen su ambición en vías de realizarse y que advierten en cualquier cambio una amenaza a sus

intereses, defenderá al príncipe, quien, con no mayor esfuerzo de su parte, vencerá entonces al rebelde y con aplauso general sabrá castigarlo y lo castigará con dureza, para lección y escarmiento de todos. Astucia y fuerza sostienen a los tronos”.

*El
corazón
humano.*

“Pero me temo que si Thespio es como Minerva nos lo ha pintado, no llegará nunca a adquirir el poder que Marte y yo sabemos que los dominadores de hombres necesitan. Las ambiciones de los mortales son de tal naturaleza que no puede sojuzgarlas ni valerse de ellas quien abriga sentimientos piadosos. En el corazón humano anidan todas las víboras, y la primera es la gana de holgar, viviendo del trabajo ajeno, y el deseo de sobresalir hurtándoles el mérito a los otros, y el afán de salvar el pellejo propio en el peligro aun a costa de todos los demás y de eludir las responsabilidades echándole al prójimo las culpas. De manera que el príncipe, o quienquiera que desee serlo de veras, cualquiera que sea el título que asuma, debe halagar los prejuicios de los hombres y sobre todo darles individual esperanza de que su impía naturaleza, que el príncipe llamará superior capacidad, tendrá libre juego impune”.

“El egoísmo es lo que en los mortales prevalece, y sumando egoísmos y atándolos a su servicio, el príncipe adquirirá el indispensable monopolio del poder y su gobierno se mantendrá firme”.

“La perfidia es instintiva en los seres humanos, más que en los otros animales, y el poderío es de quien sabe engañar con mayor habilidad que los demás. Éste apartará de sí todo escrúpulo de conciencia, se aprovechará de todo dolo, cambiará de máscara según las circunstancias, azuzará envenenadamente a hermano

contra hermano, al hijo contra el padre y al padre contra el hijo, a una clase contra otra, y a su pueblo contra los demás pueblos a su alcance, y así gozará del mando indiscutible que Marte auspicia. Por lo que Minerva fracasará con Thespio como seguramente ha fracasado con sus atenienses favoritos que hasta hoy no han podido darse gobierno estable. Y práctico que soy, le aconsejo buscarse otro sujeto para objeto de su predilección y de la nuestra”.

Dijo Mercurio, y calló. Minerva hacía rato que se inquietaba por cortarle el discurso y rebatirle el argumento, y los demás dioses le reconocieron el derecho de contestar a Mercurio, curiosos de saber si acaso podría rebatirle al nieto de Atlas los fuertes argumentos que había manifestado. La diosa de reluciente casco tomó la palabra y habló de esta suerte:

—¡No salgo de mi asombro! ¡Qué! ¿Habremos perdido la razón los dioses soberanos del Olimpo, que cuando nos proponemos razonar acerca de algo, hacemos a un lado lo que hemos de analizar y nos echamos por atajos de necedad a clamar disparates? Me parece que la discusión en un principio era de cómo lograr un buen gobierno. Mas he aquí que Mercurio, que todo lo enreda y mixtifica y confunde, de lo que ha tratado es de cómo lograr precisamente lo contrario, es decir, un mal gobierno, o mejor, el peor de los gobiernos posibles, a saber, el despotismo. Y Marte hizo lo mismo. Por eso, oh dioses, o nos comportamos razonablemente, o retiro de esta asamblea mi consulta porque al escuchar sandeces como las que aquí acabamos de oír, se me anonada el ánimo primero pero luego se enciende en mí la ira y armo guerra. ¡También la lanza es mía, oh Marte y tú,

*Discurso
de
Minerva.*

Mercurio, sabe que en mi contra más te valdrán las alas de tus sandalias para huir que el caduceo para pelear!

Mercurio se puso lívido de cólera, pero no se atrevió a contradecir a la indignada diosa. Marte, empero, nada intimidado, contestó a Minerva:

Interrupción de Marte. —Me extraña —dijo— que a pesar de la prudencia que se te atribuye, oh Minerva, hayas querido herir a Mercurio y herirme a mí que procurábamos complacerte. ¡Bonita cosa es ésta, solicitar consejo y luego armarte en ira porque el que se te da no te complace! Pero no somos los irrazonables que nos acusas de ser y yo te responderé sin alterarme. Cuando se tiene la razón se pueden desatender los motivos rabiosos.

Defensa del despotismo. “Déjame, pues, decirte, que estarás de acuerdo en que un buen gobierno es aquel que logra la paz y la prosperidad de los gobernados. Y que una cosa son estos y otra cosa es quien gobierna. Si es la felicidad de los gobernados lo que constituye un buen gobierno, entonces ¿qué importa si para lograrla deben de ser déspotas los que ejercen el gobierno? ¡Melindres bobos son éstos de horrorizarse ante la realidad! Lo que Mercurio ha dicho me parece sabio. Ha establecido con lógica incontestable dos categorías: en la una el pueblo, en la otra el príncipe. Querer aplicar la misma moralidad a ambos sería confundirlos, y de tal confusión se llegaría al caos. Donde una misma moral rige al príncipe y a los vasallos del príncipe, la anarquía se entroniza. Sea el príncipe tal y cual Mercurio lo ha descrito, ello no importa, con tal de que los gobernados logren disfrutar en orden la porción de felicidad que les es dado a los hombres probar en sus contados días”.



Minerva iba a replicar, pero Juno se le adelantó, la fastuosa deidad que comparte con Júpiter el sempiterno trono del Olimpo.

—Después de éste —dijo, señalando a su divino esposo—, el primer lugar entre los dioses soberanos me corresponde a mí. Dejadme hablar:

“Alguna vez debías tener razón, oh Minerva, y la has tenido al reprochar la ligereza con que han hablado Marte y Mercurio. ¿Qué pretendéis, oh dioses? ¿Qué andáis buscando? ¿No estaba acaso realizado ya el ideal que os proponéis ahora como si jamás hubiera existido, en la Atlántida de ilustre memoria que para hacerme daño hundisteis todos vosotros los inmortales másculos? Recordad. Allí la princesa no era el déspota que Marte y Mercurio propugnan, valido de la rahez del corazón de los hombres, sino que se valía justamente de lo opuesto, de la virtud que hay en el alma humana por la que tienen los mortales conocimiento de nosotros los inmortales. Y la piedad, como de hijos de una sola madre, era el nexa que unía a todos los hombres entre sí y al conjunto del pueblo con la princesa, y daba a todos la felicidad”.

Discurso de Juno.

Gobierno de la Atlántida.

“La princesa era a la vez la suma sacerdotisa y servía de alianza entre nosotros dioses y los humanos, de manera que podíamos influir en aquel gobierno, y, en resumidas cuentas, éramos el verdadero gobernante. La princesa nos servía de vicaria y a nosotros nos debía estricta cuenta de su cometido. ¡Juntemos, pues, nuestras fuerzas en un solo esfuerzo y levantemos la Atlántida del fondo del océano!”.

Teocracia sacerdotal.

Los dioses másculos se estremecieron al oírla y mascullaron voces de protesta. Pero Juno prosiguió diciendo:

Comunismo primitivo.

—Revivamos aquel reino ejemplar y sea modelo y patrón para los demás pueblos que de él copien el respeto de la familia, que ensalza el amor de quienes tienen la misma sangre, y los ritos con que se consagran los vínculos familiares, y los sacramentos con que se nos hace depositarios de la voluntad de los mortales. Bajo un régimen así, el hombre dará palabra de amar sólo a una mujer y de refrenar cualquier pasión que llegue a sentir por otra, bajo pena, y la mujer pagará con su vida misma cualquier infidelidad, y los padres velarán por sus hijos en la infancia de éstos, y los guiarán en la adolescencia y en la juventud, y los hijos velarán por la ancianidad de los padres, y todos se tendrán por hermanos y suplirán la falta del padre y de la madre, o la de los hijos, en casos de desgracia como la orfandad y la viudez, todo por la devoción que nos deben a nosotros, de manera que nos sea grato decir que el pueblo que tal haga es nuestro pueblo.

El lucro. “Ni dirá nadie, esto es mío y aquello tuyo, sino que todo será de nosotros dioses que los hombres hermanablemente deban repartirse conforme con las necesidades de cada quien en comunión de hacienda. Pues, ¿qué hombre puede hacer fértil la tierra, que dé fruto, o regarla de rocío y empaparla de lluvia y vivificarla con luz y con calor de sol, si nosotros no acudimos? Nadie, entonces, debe atreverse a considerar que nada es suyo, pues primeramente es nuestro. Y aquellos a quienes otorguemos largueza de riqueza medirán toda codicia que les embargue el ánimo y no pondrán elevado precio a lo que vendan, porque el lucro no es rendimiento de trabajo sino falta de caridad para con los demás y no premia el esfuerzo del lucrador sino que castiga la desgracia de quien se ve obligado a someterse a tales

condiciones. Por consiguiente donde rija la piedad y se mantengan estas leyes que he dicho, allí será perfecta la sociedad, justo el gobierno, buenos los hombres, felices las familias y próspero el Estado, como en la Atlántida cuyo recuerdo es imperecedero en mi memoria y aun en la memoria de los hombres que por ella suspirarán eternamente”.

Emocionada terminó Juno, la radiante, su discurso, y nadie se atrevía a romper el silencio que se hizo después de que hubo hablado, hasta que Baco se enjugó una lágrima y volviéndose hacia la soberana diosa, dijo:

—Bien has hecho, oh Juno, en recordarnos cómo era la Atlántida. Mi corazón se ha conmovido oyéndote. También a mí me era cara aquella tierra de santidad, y añoro su virtud. Pero comprende que lo que pides es un imposible. Jamás devolverá el océano esa tierra, y aun si la devolviera, ¿quién revivirá a los hombres que allí había? Y aun si reviviesen, ¿no eran mortales diferentes de los demás los que allí moraban, semejantes a nosotros dioses y hasta en cierto modo, moralmente superiores a nosotros por cuanto su conciencia era más sensible? En vano intentarán amoldarse los pueblos que ahora conocemos a lo que la Atlántida era, y cuanto esfuerzo hagan en ese sentido no pasará de ensueño melancólico.

“¡Ea, pues! Seamos prácticos, y no lo digo por significar que estoy de acuerdo con Mercurio, pues la forma de gobierno que él ha propuesto me parece detestable. Me gusta decir la verdad sin medir qué consecuencias pueda acarrear el ser franco, y aquí diré que Mercurio y cuantos más viven como él, de

*Discurso
de
Baco.*

*Critica
de lo
práctico.*

traficar con el trabajo ajeno, llaman ser práctico al no tener vergüenza, ni conciencia, ni sentimientos nobles. Y esto él mismo lo acaba de confesar. Ser práctico es para mí, en cambio, no olvidar de quiénes tratamos y en qué circunstancias los hallamos. Tratamos, pues, de los hombres de hoy día, bien diferentes de los virtuosos atlántidas, y las circunstancias en que se encuentran son de honda preocupación por no saber a ciencia cierta qué forma de gobierno deben darse”.

Naturaleza de los hombres. “Yo conozco a los hombres. Dios ninguno de vosotros ha llegado tan hondo en el corazón humano como yo. Y no es todo maldad allí, ni bajeza, ni egoísmo, sino lo contrario. El hombre es fundamentalmente bueno. Antes de odiar, prefiere amar. Y el odio mismo no es sino una especie de enfermedad que le aflige, mientras que el amor es su salud. La generosidad es su verdadero principal instinto. Si la mentira alguna vez le fascina, es porque la verdad se le hace difícil. Falto de luz, suele caer, pero por la luz suspira siempre, y caído, se levanta. ¡Cuando digo que anda en dos pies, manteniendo admirable equilibrio constante, lo he dicho todo! De un ser así se puede esperar mucho, grandes cosas, aunque no la virtud impecable de los atlántidas. Pero veo que nos formamos en dos bandos, y me alegro que Juno esté, esta vez siquiera, del lado de Minerva”.

Dijo Baco, y hubiera querido responderle la espléndida esposa de Júpiter, pero se le adelantó su hijo, Vulcano, que ella hubo sin ayuda de varón, y el rudo dios, cojo de un pie, habló diciendo:

Discurso de Vulcano. —La Atlántida me toca muy de cerca, y de todos los dioses sólo yo puede decir que soy de aquel hermoso continente que mi preclara madre ha recordado.

Tanto como ella estoy ansioso de que los hombres recobren la dignidad que allí adquirieron. Pero por otra parte, reconozco la razón que asiste a Baco cuando nos advierte lo imposible que sería volver ese mundo a una actualidad efectiva. Y en tercer lugar, quiero decir que en cierto modo yo soy a manera de hombre, criado como hombre, forjado en los trabajos de los hombres, lo que debiera darme autoridad especial para hablar de ellos. Pues bien, permítaseme ser llano. La augusta Juno se equivoca cuando asume que nosotros los dioses somos indispensables para los mortales. La Necesidad, ante la cual nos doblegamos nosotros mismos, es lo que mueve a los hombres, y su comprensión de la Necesidad es lo que los encauza. Yo los he visto contener las aguas de las corrientes y abrir surcos en el desierto y regarlo y convertirlo en jardín, sin ocuparse un instante de rogarle rocío al anchuroso cielo, y son sagaces para revolver las entrañas de la tierra y arrancarle los secretos de su fuerza. Hurgando en la materia descubrirán el rayo por sí mismos y encenderán soles prodigiosos. La verdad es que si de nosotros inmortales dependieran, vivirían en zozobra constante, pues me permitiréis decir, ya que estamos en familia, que andamos lamentablemente divididos y a oscuras nosotros mismos y necesitamos organización.

*Materia-
lismo
científico.*

“Que los hombres, pues, hagan caso omiso de nosotros me parece verdaderamente necesario. Discípulos de los atlántidas son los egipcios, a quienes se tiene por los más sabios de los mortales. ¡Pero ved, oh dioses, cómo, por crearse los sacerdocios que Juno se figura son nexos entre nosotros y el género humano, se han poblado la mente de absurdas nociones y adoran monstruosidades horripilantes! Estos cultos los absorben y



Comunismo materialista.

su saber se vuelve momia. Es de la tierra, trabajándola, de donde los hombres, que en la tierra habitan y que a la tierra vuelven cuando han agotado su escaso aliento de vida, han de arrancar su dicha o su desdicha. Y esto depende, bien lo sé, de cómo se dividan el trabajo, y serán felices si obran en esto con justicia, de manera que no haya ociosos, sino que todos se apliquen a aumentar la riqueza común, cooperando cada quien conforme con su capacidad y recibiendo conforme con su necesidad, en lo que Juno y aun Minerva estarán de acuerdo, pero sin clases parásitas como las que sin duda alguna forman los que estas grandes diosas creen sabios intérpretes de nuestra voluntad, que ya he dicho cómo nos representan, ¡a ti, oh Júpiter, con cabeza de buey, y a mi soberana progenitora con pico de ave de rapiña! Y éstos que nos han transfigurado tan horrendamente, no tienen más ocupación que inventar infinitas marañas, de que nos hacen responsables a nosotros, y dar su apoyo a los déspotas, creándolos y valiéndose de ellos para vivir en peor que holganza, mientras los pueblos vegetan en servidumbre interminable con horror de nosotros”.

Sociedad sin clases.

“No conviene, pues, que esas clases existan, sino que todos formen una sola clase, la de quienes trabajan, y en producción cooperen todos y de lo producido todos compartan, dueños en común de los medios productivos, organizados de manera que estos principios no se violen. Y establecido lo que el gobierno debe llevar a cabo, entonces sí conviene y es indispensable, sin que nos asuste la palabra despotismo, que los que trabajan ejerzan férrea dictadura y lo domine todo un príncipe único como quieren Marte y Mercurio, con esta salvedad, que lo que Mercurio llama egoísmo, yo llamo justicia e igualdad”.

Dictadura del proletariado.

“Podremos, entonces, nosotros, gozarnos contemplándolos desde esta insigne altura, así como ellos se gozan viéndonos relumbrar en la claridad del cielo diurno y en la esplendidez de las noches claras”.

Marte entonces, a quien Mercurio instaba, se apresuró a contestar a Vulcano, y dijo el belicoso dios:

—¡Olvidáis, oh Juno y oh Vulcano, que los hombres no son iguales ni pueden ser iguales, y ese argumento que esgrimís de que cada quien contribuya de conformidad con su capacidad, es falacia que a nadie puede convencer! Varían los hombres en estatura, varían en el color de la piel, varían en inteligencia, ¡y qué!, ¿os atreveréis a juzgarlos en montón? ¿No sería ello iniquidad? Pero por más que os esforzareis no lo podríais lograr, porque los más aptos serán siempre los señores, y los que nacieron para obedecer, obedecerán, de grado o, peor para ellos, por la fuerza. Y esto por razón de la Necesidad, que Vulcano ha invocado, pues es necesario que unos manden y otros obedezcan, que unos se hagan temer y otros teman, que unos se ocupen de los altos menesteres, según la capacidad que les es natural, y otros se dediquen a las faenas más rudas, pues no tienen aptitud para más. Y lo justo no es que al más capaz se le considere igual al menos apto, a la hora de compartir lo que todos han producido, sino al contrario, que contribuyan los de capacidad inferior, los que sólo sirven para los trabajos indelicados, al sostén de quienes por innata superioridad han de verse libres de tareas de esa clase. Y esto no sólo dentro de cada pueblo, sino entre todos los pueblos de la tierra, porque los hay que deben ser señores de los demás, y lo serán por la astucia que Mercurio ha preconizado y, sobre

Respuestas de Marte.

Desigualdad humana.

Elogio de la guerra.

todo, por la fuerza que los mueva y que desplieguen en noble guerra matadora de hombres.

Son de reto llevaban las palabras de Marte, de manera que Júpiter mostró terrible ceño y Minerva puso ojos fieros y Baco hipó con tristura, y Mercurio se fro-
tó las manos, y Juno misma se estremeció, y Vulcano apretó dientes y labios, y los dioses menores temblaron como estrellas que parpadean en el ancho cielo de la noche. Entonces Apolo sacudió la radiante cabellera y con voz melodiosa comenzó a hablar:

*Discurso
de
Apolo.*

—Algún respeto os merezco yo también —dijo—, y antes de que os disperséis enojados, como estáis a punto de hacer, pido que me escuchéis. Por el orden, en contra de la anarquía y del caos, aboga Marte y lo apoya Mercurio. Su razonamiento es que el orden hace la felicidad de los gobernados, que es lo que proponen como ideal, insistiendo al mismo tiempo en que sólo las formas de despotismo son capaces de mantener el orden. ¡Pero ya veis cómo, a la postre, ese orden es de esclavitud, la paz que prefiguran se rompe en lance de continua guerra, la felicidad huye inaccesible por tales medios, y los pueblos se sumen en la miseria! Y otra cosa es de tomarse en cuenta cuando se trata de despotismo, os olvidáis que el déspota es él también mortal. Esas manos fuertes para llevar las riendas del poder, oh Marte, ¿cuánto tiempo retendrán firmeza? Esa astucia para engañar y valerse los demás, oh Mercurio, ¿no dormirá alguna vez y despertará sólo para ver sus engaños descubiertos? Llegados a vejez los leones apestan, y sin dientes ya para morder, ni fuerzas para aplastar con sus garras, cualquier menudo histrión puede divertir al pueblo retorciéndoles la cola. Así es con los dictadores envejecidos. Entonces la anarquía que se ha querido

*Razones
contra
el despo-
tismo.*

evitar, se hará señora de los pueblos hasta surgir nuevo despotismo que forzosamente no podrá ser eterno tampoco, de manera que el destino de los hombres será monótona repetición de un ritmo bárbaro.

“El otro bando, que capitanea Juno y que en lo que tiene de efectivo así como en lo que tiene de noble apoyan Vulcano y Baco fundamentalmente, también aduce la felicidad de los pueblos para justificarse, y tiene esto de difícil para quien como yo pretenda razonablemente demostrar su falacia: que la felicidad es cosa vaga, inestable e indefinible y mal puede constituir la base firme que un orden de gobierno debe tener. Juno cree que la felicidad de los hombres es adorarnos a los inmortales dioses, pero he aquí que, en realidad, bien poco nos ocupamos de los mortales excepto, eso sí, para castigarlos por lo que hacen o por lo que dejan de hacer que nos disgusta, y piedad para su debilidad tenemos poca. Por eso Vulcano y Baco parecen tener razón cuando fundan la felicidad de los hombres en que todos tengan de comer y no solamente unos pocos que todo se lo apropian, y en que trabajen todos y no sólo los más débiles. Pero la felicidad es lo más variable concebible. Se la busca y no se halla. Por lo que el principio de un buen gobierno no es la felicidad sino la libertad para buscarla y la seguridad de todos por igual de no carecer ni de techo ni de mesa”.

*La
felicidad.*

“Otro argumento difícil de refutar, pero que debe refutarse, es el de la igualdad y desigualdad de los hombres. Si fueran los hombres de esencia permanente, se les podría medir y pesar y tomar el contorno y decir cómo es cada quien, pero la esencia humana es semejante a agua que corre, y a nube que se revuelve, y no tiene estabilidad, de manera que los hombres no son ni

*Esencia
humana.*

iguales ni desiguales de modo constante y permanente, sino que pueden serlo en un momento y dejar de serlo en el siguiente. Un rebaño de ovejas lo puede pastorear un pastor, pero los hombres no son ovejas, sino que unos parecen tigres y otros leones y otros chacales, y los hay que son moscos zumbones, y ninguno, como he dicho, retiene perennemente la figura sino que la trueca mil veces. De ahí que unos aleguen el egoísmo humano y otros la generosidad y el altruismo, unos la hipocresía y otros la sinceridad, unos lo crueles que son y otros la santidad que les da olor grato para nosotros los dioses. Empero, una cosa tienen todos, y es la conciencia. Ése es su instinto peculiar, semejante al otro instinto por el cual distinguen lo redondo de lo cuadrado, lo largo de lo corto, lo ancho de lo angosto, lo alto de lo bajo, y lo más de lo menos y, en fin, toda diferencia. Por la conciencia saben que una acción es diferente de otra acción, y una pasión distinta de otra, y así se crean nociones de lo bueno y de lo malo, de lo conveniente y de lo que no conviene, de lo justo y de lo injusto. Mas por razón de la inestabilidad esencial de los humanos, estas nociones son también variables como los colores del ópalo. ¿Y quién podrá fijarlas?

La conciencia.

“Dejad, pues, a los hombres en la libertad más amplia posible, porque sólo en la libertad puede su naturaleza dar lo mejor de sí. Mas, como precisa que la libertad de ninguno amengüe la de otro, y como hay servicios comunes que atender, en los que todos tienen un interés, es necesario el gobierno. Pero ¿por qué atribuirle o exigirle al gobierno fines extravagantes? ¿Por qué hacerle creador o guardián de la felicidad perpetua o de la justicia inmanente? ¿No veis que lo lógico es que el gobierno sea sencillamente aquella institución de los

La libertad.

Democracia.

hombres cuyo poder se derive de la voluntad de los gobernados y sirva a esa voluntad aun en sus veleidades?”.

“Así —prosiguió diciendo Apolo—, si los hombres quieren que haya justicia, la habrá conforme la entiendan, y el gobierno la servirá. Pero el gobierno no puede crearla por sí mismo. Y cuando el gobierno, porque se ha arrogado el poder, cree que hace justicia, si obra en contra de la voluntad de los gobernados hace entonces la mayor injusticia posible”.

“Y tienen otra cosa todos los hombres, y es la capacidad de aprender mediante la experiencia, oh Júpiter que eres maestro de esto. Es la experiencia lo que les informa la razón, lo que les da firmeza de juicio, lo que les construye la conciencia. Mas la experiencia requiere libertad, y por eso debe ser libre el hombre, del despotismo que Marte y Mercurio y Vulcano quieren al igual que de la norma de perfección que Juno y Baco recuerdan de los atlántidas famosos”.

La experiencia.

“Las cualidades del déspota, no importa cuáles sean, son inestables, y no se fijan en un hombre solo, sino que fluyen en todos los hombres, y es insoportable un régimen que, en principio de cuentas, acarrea consigo la lucha para determinar quién ha de ejercer el despotismo, así sea del guerrero como del sacerdote o del dictador de los que trabajan. Y respecto a esa otra cosa, de exigir de cada quien conforme con su capacidad y darle conforme con su necesidad, claramente veo que se necesita un despotismo para hacer esas determinaciones, y lejos de tratarse de dos bandos contrarios, como ha creído Baco, en el fondo abogan por idéntica cosa la imperiosa Juno y el primer nacido de sus entrañas eternamente vírgenes”.

El despotismo.

“Pero estas dos cosas sí son esenciales: la primera, que los hombres tengan en todo tiempo la mayor libertad, para que todo lo experimenten, y pueda así su conciencia, su instinto natural, su razón, su sentido de responsabilidad, oh Minerva, determinar conforme con su sabiduría, lo que han de hacer y lo que no han de hacer, lo que han de desear y lo que no han de querer en cualquier momento dado. Y segunda, que el gobierno sea reflejo lo más exacto posible de lo que los gobernados quieren, con autoridad de los gobernados derivada. Y dejemos en paz el insistir en que mediante esta o aquella forma de gobierno incambiable, fija, petrificada, se establecerá la paz, reinará la justicia, se mantendrá el orden, se conseguirá la gloria, fluirá la abundancia o se tocarán las canciones desnudas con las manos. La función única del buen gobierno es acatar la voluntad de los gobernados, sin forzarla, dejándolos en libertad para que esa voluntad, que es fluida, se desarrolle y cambie conforme cambian las circunstancias y cambia la sabiduría de los hombres. Y se podrá hacer a los hombres prudentes, facilitándoles el saber, que es la más alta función del gobierno y el mejor don que puede otorgarse a los mortales”.

*Función
del buen
gobierno.*

Mientras hablaba Apolo, había recorrido Aurora las cortinas del anchuroso cielo, y cuando concluyó el dios su discurso era pleno día.

*Invocación de
Apolo-
nida.*

Entre tanto, yo, poeta por tu gracia, oh Apolo de cabellos de oro, he de cantarte en pleno día, bajo la inspiración de tu cabellera esplendorosa que me cubre y me ampara de manera que no temo ningún mal, ni de animal fiero que me lance zarpazo, ni de animal venenoso que me muerda, ni de hombre perverso que trame hacerme daño. Tú estás siempre a mi lado,

inspirándome y defendiéndome a la vez, porque tu inspiración, Apolo mío, me hace decir muchas cosas sabias, es verdad, pero también muchas cosas que se toman a mal y se tienen por locas e irritan a los tiranos y provocan la envidia de los que a ti te odian.

HIMNO A APOLO PYTHIO

LYCIA es tuya, y Mæonia la linda, y Mileto, esa ciudad encantadora que se mira a sí misma en espejo de mar, pero en Delos reinas como en ninguna parte. Y apartándote de Delos sueles ir a la rocosa Pytho, a tocar melodiosamente en la cóncava lira y a lucir tus radiantes vestidos olorosos. Pero de allí, veloz como el pensamiento, alzas el vuelo hacia el Olimpo, la casa de Júpiter, a reunirte con las demás deidades y a deleitarlas con tus cantos y con las danzas de la divinas Musas que tú riges. Dondequiera que vas el júbilo te acompaña: tú la moral mantienes: moral y luces das a los pueblos que juntas.

Centros
de
cultura
Apolinea.

¿Cómo, pues, te he de cantar, que en todo eres digno de canto? ¿Te cantaré, Apolo, oh, como el amante que eres? ¿Diré cómo fuiste a enamorar a la hija de Phlegyas en los campos de Arcadia, Coronis, la dulce niña que ese rey hubo en la Ninfa Erato? ¡Ah, pero ella te fue infiel!

Historia
de
Coronis.

Antes de conocerte había amado a Ischys, hijo de Elatos habido en la Ninfa Chrysopoleia, y a Ischys lo olvidó con sólo verte, porque tú le llenaste la mente por completo, y si te hizo ofrenda de su virginidad, tendiéndose a tu lado dulcemente, ebria de ti, de modo que en su tibio regazo engendraste a Esculapio, padre de Podalirio y de Macaonte, después que la dejaste la halló

Ischys.



Ischys, adormecida sobre la suave hierba que tú habías hollado, y se acostó con ella a poseerla.

Quando Coronis volvió en sí de ese abrazo, suspiró y dijo: “Oh, Ischys, soñé que eras Apolo. Oyéndola un cuervo que allí estaba voló a decírselo a tu hermana, Diana, que te cela. La diosa entonces, indignada, tendió el arco de plata y lanzó la flecha de oro que hirió a Coronis, y en la agonía de su muerte la dulce niña dio a luz prematuramente a tu hijo. Pero tú te apiadaste de ella, y la lloraste, y cuidaste de Esculapio, tan parecido a ti que contigo suele confundirsele. Y esto te canto, Apolo benigno, para que tengas piedad de aquellas a quienes amaba y me olvidaron porque las dejé.

¿O diré, oh Apolo que de lejos lanzas ora la flecha, ora el dardo y jamás yerras el tiro, cómo anduviste recorriendo la redonda tierra en busca de lugar donde fundar tu oráculo para decirles la verdad a los hombres ansiosos de saberla?

Bajando del Olimpo, primero dirigiste a Pieria tus ilustres pasos, y luego en la arenosa Lectos y en Enienæ y en el país de los perræhboi anduviste errante, hasta llegar a Yolcos y poner pie en Cenæo que está en Eubea famosa por sus barcos. Pero el llano Lelantino no fue de tu agrado para elevar allí tu templo y sembrar arboleda sacrosanta, por lo que emprendiste de nuevo la ansiosa marcha y cruzaste el Eripo, oh Apolo de cabello esplendoroso, y subiste los sagrados alcores revestidos de verdura todo el año hasta llegar a Mycalleso y al Teumesso tendido en sábanas de verde hierba espesa sobre el húmedo suelo, y de allí a corta distancia llegaste a la boscosa Thebe adonde nadie había ido

jamás y cuyos campos llevadores de trigo no conocían la geometría de los caminos y de los senderos:

Pero no te retuvo esa belleza agreste sino que seguiste adelante, oh Apolo peregrino, y llegaste a Onchestos, el paraje arbolado, caro a Neptuno, donde el potro no acostumbrado a tirar del carro se encabrita y el auriga salta fuera y lo deja ir: los caballos un rato echan carrera y detrás de ellos, dando tumbos, va el carro vacío, y si resulta roto los hombres atienden a los azorados caballos entre los árboles y al carro lo vuelcan boca abajo y allí lo dejan, porque desde el principio así fue el rito. Los hombres elevan oraciones al señor del santuario, y el carro le toca a esta deidad.

Rito
caballar.

Y más allá fuiste, oh Apolo de larga flecha, y llegaste en seguida a la orilla del Céfiso, de dulces aguas frescas que brotaron tierra arriba en las fuentes de Li-læa, y saltando sobre el río proseguiste tu camino y dejaste a un lado a Ocalea de muchas torres, y llegaste a la hierbosa Haliarto. Y de allí tomaste rumbo a Telphusa, la incomparable fuente, donde el lugar amable te pareció apropiado para erigir tu templo y sembrar tu arboleda. Acercándote a la Ninfa le hablaste diciendo:

La Ninfa
Telphusa.

—Telphusa, quisiera levantar aquí un templo glorioso, y un oráculo para los hombres, de modo que aquí vengan perennemente, trayendo perfectas hecatombes, así los que moran en el Peloponeso opulento como los que habitan en Europa y en las islas bañadas de mar, en solicitud de mis vaticinios verdaderos que yo les diré dándoles consejo que no falle, respondiéndoles en mi santuario hermoso.

Propósito
de Apolo.

Así dijo Apolo Febeo, y puso sobre la tierra el trazo de todos los fundamentos, anchos y larguísimos.

Pero cuando Telphusa vio esto se enfureció en su corazón y habló diciendo:

*Oposición
de
Telphusa.*

—Febeo, gran señor que de lejos haces y deshaces, te diré una palabra de buen consejo, puesto que aquí has querido erigir la gloria de tu templo para que sea oráculo adonde acudan los hombres trayéndote perfectas hecatombes. Te hablaré, y tú aguarda mis palabras en tu corazón. El pisoteo y el ruido de las mulas abrevándose en mis sagradas fuentes, habrá de fastidiarte, y los hombres se quedarán mirando las carrozas bien labradas y los piafantes caballos de veloces cascos sin volver los ojos a tu gran templo y a los tesoros que atesore. Pero si te dejas guiar de mí, pese a que tú, señor Apolo, seas más potente que yo (¡oh, tu fuerza es tremenda!), construye en Crisa, debajo de los valles del Parnaso: allí no chocarán los brillantes carros, allí no tendrás pataleo ruidoso de inquietas mulas ni de caballos de veloces cascos cerca de ti en tu bien construido altar. En elevada quietud las gloriosas tribus de los hombres te adorarán, cantándote Iepaeón, y tú recibirás con deleite los ricos sacrificios de grasos bueyes que te harán las gentes que viven en la región circundante.

*Apolo
sanador.*

*Acepta
Apolo
ir a otro
lugar.*

Así dijo Telphusa, la celosa Ninfa, a fin de habitar ella sola ese lugar, y no dejar que el que de lejos lanza la flecha y el dardo le quitara renombre y persuadió al Flechador.

Tú seguiste tu camino, oh Apolo luminoso, y llegaste a la ciudad de los presumidos phlgyæes que viven en este mundo en un valle precioso, junto al lago Cefisio, desobligados para con Júpiter. Y allí emprendiste el ascenso a toda prisa a la cumbre de la sierra, y llegaste a Crisa, al pie de las nieves del Parnaso, adonde



un repecho baja hacia el occidente. Un alto acantilado se alza en ese paraje y una fragosa pradera se tiende en el fondo.

Allí Apolo Febeo resolvió erigir su hermoso templo, y dijo: Nueva
elección
de Apolo.

—Aquí quiero construir un templo glorioso que sea oráculo perfecto para los hombres, y aquí me traerán perennemente perfectas hecatombes así los que habitan en el rico Peloponeso como los que pueblan Europa y las islas que las altas olas bañan, viniendo a preguntarme. Y yo les daré consejos que nunca fallarán, respondiéndoles en mi rico templo.

Y habiendo dicho así, Apolo Febeo puso sobre la tierra el trazo de todos los fundamentos, anchos y larguísimos, y sobre éstos los hijos de Ergino, a saber, Trophonio y Agamedes, amados de los inmortales dioses, se pusieron a levantar pie y base de piedra. Y las incontables tribus de los hombres erigieron el templo enteramente, todo firme, de piedra, hermoso como un cantar hermoso. Catolici-
dad de la
iglesia.

Cerca corría una fuente de dulcísimas aguas, en medio de las cuales el Flechador, hijo de Júpiter, dio muerte a la Dragona hinchada, monstruo felísimo que hacía pavoroso daño en esa tierra, lo mismo a los hombres que pastoreaban ovejas que a las ovejas de flacos costillares, pues era una plaga sanguinaria. Ella fue quien recibió de Juno, la diosa del trono de oro en el Olimpo, al cruel Typhaón, a quien creó para que fuese una plaga para los hombres. Juno lo había dado a luz porque, aun habiendo tenido a Vulcano ella sola, sin ayuntamiento de varón, no se aplacó su ira contra Júpiter a causa de que el hijo de Cronos había tenido Herejias.

El pro-
testan-
tismo.

a Minerva, la gloriosa doncella, gestada en su cabeza. Juno llena de cólera habló de esta manera ante los dioses reunidos:

—Oídme, dioses y diosas, y sabed que Júpiter, amontonador de nubes, me ha deshonrado de la manera más inicua, pese a haberme hecho su fiel y legítima mujer. Porque ahora, sin tocarme, ha dado a luz, él solo, a Minerva de los brillantes ojos, la primera entre los sagrados dioses. Pero Vulcano, a quien yo concebí engendrándolo yo sola, honra ninguna tiene entre los inmortales que más bien se burlan de él, por su cojera, cosa que para mí es la vergüenza de mi vida. Júpiter, malvado y astuto, de recursos infinitos, ¿qué más andará tramando ahora en su cabeza? ¿Acaso, ayuntándose conmigo, como es su deber —pues a ello está obligado por los indisolubles vínculos del matrimonio— no le daría yo hijos hermosos? Sabed, pues dioses y diosas, que de muchas cosas soy capaz. ¡Ya verá Júpiter! Porque sola otra vez habré de concebir un hijo que yo misma engendré, más grande que todos vosotros dioses juntos, sí, y más grande que Júpiter quien habrá de avergonzarse de haberme agraviado dejándome sola en el lecho conyugal.

Y habiendo puesto atónitos a los sagrados dioses y a las sagradas diosas con semejante estallido de su cólera, Juno esplendente, la esposa legítima de Júpiter, padre de los inmortales y de los mortales, se apartó del Olimpo, y dándole palmadas a la tierra con su mano, la invocó diciéndole:

—¡Oh Tierra, y oh tú, alto Cielo, y oh vosotros dioses Titanes que habitáis subterráneamente alrededor del Tártaro, y de quienes han nacido dioses y



hombres! Oídme, atentos a mi súplica. Dadme la gracia de concebir un hijo y de engendrarlo yo misma en mí, separada de Júpiter, y sea este vástago mío no menos fuerte que él sino más fuerte todavía, con tanta mayor fuerza cuanto es mayor la fuerza de Júpiter omnisciente que la de Cronos, su padre, el caviloso urdidor de ardidés.

Así dijo Juno, vociferando en su vehemencia y golpeando duramente el suelo con su mano, hasta conmover a la Tierra, dadora de la vida. Y cuando Juno se percató de que su plegaria era aceptada, danzó de júbilo una solemne danza que maravillados contemplaron los sacrosantos dioses y las diosas sacrosantas. Y más de un año no se acercó al lecho de Júpiter en el tálamo de oro fragante de ambrosía, ni subió a su propio trono junto al trono de Júpiter, ambos de oro, en el palacio de techos de oro del Olimpo, manteniéndose reservada en los templos que los hombres le han erigido y donde muchos le rinden fervorosa adoración. Pero cuando los meses y los días tuvieron cumplimiento y las estaciones hubieron acabado su ronda predeterminada en la rotación sagrada de la Tierra, Juno dio a luz a un ser disímil de los dioses y disímil de los mortales, a Typhaón el sanguinario, plaga de los hombres. Y llena de terror ella misma, tomó en sus brazos al monstruo todavía tierno, y juntando un mal con otro lo entregó a la Dragona para que lo criara, y habiendo crecido maravillosamente grande y malo, Typhaón fue azote cruel para las tribus famosas de los hombres. Pues quien llegaba a donde pudiera sentir su venenoso aliento, de seguro moría, porque no del vientre de Juno había nacido sino del antro de la Tierra, por Tártaro engendrado, en burla de la esposa de Júpiter cegada por la cólera. Y la fuerza estaba en las manos del monstruo, y en sus pies, y la violencia en todo

Figura del calvinismo.



cuanto hacía. De sus hombros se alzaban en cien cuellos serpentinos cien cabezas de sierpe, y su cuerpo era de dragón horrible. Sus lenguas eran negras y apestosas y llameantes, y debajo de sus cejas los ojos arrojaban llamas rojizas y azulosas, de modo que lanzaba grandes vahos de fuego cuando miraba y cuando hablaba. Y sus voces, pese a que también conocía el idioma de los dioses, pronunciaban toda especie de ruido detestable, pues prorrumplía en bufidos de toro salvaje, de ingobernable furia, o en rugidos de león, de inexorable cólera, y en alaridos de sierpe, sibilantes, tan fuertes que los ecos llenaban de espanto las hondonadas de Pytho. De manera que en verdad algo tremendo hubiera ocurrido aquel día, porque por obra de la cólera de Juno, inconsciente de haber sido burlada, el universo estuvo en trance de que Typhaón lo gobernase, dominando a los dioses y juzgando a los mortales.

Las guerras de religión.

Pero el padre de los dioses y de los hombres prontamente percibió el peligro, y armándose para la pelea hizo tronar el vasto cielo con su arma más temible, y la tierra resonó llena de terror, el mar y las corrientes del Océano y las entrañas de la tierra se llenaron de tembloroso miedo. Olimpo trepidó bajo los pies del rey, y la tierra gimió al pisarla fuertemente, y al trabarse la pelea el fuego de uno y otro combatiente hizo hervir el mar de oscuras aguas, y los cimientos del mundo temblaron tremendamente sacudidos, porque Júpiter, armado del rayo y la centella, arremetió contra el monstruo y una a una le destrozó las cien cabezas. Del tronco de los cien cuellos cercenados chorreaba en vez de sangre un fuego maligno, y gran parte de la tierra quedó asolada, quemada por un vapor terrible y de muchos colores cegadores que derretía las rocas y las arenas como si

fuesen del estaño que los hombres derriten en el crisol. Así se derritió gran parte de la tierra bajo el fuego de los cien cuellos de Typhaón al desangrarse, hasta que por fin quedó enteramente muerto, y sobre él se echó la Dragona, su nodriza. Y la Dragona se hartaba de esa carroña, y día a día se volvía más espantosa de modo que quien —¡guay de él!— la miraba siquiera, en ese instante caía víctima de su crueldad, hasta que Apolo esplendoroso, flechador que desde lejos lanza flecha y dardo, disparó de su arco de oro una recta flecha de barbas de pluma de águila. Sintiéndose herida la Dragona, se revolvió con tremendos dolores y cortó aliento ronco, y se arrastró fuera del agua, y haciendo horrible ruido entre los árboles del bosque, dio la vida vomitándola en vómito de sangre. Apolo entonces, de hermosa voz, se jactó sobre aquel monstruo muerto, diciendo:

*Muerte
de la
Dragona.*

—¡Púdrete aquí, sobre el suelo que nutre a los hombres! Porque más nunca los harás tu presa, ni los devorarás. Y ni Typhaón podrá ayudarte, ni la Quimera de mala fama te auxiliará, sino que aquí sobre la santa Tierra, en su regazo, ha de pudrirte Hyperión con su brillo.

Así dijo el Febeo, exultando su poder sobre el monstruo vencido, y el cadáver monstruoso empezó a pudrirse bajo la santa fuerza del Sol, por lo que el lugar se llama ahora Pytho, y los hombres llaman Pythio a Apolo, porque, por su mandato, en este sitio el poder del Sol hizo que el monstruo cadáver se pudriese.

*Razón
de
nombre.*

Y percatándose Apolo de que la fuente de dulce corriente lo había enamorado, se movió en ira contra Telfusa, y acercándose a ella se detuvo dándole con el aliento en el rostro, y le habló diciendo:

—*Telphusa, después de todo no es este lugar para ti solamente, pues no has podido embaucarme, ni sólo para ti fluiré esta dulce fuente de clarísimas aguas, sino que aquí florecerá mi renombre más que el tuyo.*

Así habló Apolo e hizo caer sobre Telphusa una avalancha de grandes rocas que le escondieron la fuente. Allí el dios se hizo un altar, en un bosque cerca de donde surgía la corriente fresquísimas, y allí los hombres adoran a Apolo y cuando lo invocan lo llaman Telphusiano porque allí humilló a Telphusa.

Luego Apolo Febeo cogió en su corazón lo que debía hacer para llevar a ese santuario a quienes habían de servirle de ministros oficiantes y sacrificadores en la rocosa Pytho. Y mientras cogitaba divisó sobre el véneo mar de ondas anchurosas una barca, de alto velamen blanco y tinto, en que iban hermosos hombres de Creta, de los que produce Cnossos, la ciudad de Minos el impecable juez. Y estos hombres iban en su barca de negro casco y velamen blanco y rojo a comerciar gananciosamente en producto de Pylos con los hombres de Pylos, el arenoso puerto. Pero llegándose a ellos Apolo Febeo, en medio mar, saltó en la barca en forma de delfín y se quedó trémulo allí, monstruo grande y pavoroso, y nadie imaginó que fuera él, sino que intentaron echar el delfín al agua, sin lograrlo, y el delfín, sacudiéndose, horriblemente sacudía a la barca y nadie allí se percataba de quién podría ser el pez enorme. Estupefactos y paralizados todos, nadie recogió las anchas velas blancas y bermejas, ni atendió al timón sostenido con fuertes correas de cuero de toro retorcido.

Una surada de gran aliento sopló las velas hinchándolas por la popa, impulsando a la barca sobre el

mar que maravillosamente relucía. Y primero pasaron frente a Lalea, y luego, a lo largo de la costa laconia, llegaron frente a Tænarum, ciudad enguirnaldada de espumosas olas, país del Sol que alegra a los hombres, donde las ovejas del Sol, de espesa lana, continuamente pacen y engordan en el jubiloso campo. Allí los marineros quisieron amarrar su barca a tierra y desembarcar y comprender la maravilla que les había acontecido, y ver con sus propios ojos si el monstruo permanecía en lo cóncavo de la barca o saltaba a la mar donde las escuelas de los móviles peces parecen luz que tiembla. Pero el timón no quiso obedecer al piloto, ni la barca al timonel, sino que siguieron navegando, costeano el Peloponeso, porque el dios Apolo guiaba la navegación con el aliento del aire.

La nave es arras-trada.

El timón no obedece.

Así la barca prosiguió el curso que Apolo quiso darle y pasó frente a Arena y frente a la linda Argyphæ y frente a Thryón por donde desemboca el Alfeo, y pasó frente a un lugar llamado Æpy y frente a Pylos arenosos donde los hombres de Pylos la vieron pasar sin detenerse. Y luego pasó frente a Cruni, frente a Cálcide, frente a Dyme y frente a la hermosa Elide donde gobiernan los epeos. Y cuando la barca iba rumbo a Pheræ, dando tumbos, gozosamente impelida por el viento de Júpiter, he aquí que apareció delante de ellos encapuchada en nubes la empinada montaña de Ithaca, y luego Duli-quo y Same y la boscosa Xacinthos, que son preciosas islas. Pero cuando hubieron recorrido así todo el litoral del Peloponeso y tomaron rumbo a Crisa, empezó a divisarse el ancho golfo que divide en todo su largor a la rica isla de Pélope. Impelió a la barca un claro y fuerte viento del oeste, por voluntad de Júpiter, que del cielo sopló con vehemencia para honrar a su hijo, a fin



de que la barca rápidamente surcara aquel mar y tomara otra vez rumbo al oriente, que es de donde sale el Sol y por donde la Aurora aparece primero. Apolo, hijo de Júpiter, señor esplendoroso, guió a aquellos hombres hasta que finalmente divisaron a lo lejos la tierra de Crisa rica en viñedos, a cuya rada entraron. Allí la barca marinera raspó y holló las arenas de la playa con su quilla.

*La nave
atraca en
Crisa.*

Allí, oh Apolo brillante, dejaste de un salto aquella barca, y chispas brotaron de ti, grandes y altas, que salpicaban el cielo con su brillo. Derechamente te dirigiste a tu santuario donde hiciste que se alzara inmensa llamarada de esplendor, llenando a Crisa de radiante luz, de manera que las crisenses ya casadas, y las doncellas por casar, levantaron el grito ante la explosión con que las llenaste de pavora.

*Apolo se
dirige al
templo.*

De su santuario emergió de nuevo Apolo, veloz como el pensamiento, y dirigióse a la barca cretense, en forma de hombre ahora, de fuertes brazos y musculosas piernas, en la gloria de su juventud, con los hombros recubiertos de lustroso vello, y hablándole a los cretenses, dijo:

*Apolo
increpa
a los cre-
tenses.*

—Extranjeros, ¿quiénes sois? ¿De dónde habéis venido surcando la movible superficie del mar? Decid, ¿venís en son de comercio, siendo de quienes arriesgan la vida por ganancia, o sois acaso de los que errátiles sobre las olas con desmanes de piratería acosan a los extraños de cualquier parte que sean? ¿Por qué os estáis inmóviles en vuestra barca en vez de saltar fuera de ella para empujarla, haciendo grandes fuerzas, tierra arriba, hasta ponerla en seguro, como es costumbre que hagan quienes viven de pan cuando en sus negras barcas han llegado a puerto y en las entrañas los mueve

gran deseo dulce, de clavar el diente en las sabrosas carnes frescas y llenarse de vino hasta el corazón?

Así hablándoles Apolo les infiltró valor para que nada temiesen, y el jefe de la embarcación le respondió diciendo:

—Extranjero, por más que en estatura y porte no seas como los mortales son, sino más bien semejante a los dioses, salud y dicha sean tuyas, y los inmortales te deparen todo bien. Ea, pues, dime, porque ardo en deseo de saberlo, ¿qué tierra y qué país es éste, y qué suerte de hombres habitan estas landas? En cuanto a nosotros, íbamos con el pensamiento fijo en seguir otro rumbo, haciendo el viaje de mar de Creta a Pylos, pues cretenses somos, pero contra nuestra intención y contra nuestra voluntad hemos llegado aquí a bordo de esta barca, lejos de la ruta que nos habíamos trazado y a la que gozosamente queríamos volver. De seguro que alguno de los inmortales dioses nos trajo, porque su voluntad es más fuerte que la nuestra.

*Respon-
den a
Apolo los
cretenses.*

*Entonces Apolo, quien de lejos realiza sus desig-
nios, les contestó, diciendo:*

—Extranjeros que antaño habitabais en Cnosos rico en bosques pero que ahora jamás nunca volveréis, ninguno de vosotros, a vuestra amada ciudad y adorados hogares y queridas esposas, aquí serviréis mi templo que muchos hombres honran. Soy el hijo de Júpiter, Apolo es mi nombre, pero a vosotros os he traído sobre el vasto abismo del mar sin intención de haceros ningún daño, para que sepáis los propósitos de los dioses inmortales y para que por su voluntad seáis honrados eternamente. Venid ahora, aprisa, y haced lo que os ordene. Primero soltad las velas y bajadlas, y luego

*No
volveréis
a vuestra
patria.*

arrastrad la barca tierra arriba, y sacad de las bodegas las enroscadas maromas de navegar y poniéndolas en montón sobre la playa formad allí un ara. Prended el fuego sacrosanto y ofreced voto de harina, y cuando la harina arda, haceos a un lado en rededor del altar y elevad plegarias, y por cuanto primeramente en el nebuloso mar asumí la forma de un delfín, invocadme bajo la adoración de Apolo Delfinio, y el altar también se llamará eternamente Delfinio y además El Mirador. Hecho lo cual sentaos en la arena junto a vuestra negra barca, y derramad una ofrenda de vino a los benditos dioses que viven en el Olimpo de oro. Pero cuando hayáis satisfecho vuestro apetito de comida, venid conmigo cantando el himno de Ie Pæán, saludándome con el nombre de Sanador, hasta llegar a donde está mi templo que debéis guardarme.

*Seréis
mis servi-
dores.*

Así dijo Apolo, y los cretenses de inmediato se pusieron a cumplir lo que les había dicho. Primero desamarraron las lonas y bajaron el velamen, y desenchufaron el mástil y colocaron todo ordenadamente, en su lugar cada cosa. Luego, saltando a tierra en la arena, halaron la barca negra y la llevaron a seguro de sequedad, y la apuntalaron con largas estacas bien hundidas. Y sin darse descanso hicieron un altar en la playa del mar, y cuando hubieron prendido el fuego ofrecieron blanca harina sobre el ara, y rogaron de pie en derredor del altar, como Apolo se los había ordenado. Terminado lo cual yantaron cabe la negra barca, y derramaron en la santa tierra libaciones para los benditos dioses que habitan en el Olimpo de oro. Y cuando habían satisfecho su apetito de comida siguieron a Apolo esplendoroso que iba delante de ellos tañendo dulcemente la lira, y ellos iban marcando el paso al

son de la hermosa música, cantando el Ie Pæán según el estilo de los cantadores cretenses, con el ardor de aquellos en cuyos corazones las dulces Musas han vertido canción. Con pies nada cansados se acercaron al borde del precipicio y de allí a un paso al lado llegaron al Parnaso y al lindo lugar donde habían de vivir toda su vida honrados de los hombres. Apolo los condujo y les mostró su sacratísimo santuario y su riquísimo templo.

Pero el espíritu de esos hombres se agitaba en sus pechos, y el jefe de los cretenses alzó los ojos hacia Apolo y le habló diciéndole:

—Señor, puesto que nos has traído aquí lejos de nuestros familiares queridos y de nuestra amada tierra, porque así te pareció bien hacer, dinos ahora cómo viviremos pues lo quisiéramos saber, que nos lo digas tú. Porque esta tierra yerma nadie la desea, ni para viñedos ni para pastos, y no sabemos cómo podremos vivir en ella y a la vez servirte.

¿De qué viviremos?

Entonces, Apolo, hijo de Júpiter, sonrió mirándolos, y dijo:

—Oh, insensatos mortales y pobres, infelices servidores que sois, buscadores de cuitas, de molestias y tribulaciones. Fácilmente os diré una palabra y la pondré en vuestros corazones. Así cada uno de vosotros, cuchillo en mano, degollase ovejas sin cesar, habría sin embargo innumerables rebaños vivos, tantas son las prendas que las tribus gloriosas de los hombres me traen a ofrendar. Pero guardad mi templo y recibid a las tribus de los hombres que se junten aquí, y especialmente mostrad y declarad a los mortales mi voluntad, y vosotros guardad la rectitud en vuestros corazones. Pero si alguien desobedece mi advertencia, o pronuncia

Innumerables ofrendas.



palabra insulsa o ultrajante, de las que los hombres acostumbran, otros hombres serán vuestros amos y vosotros sus siervos, porque la libertad consiste en acatar la ley de grado, con sana voluntad y sin blasfemia. Os lo he dicho todo: Guardadlo en vuestro corazón.

*La liber-
tad.*

Con este cantar me despido de ti, oh hijo de Júpiter habido en Letona, diosa y reina, para guía y seguridad de los mortales y gloria de los benditos dioses. Tú vences los obstáculos que levantan quienes por vanidad y egoísmo pretenden obstruir tus propósitos generosos. Tú escoges a quienes han de servirte: De dondequiera que los hallas, los llevas maravillosamente al lugar que les designas, dichosos si tu regla la imprimen en sus corazones rectamente y de conformidad con ella ajustan su vida día con día, hasta el postrero fin. Dichosos también los gobernantes y los gobernados que a tus ministros oyen, porque aquellos a quienes tú inspiras, oh Apolo mío, jamás darán consejo falso, ni harán perversos vaticinios, ni se apartarán de la rectitud de la mente ni de la bondad del corazón.